

**V. I. Lenin**

**LA ENFERMEDAD INFANTIL  
DEL “IZQUIERDISMO”  
EN EL COMUNISMO**



**PARTIDO (M-L)  
DE LOS  
TRABAJADORES**

# Vladimir Ilich Lenin

## LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL "IZQUIERDISMO" EN EL COMUNISMO (1920)



¡Proletarios de todos los países, uníos!

Vladimir Ilich Uliánov Lenin

## La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo [1]

### I

#### ¿En qué sentido puede hablarse de la importancia internacional de la revolución rusa?

En los primeros meses que siguieron a la conquista del poder político por el proletariado en Rusia –25/X-7/XI de 1917– podía pensarse que, debido a las inmensas diferencias existentes entre la Rusia atrasada y los países avanzados de Europa Occidental, la revolución proletaria en estos últimos se parecería muy poco a la nuestra. Hoy tenemos ya una experiencia internacional bastante grande, la cual demuestra con absoluta claridad que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una importancia no local, particularmente nacional, sólo rusa, sino internacional. Y cuando hablo de importancia internacional no lo hago en el sentido amplio de la palabra: no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución los que tienen importancia internacional desde el punto de vista de la influencia de aquélla en todos los países. No; hablo en el sentido más estrecho de la palabra, es decir, entendiéndolo por importancia internacional su trascendencia mundial o la inevitabilidad histórica de que se repita a escala universal lo ocurrido en nuestro país. Y debe reconocerse que algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen esa importancia.

Está claro que sería un tremendo error exagerar esta verdad, no limitarse a aplicarla a algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Sería erróneo, asimismo, perder de vista que después de triunfar la revolución proletaria, aunque no sea más que en uno de los países avanzados, se producirá, probablemente, un cambio radical, es decir: Rusia se convertirá poco después de esto no en un país modelo, sino de nuevo en un país atrasado –en el sentido «soviético» y socialista–.

Pero en el presente momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra a todos los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e ineluctable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya mucho que lo han comprendido y, con mayor frecuencia, más que comprenderlo, lo han captado, lo han sentido con su instinto de clase revolucionaria. De aquí «la importancia» internacional –en el sentido estrecho de la palabra– del Poder Soviético y de los fundamentos de la teoría y la táctica bolcheviques. Esto no lo han comprendido los jefes «revolucionarios» de la II Internacional, como Kautsky en Alemania y Otto Bauer y Federico

Adler en Austria, que se han convertido por ello en reaccionarios, en defensores del peor de los oportunismos y de la socialtraición. Digamos de paso que el folleto anónimo «La revolución mundial» –Weltrevolution–, aparecido en 1919 en Viena –Sozialistische Biicherei, Heft 11; Ignaz Brand–, muestra con claridad singular todo el proceso discursivo y todo el conjunto de reflexiones, más exactamente, todo ese abismo de irreflexión, pedantería, vileza y traición a los intereses de la clase obrera, sazonado, además, con «la defensa» de la idea de «la revolución mundial».

Pero tendremos que dejar para otra ocasión ocuparnos con mayor detenimiento de este folleto. Consignemos aquí sólo una cosa más: en los tiempos, ya bien lejanos, en que Kautsky era todavía marxista, y no un apóstata, al abordar la cuestión como historiador preveía la posibilidad de una situación en la que el espíritu revolucionario del proletariado ruso serviría de modelo a Europa Occidental. Eso fue en 1902, cuando Kautsky publicó en la Iskra revolucionaria [2] el artículo «Los eslavos y la revolución». En él decía:

*«En la actualidad» –al contrario que en 1848– «se puede creer que los eslavos no sólo se han incorporado a las filas de los pueblos revolucionarios, sino que el centro de gravedad del pensamiento revolucionario y de la obra revolucionaria se desplaza cada día más hacia los eslavos. El centro revolucionario se traslada de Occidente a Oriente. En la primera mitad del siglo XIX se hallaba en Francia y, en algunos momentos, en Inglaterra. En 1848, también Alemania se incorporó a las filas de las naciones revolucionarias. El nuevo siglo empieza con acontecimientos que sugieren la idea de que marchamos hacia un nuevo desplazamiento del centro revolucionario, concretamente: de su traslado a Rusia. Es posible que Rusia, que tanta iniciativa revolucionaria ha asimilado de Occidente, esté hoy preparada ella misma para servirle de fuente de energía revolucionaria. El creciente movimiento revolucionario ruso resultará, quizá, el medio más poderoso para desarraigar ese espíritu de filisteísmo flácido y de politiquería circunspecta que empieza a difundirse en nuestras filas y hará surgir de nuevo la llama viva del anhelo de lucha y la fidelidad apasionada a nuestros grandes ideales. Hace ya mucho que Rusia ha dejado de ser para Europa Occidental un simple baluarte de la reacción y del absolutismo. En la actualidad ocurre, quizá, todo lo contrario. Europa Occidental se convierte en el baluarte de la reacción y del absolutismo en Rusia. Es posible que los revolucionarios rusos hubieran acabado hace ya mucho con el zar si no tuviesen que luchar al mismo tiempo contra el aliado de éste: el capital europeo. Esperemos que esta vez conseguirán vencer a ambos enemigos y que la nueva «Santa Alianza» se derrumbará con mayor rapidez que sus predecesoras. Pero sea cual fuere el resultado de la lucha actual en Rusia, la sangre y los sufrimientos de los mártires que esta lucha engendrará –por desgracia, más de lo necesario– no serán vanos, sino que abonarán los gérmenes de la revolución social en todo el mundo civilizado y los harán crecer de un modo más esplendoroso y rápido. En 1848, los eslavos eran una helada horrible que abrasaba las flores de la primavera popular. Es posible que ahora estén llamados a ser la tormenta que rompa el hielo de la reacción y traiga consigo irresistiblemente una nueva y feliz primavera para los pueblos». (Karl Kautsky; Los eslavos y la revolución, artículo publicado en Iskra, periódico revolucionario de la socialdemocracia rusa, núm.18, 10 de marzo de 1902)*

¡No escribía mal Karl Kautsky hace 18 años!

## Notas

1. Lenin escribió el libro «La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo» en vísperas del II Congreso de la Internacional Comunista – Komintern–. El trabajo principal lo efectuó en abril de 1920 –el manuscrito quedó terminado el 27 de dicho mes–; el Anexo lo escribió el 12 de mayo, cuando se estaban corrigiendo ya las galeradas. Lenin controló personalmente los plazos de composición e impresión del libro, a fin de que su aparición coincidiera con el comienzo del II

Congreso de la Komintern. El libro vio la luz el 12 de junio de 1920 y casi al mismo tiempo, en julio, se editó en la Rusia Soviética en francés e inglés. La obra «La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo» –cuyas tesis y conclusiones principales sirvieron de base a los acuerdos del II Congreso de la Komintern– fue distribuida entre los delegados al congreso. Este libro ha alcanzado gran difusión, habiéndose editado en numerosos países.

2. Iskra –«La Chispa»–: primer periódico marxista clandestino para toda Rusia, fundado por Lenin en diciembre de 1900. Se publicó en el extranjero, siendo enviado ilegalmente a Rusia. Desempeñó un magno papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en los preparativos para unificar en un partido marxista revolucionario las organizaciones socialdemócratas dispersas. Después de la escisión del partido en bolcheviques y mencheviques, producida en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia – POSDR – de 1903, Iskra pasó a manos de los mencheviques –a partir del nº52– y empezó a denominarse «nueva» Iskra para diferenciarse de la «vieja» Iskra, la leninista. La nueva Iskra dejó de ser un combativo órgano del marxismo revolucionario: los mencheviques transformaron el periódico en un órgano de lucha contra el marxismo y contra el partido, en una tribuna del oportunismo.

## II

### Una condición fundamental del éxito de los bolcheviques

Es probable que casi todo el mundo vea ya hoy que los bolcheviques no se habrían mantenido en el poder, no digo dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina rigurosísima, verdaderamente férrea, de nuestro partido, sin el apoyo total e incondicional que le presta toda la masa de la clase obrera, es decir, todo lo que hay en ella de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir tras de sí o de atraer a los sectores atrasados.

La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada e implacable de la nueva clase contra un enemigo más poderoso, contra la burguesía, cuya resistencia se ve decuplicada por su derrocamiento –aunque no sea más que en un país– y cuyo poderío consiste no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los vínculos internacionales de la burguesía, sino, además, en la fuerza de la costumbre, en la fuerza de la pequeña producción. Porque, por desgracia, queda todavía en el mundo mucha, muchísima pequeña producción, y ésta engendra capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, de modo espontáneo y en masa. Por todos esos motivos, la dictadura del proletariado es imprescindible, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una guerra prolongada, tenaz, desesperada, a muerte; una guerra que requiere serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y voluntad única.

Lo repito: la experiencia de la dictadura proletaria triunfante en Rusia ha mostrado palmariamente a quien no sabe pensar, o no ha tenido necesidad de reflexionar sobre este problema, que la centralización incondicional y la disciplina más severa del proletariado constituyen una condición fundamental de la victoria sobre la burguesía.

De esto se habla a menudo. Pero no se piensa suficientemente, ni mucho menos, en qué significa esto y en qué condiciones es posible. ¿No convendría que las exclamaciones de saludo al poder de los Soviets y a los bolcheviques se vieran acompañadas con mayor frecuencia del más serio análisis de las causas que han permitido a los bolcheviques forjar la disciplina que necesita el proletariado revolucionario?

El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903. Sólo la historia de todo el período de existencia del bolchevismo puede explicar de un modo satisfactorio por qué éste pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.

Y surgen, ante todo, las preguntas siguientes: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado?, ¿cómo se comprueba?, ¿cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si queréis, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, pero también con las masas trabajadoras no proletarias. Tercero, por el acierto de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por el acierto de su estrategia y de su táctica políticas, a condición, de que las masas más extensas se convenzan de ello por experiencia propia. Sin estas condiciones es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente capaz de ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, de manera ineluctable, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Se forman únicamente a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se ve facilitada por una acertada teoría revolucionaria, la cual, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.

Si el bolchevismo pudo concebir y llevar a la práctica con éxito en los años 1917- 1920, en condiciones de una gravedad inaudita, la centralización más severa y la disciplina férrea, ello se debe sencillamente a una serie de peculiaridades históricas de Rusia.

De una parte, el bolchevismo surgió en 1903 sobre la más sólida base de la teoría del marxismo. Y la justedad de esta teoría revolucionaria –y sólo de ésta– ha sido demostrada tanto por la experiencia universal de todo el siglo XIX como, en particular, por la experiencia de los titubeos, los vaivenes, los errores y los desengaños del pensamiento revolucionario en Rusia. En el transcurso de casi medio siglo, aproximadamente de 1840 a 1890, el pensamiento avanzado en Rusia, bajo el yugo del despotismo del zarismo inauditamente salvaje y reaccionario, buscó ávidamente una teoría revolucionaria justa, siguiendo con celo y atención admirables cada «última palabra» de Europa y Norteamérica en este terreno. Rusia hizo suya a través de largos sufrimientos la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios sin precedente, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de búsquedas abnegadas, de estudio, de pruebas en la práctica, de desengaños, de comprobación y de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba, como ningún otro país, con abundantes relaciones internacionales y un excelente conocimiento de todas las formas y teorías universales del movimiento revolucionario.

De otra parte, el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica de granito, tuvo una historia práctica de quince años –1903 a 1917–, sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias. Porque ningún país conoció, ni siquiera aproximadamente, en el transcurso de esos quince años una experiencia revolucionaria tan rica, una rapidez y una variedad tales de sucesión de las distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tempestuoso, clandestino y abierto, en los círculos y entre las masas, parlamentario y terrorista. En ningún país estuvo concentrada en tan poco tiempo semejante variedad de formas, matices y métodos de lucha de todas las clases de la sociedad contemporánea; de una lucha, además, que, a consecuencia del atraso del país y del peso del yugo zarista, maduraba con singular rapidez y asimilaba con

particular ansiedad y eficacia «la última palabra» de la experiencia política norteamericana y europea.

### III

#### **Etapas principales de la historia del bolchevismo**

##### **Años de preparación de la revolución –1903 a 1905–.**

Presagios de gran tormenta por doquier. Efervescencia y preparativos en todas las clases. En el extranjero, la prensa de la emigración plantea teóricamente todos los problemas esenciales de la revolución. Los representantes de las tres clases fundamentales, de las tres corrientes políticas principales –la liberal burguesa, la democrática pequeño burguesa, encubierta con los rótulos de las tendencias «socialdemócrata» y «socialrevolucionaria» [3], y la proletaria revolucionaria– anticipan y preparan, con una encarnizada lucha de concepciones programáticas y tácticas, la futura lucha de clases abierta. Todos los problemas que motivaron la lucha armada de las masas en 1905-1907 y en 1917-1920 pueden –y deben– observarse, en forma embrionaria, en la prensa de aquella época. Está claro que entre estas tres tendencias principales hay todas las formaciones intermedias, de transición, híbridas que se quiera. Más exactamente: en la lucha entre los órganos de prensa, los partidos, las fracciones y los grupos van cristalizando las tendencias ideológicas y políticas clasistas de verdad; las clases se forjan una arma ideológica y política adecuada para las batallas futuras.

##### **Años de revolución –1905 a 1907–.**

Todas las clases actúan abiertamente. Todas las concepciones programáticas y tácticas son contrastadas por la acción de las masas. Lucha huelguística sin precedente en el mundo por su amplitud y dureza. Transformación de la huelga económica en política y de la huelga política en insurrección. Comprobación en la práctica de las relaciones posibles entre el proletariado dirigente y los campesinos dirigidos, vacilantes e inestables. Nacimiento, en el desarrollo espontáneo de la lucha, de la forma soviética de organización. Las disputas sostenidas entonces acerca del papel de los Soviets son un anticipo de la gran lucha de –1917 a 1920–. La sucesión de las formas de lucha parlamentarias y no parlamentarias, de la táctica de boicot del parlamento y de participación en él y de las formas legales e ilegales de lucha, así como la correlación y los vínculos existentes entre ellas, se distinguen por una asombrosa riqueza de contenido. Desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política –por las masas y los jefes, por las clases y los partidos–, cada mes de este período equivale a un año de desenvolvimiento «pacífico» y «constitucional». Sin «el ensayo general» de 1905 habría sido imposible la victoria de la Revolución de Octubre de 1917.

##### **Años de reacción –1907 a 1910–.**

El zarismo ha triunfado. Han sido aplastados todos los partidos revolucionarios y de oposición. Abatimiento, desmoralización, escisiones, dispersión, apostasías y pornografía en vez de política. Reforzamiento de la inclinación hacia el idealismo filosófico; misticismo como disfraz de las tendencias contrarrevolucionarias. Pero, al mismo tiempo, justamente la gran derrota da a los partidos revolucionarios y a la clase revolucionaria una verdadera lección en extremo provechosa, una lección de dialéctica histórica, de la comprensión, la destreza y el arte necesarios para sostener la lucha política. Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos derrotados pasan por una buena escuela.

El zarismo victorioso se ve obligado a destruir apresuradamente los restos del modo de vida preburgués, patriarcal, en Rusia. El desarrollo burgués del país progresa con extraordinaria rapidez. Las ilusiones al margen y por encima de las clases, las ilusiones sobre la posibilidad de evitar el capitalismo, se desvanecen. La lucha de clases se manifiesta de un modo nuevo por completo y con mayor relieve.

Los partidos revolucionarios deben completar su instrucción. Han aprendido a desplegar la ofensiva. Ahora deben comprender que esta ciencia hay que completarla con la de saber replegarse acertadamente. Hay que comprender –y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia– que no se puede triunfar sin saber atacar y replegarse con acierto. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques los que se replegaron con mayor orden, con menos quebranto de su «ejército» y conservando mejor su núcleo central; con las escisiones menos profundas e irreparables, con menos desmoralización y con mayor capacidad para reanudar la acción de un modo más amplio, acertado y enérgico. Y si los bolcheviques obtuvieron este resultado, fue exclusivamente porque desenmascararon y expulsaron sin piedad a los revolucionarios de palabra, obstinados en no querer comprender que es necesario replegarse, que es preciso saber replegarse, que es obligatorio aprender a actuar legalmente en los parlamentos más reaccionarios y en las organizaciones sindicales, cooperativas, de seguros y otras semejantes, por muy reaccionarias que sean.

#### **Años de movimiento ascensional –1910 a 1914–.**

Al principio, el ascenso fue de una lentitud inverosímil; luego, después de los sucesos del Lena de 1912 [4], algo más rápido. Venciendo dificultades inauditas, los bolcheviques hicieron replegarse a los mencheviques, cuyo papel como agentes burgueses en el movimiento obrero fue admirablemente comprendido después de 1905 por toda la burguesía y a los cuales, por eso mismo, sostenía de mil maneras contra los bolcheviques. Pero éstos jamás habrían logrado

desplazarles si no hubiesen aplicado una táctica acertada, combinando la labor ilegal con el aprovechamiento obligatorio de «las posibilidades legales». En la más reaccionaria de las Dumas [5], los bolcheviques conquistaron toda la curia obrera.

#### **Primera guerra imperialista mundial –1914 a 1917–.**

El parlamentarismo legal, con un «parlamento» ultrareaccionario, presta los mayores servicios al partido del proletariado revolucionario, a los bolcheviques. Los diputados bolcheviques son deportados a Siberia [6]. En la prensa de la emigración rusa se manifiestan plenamente todos los matices de las concepciones del socialimperialismo, del socialchovinismo, del socialpatriotismo, del internacionalismo inconsecuente y consecuente, del pacifismo y de la negación revolucionaria de las ilusiones pacifistas. Las eminencias estúpidas y las viejas comadres de la II Internacional, que fruncían el ceño con desdén y soberbia ante la abundancia de «fracciones» en el socialismo ruso y ante la encarnizada lucha de éstas entre sí, fueron incapaces, cuando la guerra suprimió en todos los países adelantados la cacareada «legalidad»; de organizar, aunque no fuera más que aproximadamente, un intercambio libre –ilegal– de ideas y una elaboración libre –ilegal– de concepciones justas, semejantes a los que organizaron los revolucionarios rusos en Suiza y otros países. A ello se debe, precisamente, que los socialpatriotas declarados y los «kautskianos» de todos los países hayan resultado ser los peores traidores al proletariado. Y si el bolchevismo pudo triunfar en 1917-1920, una de las causas fundamentales de esta victoria reside en que ya desde finales de 1914 denunció sin piedad la villanía, la infamia y la abyección del socialchovinismo y del «kautskismo» –al cual corresponden el longuetismo [7] en Francia,



las ideas de los jefes del Partido Laborista Independiente [8] y de los fabianos [9] en Inglaterra, de Turati en Italia, etc– y en que las masas se fueron convenciendo después cada vez más, por experiencia propia, de que las concepciones de los bolcheviques eran justas.

### **Segunda revolución rusa –febrero a octubre de 1917–.**

El grado inverosímil de decrepitud y caducidad del zarismo suscitó contra él – con el concurso de los reveses y sufrimientos de una guerra infinitamente penosa– una inusitada fuerza destructora. En pocos días, Rusia se convirtió en una república democrática burguesa más libre –en las condiciones de la guerra– que cualquier otro país. Los jefes de los partidos de oposición y revolucionarios comenzaron a formar gobierno –como en las repúblicas del «más puro parlamentarismo»–, y el título de jefe de un partido de oposición en el Parlamento, hasta en el más reaccionario, facilitó el papel futuro de semejante jefe en la revolución.

En pocas semanas, los mencheviques y los «socialrevolucionarios» dominaron a la perfección todos los procedimientos y modales, argumentos y sofismas de los «héroes» europeos de la II Internacional, de los ministerialistas [10] y de toda la chusma oportunista. Todo lo que leemos hoy acerca de los Scheidemann y los Noske, Kautsky e Hilferding, Renner y Austerlitz, Otto Bauer y Federico Adler, Turati y Longuet; acerca de los fabianos y los jefes del Partido Laborista Independiente de Inglaterra nos parece –y lo es en realidad– una aburrida repetición de un motivo antiguo y conocido. Todo ello lo habíamos visto ya en los mencheviques. La historia les ha jugado una mala pasada, obligando a los oportunistas de un país atrasado a adelantarse a los oportunistas de una serie de países avanzados.

Si todos los «héroes» de la II Internacional han fracasado y se han cubierto de oprobio en la cuestión del papel e importancia de los Soviets y del Poder Soviético; si se han cubierto de ignominia con «brillantez» singular y se han embrollado en esta cuestión los jefes de los tres grandes partidos que se han separado ahora de la II Internacional –el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania [11], el Partido Longuetista de Francia y el Partido Laborista Independiente de Inglaterra–; si todos ellos han resultado esclavos de los prejuicios de la democracia pequeño burguesa –exactamente al modo de los pequeños burgueses de 1848, que se llamaban «socialdemócratas»–, también es cierto que todo eso lo hemos visto ya en el ejemplo de los mencheviques. La historia ha hecho esta jugarreta: los Soviets nacieron en Rusia en 1905, fueron falsificados de febrero a octubre de 1917 por los mencheviques, que fracasaron por no haber sabido comprender el papel y la importancia de los mismos, y hoy ha surgido en el mundo entero la idea del Poder Soviético, una idea que se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países. Mientras tanto, los viejos «héroes» de la II Internacional fracasan también en todas partes por no haber sabido comprender, igual que nuestros mencheviques, el papel y la importancia de los Soviets. La experiencia ha demostrado que, en algunas cuestiones muy esenciales de la revolución proletaria, todos los países pasarán inevitablemente por lo mismo que ha pasado Rusia.

Los bolcheviques empezaron su lucha victoriosa contra la república parlamentaria –de hecho– burguesa y contra los mencheviques con suma prudencia y no la prepararon, ni mucho menos, con la sencillez que se imaginan hoy a menudo en Europa y América. Al comienzo del período mencionado no incitamos a derribar el gobierno, sino que explicamos la imposibilidad de hacerlo sin modificar previamente la composición y el estado de ánimo de los Soviets. No declaramos el boicot al parlamento burgués, a la constituyente, sino que dijimos –a partir de la conferencia de abril de 1917 de nuestro partido lo dijimos oficialmente en nombre de éste– que una república burguesa con una constituyente era preferible a la misma república sin constituyente; pero que la república «obrera y campesina» soviética es mejor que cualquier

república democrática burguesa, parlamentaria. Sin esta preparación prudente, minuciosa, circunspecta y prolongada no hubiésemos podido alcanzar ni mantener la victoria de Octubre de 1917.

### Notas

3. Lenin alude a los mencheviques y eseristas –socialistas revolucionarios–.

Mencheviques: adeptos de una corriente oportunista pequeño burguesa en la socialdemocracia rusa. En el II congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia los oportunistas quedaron en minoría –«menshinstvó»–. Ese es el origen de las denominaciones de «bolcheviques» –mayoritarios– y «mencheviques» –minoritarios–.

Durante la revolución de 1905–1907 los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía de la clase obrera en la revolución y contra la alianza de la clase obrera con el campesinado, exigiendo que se concertase un acuerdo con la burguesía liberal. En los años de reacción –1907 a 1910– que siguieron a la derrota de la revolución, la mayoría de los mencheviques se hicieron liquidadores. Al triunfar la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los mencheviques y los eseristas –socialrevolucionarios– formaron parte del gobierno provisional burgués, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la creciente revolución socialista.

A raíz de la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, organizador de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder Soviético.

Socialistas-revolucionarios o socialrevolucionarios –eseristas, s. r.–: partido de demócratas pequeño burgueses formado a fines de 1901 y comienzos de 1902 mediante la unificación de diversos grupos y círculos populistas. En los años de la primera guerra mundial, la mayoría de los eseristas sustentó posiciones socialchovinistas. Al triunfar la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los eseristas, junto con los mencheviques y los democonstitucionalistas –demócratas-constitucionalistas–, fueron el apoyo principal del gobierno provisional burgués, del que formaron parte los líderes de dicho partido. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los eseristas lucharon activamente contra el Poder Soviético.

4. Lenin se refiere al ametrallamiento, el 4 (17) de abril de 1912, de los obreros inermes en los placeres auríferos del Lena –Siberia–. La noticia del sangriento drama del Lena conmovió a la clase obrera de Rusia. Por todo el país se extendió una ola de manifestaciones callejeras, mítines y huelgas de protesta.

5. Duma de Estado: institución representativa que el gobierno zarista se vio obligado a convocar como resultado de los acontecimientos revolucionarios de 1905. Formalmente, la Duma de Estado era un organismo legislativo; pero, en la práctica, carecía de todo poder efectivo. Las elecciones a la Duma no eran ni directas, ni iguales, ni generales. Los derechos electorales de las clases trabajadoras y de las naciones no rusas que poblaban Rusia se hallaban fuertemente restringidos, y una parte considerable de los obreros y campesinos carecían de todo derecho electoral. La I Duma de Estado –abril a julio de 1906– y la II –febrero a junio de 1907– fueron disueltas por el gobierno zarista. El 3 de junio de 1907, el gobierno dio un golpe de Estado y promulgó una nueva ley electoral que restringió más aún los derechos de los obreros, de los campesinos y de la pequeña burguesía urbana y aseguró el dominio pleno del bloque reaccionario de los latifundistas y los grandes capitalistas tanto en la III Duma de Estado –1907 a 1912– como en la IV –1912 a 1917–.

6. En la sesión de la Duma del 26 de julio –8 de agosto– de 1914, en la que los representantes de todos los grupos burgueses y terratenientes aprobaron la entrada de la Rusia zarista en la guerra imperialista, la minoría bolchevique expresó su enérgica protesta, se negó a votar los créditos de guerra e hizo propaganda revolucionaria entre las masas. En noviembre de 1914, los diputados bolcheviques fueron detenidos, juzgados y confinados a perpetuidad en Siberia Oriental. Los valientes discursos de los miembros de la minoría bolchevique durante la vista de la causa, en los que denunciaron a la autocracia, desempeñaron un importante papel en la propaganda antimilitarista y en la radicalización de las masas trabajadoras.

7. Longuetismo: corriente centrista en el Partido Socialista Francés, encabezada por Juan Longuet. Durante la primera guerra mundial –1914 a 1918–, los longuetistas aplicaron una política de conciliación con los socialchovinistas, rechazaron la lucha revolucionaria y propugnaron «la defensa de la patria» en la guerra imperialista. Lenin los calificó de nacionalistas pequeño burgueses. Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los longuetistas se declararon de palabra partidarios de la dictadura del proletariado, pero, de hecho, siguieron siendo enemigos suyos. En diciembre de 1920, junto con los reformistas manifiestos, abandonaron el partido y se adhirieron a la llamada Internacional II y 1/2.

8. Partido Laborista Independiente de Inglaterra –Independent Labour Party, ILP–: organización reformista fundada en 1893, a cuyo frente figuraban Reir Hardie y Ramsay MacDonald. Desde que surgió, el ILP adoptó una posición reformista burguesa, prestando atención principal a la forma parlamentaria de lucha y a las componendas parlamentarias con el Partido Liberal. Al estallar la primera guerra mundial, el ILP publicó un manifiesto antibélico, pero poco después adoptó una posición socialchovinista. En 1920, el ILP abandonó la II Internacional y se adhirió a la llamada Internacional II y 1/2.

9. Fabianos: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. Tomó esta denominación del nombre del caudillo romano Fabio Máximo, llamado Cunctátor, «el Contemporalizador» –s. III a. n. e.–, por su táctica expectante, que consistía en eludir los combates decisivos en la guerra contra Aníbal. Formaban parte de la Sociedad Fabiana, principalmente, intelectuales burgueses: hombres de ciencia, escritores y políticos –como los esposos Sidney y Beatriz Webb, Ramsay MacDonald, Bernardo Shaw y otros–. Los fabianos negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista, afirmando que la transición del capitalismo al socialismo sólo sería posible por medio de reformas y de transformaciones paulatinas de la sociedad. En 1900, la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista.

10. Ministerialismo –«socialismo ministerial» o «millerandismo»–; táctica oportunista de participación de los socialistas en gobiernos burgueses reaccionarios. Este término surgió en 1899, cuando el socialista francés Millerand colaboró en el gobierno burgués presidido por Waldeck-Rousseau.

11. Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania: partido centrista fundado en abril de 1917, en el congreso de constitución celebrado en Gotha. Los «independientes» propugnaban la «unidad» con los socialchovinistas y llegaron a abjurar de la lucha de clases. Al fundarse la Internacional Comunista –Komintern– en 1919, los «independientes» abandonaron la II Internacional. En octubre de 1920, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania se escindió en su congreso de Halle; en diciembre del mismo año, una parte considerable de sus militantes se unificó con el Partido Comunista de Alemania. Los elementos derechistas se agruparon en otro partido, que adoptó la vieja denominación de Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania y existió hasta 1922.

## IV

### **¿En lucha contra que enemigos en el seno del movimiento obrero ha podido crecer, fortalecerse y templarse el bolchevismo?**

En primer lugar, y sobre todo, en lucha contra el oportunismo, que en 1914 se transformó definitivamente en socialchovinismo y se pasó para siempre al campo de la burguesía contra el proletariado. Este era, naturalmente, el enemigo principal del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y sigue siéndolo a escala mundial. El bolchevismo ha prestado y presta la mayor atención a ese enemigo. Tal aspecto de la actividad de los bolcheviques es ya bastante conocido también en el extranjero.

Distinta es la situación en lo que respecta a otro enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero. En el extranjero se sabe todavía en un grado demasiado insuficiente que el bolchevismo ha crecido, se ha formado y se ha templado en largos años de lucha contra el revolucionarismo pequeño burgués, parecido al anarquismo o que toma algo de él y se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una consecuente lucha de clase del proletariado. El pequeño propietario, el pequeño patrono –tipo social que en numerosos países europeos ha alcanzado gran difusión y tiene un carácter masivo–, sufre en el capitalismo una presión continua y, con gran frecuencia, un empeoramiento increíblemente brusco y rápido de sus condiciones de vida y la ruina. Para los marxistas está plenamente demostrado desde el punto de vista teórico –y la experiencia de todas las revoluciones y movimientos revolucionarios de Europa lo confirma por entero– que ese pequeño propietario, ese pequeño patrono, cae con facilidad en el revolucionarismo extremista, pero es incapaz de manifestar dominio de sí mismo, espíritu de organización, disciplina y firmeza. El pequeño burgués «enfurecido» por los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas. Son notorias la inconstancia de este revolucionarismo, su esterilidad y la facilidad con que se transforma rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasía, incluso en un entusiasmo «furioso» por tal o cual corriente burguesa «de moda». Pero el reconocimiento teórico, abstracto, de semejantes verdades no basta en modo alguno para poner a un partido revolucionario al abrigo de viejos errores, que aparecen siempre por motivos inesperados, con una ligera variación de forma, con una apariencia o un contorno antes no vistos, en una situación original –más o menos original–.

El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos anomalías se completaban mutuamente. Y si el anarquismo ejerció en Rusia una influencia relativamente insignificante en las dos revoluciones –1905 y 1917– y durante su preparación, pese a que la población pequeño burguesa era aquí más numerosa que en los países europeos, ello se debe en parte, sin duda alguna, al bolchevismo, que luchó siempre del modo más despiadado e irreconciliable contra el oportunismo. Digo «en parte», pues lo que más contribuyó a debilitar el anarquismo en Rusia fue la posibilidad que tuvo en el pasado –en los años 70 del siglo XIX– de adquirir un desarrollo extraordinariamente esplendoroso y revelar por completo su carácter falso y su incapacidad para servir como teoría dirigente de la clase revolucionaria.

Al surgir en 1903, el bolchevismo heredó la tradición de lucha implacable contra el revolucionarismo pequeño burgués, semianarquista –o capaz de coquetear con el anarquismo–, tradición que había existido siempre en la socialdemocracia revolucionaria y que se consolidó, sobre todo, en nuestro país de 1900 a 1903, cuando se sentaron las bases del partido de masas del proletariado revolucionario de Rusia. El bolchevismo hizo suya y continuó la lucha contra

el partido que expresaba con mayor fidelidad las tendencias del revolucionarismo pequeño burgués –es decir, el partido de los «socialrevolucionarios»– en tres puntos principales. Primero, este partido, que impugnaba el marxismo, se negaba obstinadamente a comprender –tal vez fuera más justo decir que no podía comprender– la necesidad de tener en cuenta con estricta objetividad las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas antes de emprender cualquier acción política. Segundo, este partido veía un signo particular de su «revolucionarismo» o de su «izquierdismo» en el reconocimiento del terrorismo individual, de los atentados, que nosotros, los marxistas, rechazábamos categóricamente. Claro es que nosotros rechazábamos el terrorismo individual sólo por motivos de conveniencia; pero la gente capaz de condenar «por principio» el terror de la gran revolución francesa o, en general, el terror de un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía del mundo entero, esa gente fue ya ridiculizada y vilipendiada por Plejánov en 1900-1903, cuando éste era marxista y revolucionario. Tercero, ser «izquierdista» consistía para los «socialrevolucionarios» en reírse de los pecados oportunistas, relativamente leves, de la socialdemocracia alemana, al mismo tiempo que imitaban a los ultraoportunistas de ese mismo partido, por ejemplo, en el problema agrario o en el de la dictadura del proletariado.

La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy a gran escala, a escala histórica universal, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia revolucionaria alemana –y téngase en cuenta que Plejánov reclamaba ya en 1900 a 1903 la expulsión de Bernstein del partido, y que los bolcheviques, siguiendo siempre esta tradición, denunciaron en 1913 toda la villanía, la bajeza y la traición de Legien [12]– estaba más cerca que nadie de ser el partido que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar. Ahora, en 1920, después de todas las ignominiosas bancarrotas y crisis de la época de guerra y de los primeros años posbélicos, se ve con claridad que, de todos los partidos occidentales, la socialdemocracia revolucionaria alemana es precisamente la que ha dado los mejores jefes y la que se ha repuesto, curado y fortalecido con mayor rapidez. Esto se advierte tanto en el partido de los espartaquistas [13] como en el ala izquierda, proletaria, del «Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania», que sostiene una lucha tenaz contra el oportunismo y la pusilanimidad de los Kautsky, los Hilferding, los Ledebour y los Crispian. Si damos ahora un vistazo general a un período histórico terminado por completo –desde la Comuna de París [14] hasta la primera República Socialista Soviética–, veremos dibujarse con contornos absolutamente definidos e indiscutibles la posición del marxismo ante el anarquismo. En resumidas cuentas, el marxismo ha demostrado estar en lo justo. Y si los anarquistas señalaban con razón el carácter oportunista de las concepciones sobre el Estado que imperaban en la mayoría de los partidos socialistas, debe advertirse, en primer lugar, que ese carácter oportunista era fruto de una deformación, e incluso de una ocultación consciente, de las ideas de Marx sobre el Estado –en mi libro «El Estado y la revolución» he hecho notar que Bebel mantuvo en el fondo de un cajón durante 36 años, desde 1875 hasta 1911, la carta en que Engels [15] denunciaba con singular relieve, vigor, franqueza y claridad el oportunismo de las concepciones socialdemócratas en boga acerca del Estado–. En segundo lugar, que la corrección de estas ideas oportunistas y el reconocimiento del Poder soviético y de su superioridad sobre la democracia parlamentaria burguesa han partido con mayor amplitud y rapidez precisamente de las tendencias más marxistas existentes en el seno de los partidos socialistas de Europa y América.

Ha habido dos casos en que la lucha del bolchevismo contra las desviaciones «izquierdistas» de su propio partido ha adquirido una magnitud singularmente grande: en 1908, en torno a la participación en un parlamento ultrareaccionario y en las sociedades obreras legales regidas por las leyes más reaccionarias, y en 1918 –Paz de Brest [16]–, en torno a la admisibilidad de tal o cual «compromiso».

En 1908, los bolcheviques «de izquierda» fueron expulsados de nuestro partido por su empeño en no querer comprender la necesidad de participar en un «parlamento» ultrareaccionario [17]. Los «izquierdistas», entre los que había muchos revolucionarios excelentes, que fueron después –y continúan siendo– honrosamente miembros del partido comunista, se apoyaban, sobre todo, en la feliz experiencia del boicot de 1905. Cuando el zar anunció en agosto de 1905 la convocación de un «parlamento» consultivo [18], los bolcheviques, en contra de todos los partidos de oposición y de los mencheviques, declararon el boicot a ese parlamento, que fue barrido, en efecto, por la revolución de octubre de 1905 [19]. Entonces el boicot fue justo, no porque esté bien abstenerse en general de participar en los parlamentos reaccionarios, sino porque se tuvo en cuenta con acierto la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política; después, en huelga revolucionaria y, luego, en insurrección. Además, la lucha giraba a la sazón en torno a si había que dejar en manos del zar la convocación del primer organismo representativo o si debía intentarse arrancar esa convocación de manos de las viejas autoridades. Por cuanto no había ni podía haber la seguridad de que la situación objetiva fuese análoga y de que su desarrollo se realizase en el mismo sentido y con igual rapidez, el boicot dejaba de ser justo.

El boicot de los bolcheviques al «parlamento» en 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política extraordinariamente preciosa, mostrando que en la combinación de las formas legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias de lucha es a veces conveniente, y hasta obligatorio, saber renunciar a las formas parlamentarias. Pero trasladar ciegamente, por simple imitación, sin espíritu crítico, esta experiencia a otras condiciones, a otra situación, es el mayor de los errores. Lo que constituyó ya un error, aunque no grande y fácilmente corregible, fue el boicot de los bolcheviques a la Duma en 1906. Fueron errores mucho más serios y difícilmente reparables los boicots de 1907, 1908 y años posteriores, pues, de una parte, no se podía esperar que volviera a levantarse con mucha rapidez la ola revolucionaria y se transformase en insurrección y, de otra, la situación histórica creada por la renovación de la monarquía burguesa dictaba la necesidad de conjugar el trabajo legal e ilegal. Hoy, cuando se echa una mirada retrospectiva a este período histórico, terminado por completo –cuyo enlace con los períodos posteriores se ha manifestado ya plenamente–, se comprende con singular claridad que los bolcheviques no habrían podido conservar –y no digo ya afianzar, desarrollar y fortalecer– el firme núcleo del partido revolucionario del proletariado durante el período de 1908 a 1914 si no hubiesen defendido en la más dura contienda la combinación obligatoria de las formas legales de lucha con las formas ilegales, la participación obligatoria en un parlamento ultrareaccionario y en diversas instituciones regidas por leyes reaccionarias – mutualidades, etc–.

En 1918 las cosas no llegaron a la escisión. Los comunistas «de izquierda» [20] constituyeron entonces sólo un grupo especial o «fracción» dentro de nuestro partido, y no por mucho tiempo. En el mismo año, los representantes más señalados del «comunismo de izquierda», los camaradas Rádek y Bujarin, por ejemplo, reconocieron públicamente su error. Les parecía que la Paz de Brest era un compromiso con los imperialistas, inaceptable por principio y funesto para el partido del proletariado revolucionario. Se trataba, en efecto, de un compromiso con los imperialistas; pero precisamente de un compromiso de tal género que era obligatorio en aquellas circunstancias.

Cuando oigo hoy, por ejemplo, a los «socialrevolucionarios» atacar la táctica que seguimos al firmar la Paz de Brest, o una observación como la que me hizo el camarada Lansbury durante una conversación: «Los líderes de nuestras tradeuniones inglesas dicen que también pueden permitirse un compromiso, puesto que los bolcheviques se lo han permitido», respondo habitualmente, ante todo, con una comparación sencilla y «popular».

Figuraos que el automóvil en que viajáis es detenido por unos bandidos armados. Les dais el dinero, el pasaporte, el revólver y el automóvil. Mas, a cambio de ello, os veis libres de la agradable vecindad de los bandidos. Se trata, sin duda, de un compromiso. Do ut des –«te doy» mi dinero, mis armas y mi automóvil «para que me des» la posibilidad de marcharme en paz–. Pero difícilmente se encontraría un hombre cuerdo que declarase semejante compromiso «inadmisible desde el punto de vista de los principios» o calificase a quien lo ha concertado de cómplice de los bandidos –aunque éstos, una vez dueños del automóvil y de las armas, puedan utilizarlos para nuevos pillajes–. Nuestro compromiso con los bandidos del imperialismo alemán fue análogo a éste.

Pero cuando los mencheviques y los eseristas en Rusia, los secuaces de Scheidemann –y, en parte considerable, los kautskianos– en Alemania, Otto Bauer y Federico Adler –sin hablar de los señores Renner y comparsa– en Austria, los Renaudel, Longuet y cía. en Francia, los fabianos, los «independientes» y los «laboristas» [21] en Inglaterra concertaron en 1914-1918 y en 1918-1920 con los bandidos de su propia burguesa, y a veces de la burguesía «aliada», compromisos dirigidos contra el proletariado revolucionario de su país, esos señores obraron como cómplices de los bandidos.

La conclusión es clara: rechazar los compromisos «por principio», negar la legitimidad de todo compromiso en general, cualquiera que sea, constituye una puerilidad que hasta resulta difícil tomar en serio. El político que desee ser útil al proletariado revolucionario debe saber distinguir los casos concretos de compromisos que son precisamente inadmisibles, que son una manifestación de oportunismo y de traición, y dirigir contra esos compromisos concretos toda la fuerza de la crítica, todo el filo de un desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, no permitiendo a los expertísimos socialistas «utilitarios» ni a los jesuitas parlamentarios que escurran el bulto y eludan la responsabilidad por medio de disquisiciones acerca de «los compromisos en general». Los señores «líderes» de las tradeuniones inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y los del Partido Laborista «Independiente», pretenden eludir precisamente así la responsabilidad por la traición que han cometido, por haber concertado un compromiso semejante, que no es en realidad sino oportunismo, defección y traición de la peor especie. Hay compromisos y compromisos. Es preciso saber analizar la situación y las condiciones concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Debe aprenderse a distinguir al hombre que ha entregado a los bandidos su bolsa y sus armas, para disminuir el mal causado por ellos y facilitar su captura y ejecución, del que da a los bandidos su bolsa y sus armas con objeto de participar en el reparto del botín. En política, esto dista mucho de ser siempre tan fácil como en el ejemplillo de simplicidad infantil. Pero sería sencillamente un charlatán quien pretendiera inventar para los obreros una receta que proporcionase por adelantado soluciones adecuadas en todas las circunstancias de la vida o prometiera que en la política del proletariado revolucionario jamás surgirán dificultades ni situaciones embrolladas.

Para no dejar lugar a interpretaciones falsas, intentaré esbozar, aunque sea muy brevemente, algunas tesis fundamentales al analizar los casos concretos de compromiso.

El partido que concertó con los imperialistas alemanes el compromiso consistente en firmar la Paz de Brest había venido forjando su internacionalismo de verdad desde finales de 1914. Este partido no temió proclamar la derrota de la monarquía zarista y estigmatizar «la defensa de la patria» en la guerra entre dos aves de rapiña imperialistas. Los diputados de este partido al parlamento fueron deportados a Siberia, en vez de seguir el camino que conduce a las carteras ministeriales en un gobierno burgués. La revolución, al derribar el zarismo y proclamar la república democrática, sometió a este partido a una prueba nueva y grandiosa: no concertó ningún acuerdo con «sus» imperialistas, sino que preparó su derrocamiento y los derrocó. Este mismo

partido, una vez dueño del poder político, no ha dejado piedra sobre piedra ni de la propiedad latifundista ni de la propiedad capitalista. Después de publicar y hacer añicos los tratados secretos de los imperialistas, este partido propuso la paz a todos los pueblos y sólo cedió ante la violencia de los bandidos de Brest cuando los imperialistas anglo-franceses frustraron la paz y los bolcheviques habían hecho todo lo humanamente posible para acelerar la revolución en Alemania y en otros países. Es cada día más claro y evidente para todos el acierto completo de semejante compromiso, contraído por ese partido en tales circunstancias.

Los mencheviques y eseristas de Rusia –como todos los jefes de la II Internacional en el mundo entero en 1914-1920– empezaron por la traición, justificando directa o indirectamente «la defensa de la patria», es decir, la defensa de su burguesía explotadora. Y persistieron en la traición, coligándose con la burguesía de su país y luchando al lado suyo contra el proletariado revolucionario de su propio país. Su bloque en Rusia con Kérenski y los democonstitucionalistas [22], primero –y con Kolchak y Denikin después–, así como el bloque de sus correligionarios extranjeros con la burguesía de sus países respectivos, fue una deserción al campo de la burguesía contra el proletariado. Su compromiso con los bandidos del imperialismo consistió, desde el principio hasta el fin, en que se convirtieron en cómplices del bandolerismo imperialista.

### Notas

12. Se alude, por lo visto, al artículo de Lenin «Lo que no se debe imitar del movimiento obrero alemán», publicado en abril de 1914 en la revista bolchevique *Prosveschenie* –«La Ilustración»–. En él se denunciaba la pérfida conducta del socialdemócrata alemán Karl Legien, que durante su viaje a Norteamérica en 1912 pronunció en el Congreso de los EEUU un discurso de saludo a los medios oficiales y a los partidos burgueses.

13. Espartaquistas: miembros de una organización revolucionaria de socialdemócratas de izquierda alemanes, fundada a comienzos de la primera guerra mundial por Karl Liebknecht, Rose Luxemburgo, Franz Mehring, Clara Zetkin y otros. Los espartaquistas hicieron propaganda revolucionaria entre las masas, organizaron acciones antibélicas masivas, dirigieron huelgas y denunciaron el carácter imperialista de la guerra mundial, así como la traición de los líderes oportunistas de la socialdemocracia.

En abril de 1917 ingresaron en el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, de orientación centrista, conservando en él su independencia orgánica. En noviembre de 1918, durante la revolución en Alemania, los espartaquistas formaron la Liga Espartaco y, después de publicar su programa el 14 de diciembre, rompieron con los «independientes». En el Congreso de Constitución, celebrado del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919, los espartaquistas fundaron el Partido Comunista de Alemania.

14. Comuna de París: gobierno revolucionario de la clase obrera, creado por la revolución proletaria en París en 1871. Primera experiencia de dictadura del proletariado conocida en la historia. La Comuna de París existió 72 días: desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.

15. Lenin alude a la carta de Friedrich Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875.

16. Paz de Brest: Tratado de Paz firmado el 3 de marzo de 1918, en Brest Litovsk, entre la Rusia Soviética y las potencias de la «Cuádruple Alianza» – Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía– en condiciones extraordinariamente duras para la primera. En torno a la firma de la Paz



de Brest se entabló una lucha tenaz contra Trotski y el grupo antipartido de los «comunistas de izquierda» –véase la nota nº20–. Gracias únicamente a los ingentes esfuerzos de Lenin se firmó el Tratado de Paz con Alemania. La Paz de Brest fue un brillante ejemplo de sabiduría y flexibilidad de la táctica leninista, de capacidad para trazar, en una situación complicada en extremo, la única política justa; fue un sensato compromiso político.

El Tratado de Brest-Litovsk proporcionó al Estado soviético una tregua, le permitió desmovilizar el viejo ejército en descomposición y crear otro nuevo, el Ejército Rojo, desplegar la edificación del socialismo y acumular fuerzas para hacer frente a la contrarrevolución interior y a los intervencionistas extranjeros. Al triunfar la revolución de noviembre de 1918 en Alemania, que derrocó el régimen monárquico, el CEC de toda Rusia anuló el 13 de noviembre el expoliador Tratado de Brest-Litovsk.

17. Se trata de los otzovistas y ultimativistas. La lucha contra ellos, entablada en 1908, condujo a que el líder de los otzovistas, A. Bogdánov, fuese expulsado de las filas bolcheviques en 1909. Encubriéndose con una fraseología revolucionaria, los otzovistas –de la palabra rusa «otzoviat», revocar, retirar– exigían que los diputados socialdemócratas fuesen retirados de la III Duma de Estado y cesase la labor en las organizaciones legales –sindicatos, cooperativas, etc–. El ultimativismo era una variedad del otzovismo. Los ultimativistas, que no comprendían la necesidad de efectuar una labor sistemática y tenaz con los diputados socialdemócratas para hacer de ellos parlamentarios revolucionarios consecuentes, proponían presentar un ultimátum a la minoría socialdemócrata de la Duma, exigiendo su subordinación incondicional a los acuerdos del CC del partido, y, si no lo cumplía, retirar de la Duma a los diputados socialdemócratas. En junio de 1909 se reunió la redacción ampliada del periódico bolchevique Proletari –«El Proletario»–, la cual señaló en una resolución que «el bolchevismo, como corriente concreta en el POSDR, no tiene nada de común con el otzovismo y el ultimativismo» y exhortó a los bolcheviques a «sostener la lucha más enérgica contra estas desviaciones del camino del marxismo revolucionario».

18. Lenin se refiere a la Duma de Bulyguin, organismo consultivo cuya convocación proyectaba el gobierno zarista en agosto de 1905. Recibió esta denominación por haber encargado el zar a A. Bulyguin, a la sazón ministro del Interior, confeccionar el proyecto de ley correspondiente. Según este proyecto, la Duma no estaba facultada para promulgar leyes, y se concedía el derecho de sufragio únicamente a los grandes terratenientes, los capitalistas y un pequeño número de campesinos ricos.

Las elecciones a la Duma de Bulyguin no llegaron a celebrarse la Duma fue barrida por el creciente movimiento revolucionario y por la huelga política de octubre de 1905.

19. Se trata de la huelga general política de octubre de 1905 en toda Rusia durante la primera revolución rusa. El número de huelguistas pasó de dos millones. La huelga transcurrió bajo las consignas de derrocamiento de la autocracia, boicot activo a la Duma de Bulyguin, convocación de la Asamblea Constituyente y proclamación de la república democrática. Esta huelga reveló la fuerza y el poderío del movimiento obrero e impulsó el desarrollo de la lucha revolucionaria en el campo, en el ejército y en la marina.

20. «Comunistas de izquierda»: grupo antipartido que surgió a comienzos de 1918 con motivo de la firma del Tratado de Paz –Paz de Brest– con Alemania. Encubriéndose con una fraseología izquierdista acerca de la guerra revolucionaria, los «comunistas de izquierda» defendieron una política aventurera tendiente a arrastrar a la República Soviética, todavía sin ejército, a la guerra contra la Alemania imperialista y colocaron al Poder Soviético ante una amenaza mortal. Lenin y sus correligionarios tuvieron que sostener una lucha tenaz en el CC contra Trotski y los «comunistas de

izquierda» para lograr que se aprobase la resolución sobre la firma del Tratado de Paz con Alemania, salvando así de la muerte a la joven República Soviética.

21. «Laboristas»: miembros del Partido Laborista de Inglaterra –Labour Party–, fundado en 1900 como una agrupación de sindicatos y organizaciones y grupos socialistas para llevar representantes obreros al parlamento –«Comité de Representación Obrera»–. En 1906, el comité adoptó el nombre de Partido Laborista. Los afiliados a las tradeuniones se consideran automáticamente miembros del Partido Laborista, a condición de que abonen a éste las cuotas correspondientes.

El Partido Laborista, que en su origen fue un partido obrero por su composición –más tarde se adhirieron a él numerosos elementos pequeño burgueses–, es, por su ideología y su táctica, una organización oportunista. Desde el momento en que se constituyó, sus líderes aplican una política de colaboración de clases con la burguesía.

Durante la primera guerra mundial –1914 a 1918–, los dirigentes del Partido Laborista –A. Henderson y otros– adoptaron una posición socialchovinista y colaboraron en el gobierno del rey. Con su respaldo activo fueron promulgadas diversas leyes enfiladas contra los obreros –sobre la militarización del país, etc.–. Los líderes laboristas han formado gobierno en repetidas ocasiones.

22. Democonstitucionalistas –demócratas–constitucionalistas–: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia, fundado en octubre de 1905. Durante la primera guerra mundial apoyaron activamente la política exterior anexionista del gobierno zarista. En el período de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 trataron de salvar la monarquía. Los democonstitucionalistas, que ocupaban una posición dirigente en el gobierno provisional burgués, aplicaron una política antipopular y contrarrevolucionaria. Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre fueron enemigos inconciliables del Poder Soviético, participando en todos los levantamientos armados contrarrevolucionarios y en las campañas de los intervencionistas.

## V

### El comunismo «de izquierda» en Alemania. Jefes, partido, clase, masa

Los comunistas alemanes, de quienes debemos hablar ahora, no se llaman «izquierdistas», sino «oposición de principio» [23], si no me equivoco. Pero por lo que sigue se verá que presentan todos los síntomas de «la enfermedad infantil del izquierdismo».

El folleto «Una escisión en el Partido Comunista de Alemania –liga de los espartaquistas–», que sustenta el criterio de esta oposición y ha sido editado por el «grupo local de Francfort del Meno», expone con sumo relieve, exactitud, claridad y concisión la esencia de los puntos de vista de la oposición. Algunas citas bastarán para dar a conocer al lector dicha esencia:

*«El Partido Comunista es el partido de la lucha de clases más decidida».*

*«Desde el punto de vista político, este período de transición» –entre el capitalismo y el socialismo– «es el período de la dictadura del proletariado».*

*« Surge una pregunta: ¿quién debe ejercer la dictadura: el Partido Comunista, o la clase proletaria? Por principio, ¿debe tenderse a la dictadura del Partido Comunista o a la dictadura de la clase proletaria?»*

Más adelante, el autor del folleto acusa al Comité Central del Partido Comunista de Alemania de buscar una coalición con el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania; de que «la cuestión del reconocimiento, en principio, de todos los medios políticos» de lucha, entre ellos del parlamentarismo, ha sido planteada por este Comité Central con el fin exclusivo de ocultar sus verdaderas y principales intenciones de coligarse con los independientes. Y el folleto continúa:

*«La oposición ha elegido otro camino. Sostiene el criterio de que el problema de la hegemonía del partido comunista y de su dictadura es sólo una cuestión de táctica. En todo caso, la hegemonía del partido comunista es la forma última de toda dominación del partido. Por principio, ha de tenderse a la dictadura de la clase proletaria. Y todas las medidas del partido, su organización, sus formas de lucha, su estrategia y su táctica deben estar orientadas a este fin. De acuerdo con ello, hay que rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos, todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios –los cuales han caducado ya histórica y políticamente–, toda política de maniobra y conciliación». «Deben ser subrayados con energía los métodos específicamente proletarios de lucha revolucionaria. Y para abarcar a los más amplios medios y sectores proletarios, que deben incorporarse a la lucha revolucionaria bajo la dirección del partido comunista, hay que concebir nuevas formas de organización sobre la base más amplia y con los límites más amplios. Este lugar de agrupamiento de todos los elementos revolucionarios es la unión obrera, basada en las organizaciones de fábrica. En ella deben unirse todos los obreros fieles a este lema: ¡Fuera de los sindicatos! Es ahí donde se forma el proletariado militante en las más vastas filas combativas. Para ser admitido basta con reconocer la lucha de clases, el sistema de los Soviets y la dictadura. Toda la educación política ulterior de las masas militantes y su orientación política en la lucha es misión del partido comunista, que se halla fuera de la unión obrera».*

*«Por consiguiente, hay ahora dos partidos comunistas frente a frente:*

*Uno, es el partido de los jefes, que intenta organizar y dirigir la lucha revolucionaria desde arriba, aceptando los compromisos y el parlamentarismo para crear situaciones que permitan a esos jefes entrar en un gobierno de coalición, en cuyas manos se halle la dictadura.*

*Otro, es el partido de las masas, que espera el impulso ascensional de la lucha revolucionaria desde abajo y conoce y aplica para esta lucha un solo método que conduce claramente al fin, rechazando todos los procedimientos parlamentarios y oportunistas; ese método único es el derrocamiento incondicional de la burguesía para implantar después la dictadura de clase del proletariado con objeto de hacer realidad el socialismo.*

*¡De un lado, la dictadura de los jefes, de otro, la dictadura de las masas! Esa es nuestra consigna».*

Tales son las tesis más esenciales que caracterizan las concepciones de la oposición en el Partido Comunista de Alemania.

Todo bolchevique que haya participado conscientemente en el desarrollo del bolchevismo desde 1903 o lo haya observado de cerca, no podrá por menos de exclamar nada más leer estos razonamientos: «¡Cuánto tiempo hice que conocemos esa vieja morralla!» ¡Qué infantilismo «izquierdista»! «Pero examinemos más de cerca estos razonamientos. El solo hecho de plantear la cuestión de «¿dictadura del partido o dictadura de la clase?, ¿dictadura – partido– de los jefes o dictadura –partido– de las masas?» atestigua la más increíble e irremediable confusión de ideas. Hay gente que se esfuerza por inventar algo enteramente original y que, en su afán de sofisticar, no consigue sino caer en el ridículo. Todo el mundo sabe que las masas se dividen en clases; que contraponer las masas y las clases sólo es admisible en un sentido: si se opone una inmensa mayoría en su totalidad, sin dividirla según la posición ocupada en el régimen social de la producción, a categorías que ocupan una posición especial en ese régimen; que las clases

son dirigidas de ordinario y en la mayoría de los casos –al menos en los países civilizados modernos– por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, como regla general, por grupos más o menos estables, compuestos de las personas más prestigiosas, influyentes y expertas, elegidas para los cargos de mayor responsabilidad y llamadas jefes. Todo eso es el abecé, todo eso es sencillo y claro. ¿Qué necesidad había de sustituir todo eso con un galimatías, con un nuevo volapuk [24]? De una parte, esta gente se ha hecho un lío, por lo visto, cayendo en una situación difícil, cuando la rápida sucesión de la vida legal e ilegal del partido altera las relaciones habituales, normales y simples entre los jefes, los partidos y las clases. En Alemania, como en los demás países europeos, se han acostumbrado demasiado a la legalidad, a la elección libre y regular de «los jefes» por los congresos ordinarios de los partidos, a la comprobación cómoda de la composición de clase de estos últimos mediante las elecciones parlamentarias, los mítines, la prensa, el estado de ánimo de los sindicatos y otras asociaciones, etc. Cuando la marcha impetuosa de la revolución y del desarrollo de la guerra civil ha hecho necesario pasar rápidamente de esta rutina a la sucesión de la legalidad y la ilegalidad y a su combinación, a procedimientos «incómodos», «no democráticos» para designar, formar o conservar los «grupos de dirigentes», la gente ha perdido la cabeza y ha empezado a inventar un monstruoso absurdo. Por lo visto, algunos miembros del Partido Comunista Holandés, que han tenido la desgracia de nacer en un país pequeño, con una tradición y unas condiciones de situación legal singularmente privilegiada y singularmente estable, y que jamás han visto la sucesión de las situaciones legales e ilegales, se han embrollado y han perdido la cabeza, favoreciendo absurdos infundios.

Por otra parte, salta a la vista el uso irreflexivo e incoherente de algunas palabrejas «de moda» en nuestra época sobre «la masa» y «los jefes». La gente ha oído muchos ataques contra «los jefes» y se los ha aprendido de memoria, ha oído que se les contraponía a «la masa», pero no ha sabido reflexionar acerca del sentido de todo eso y ver las cosas claras. El divorcio entre «los jefes» y «la masa» se ha manifestado en todos los países, con singular claridad y relieve, al final de la guerra imperialista y después de ella. La causa fundamental de este fenómeno la explicaron muchas veces Marx y Engels de 1852 a 1892 con el ejemplo de Inglaterra. La situación monopolista de dicho país destacó de «la masa» a una «aristocracia obrera» semi-pequeño burguesa y oportunista. Los jefes de esta aristocracia obrera desertaban constantemente al campo de la burguesía, que los mantenía de manera directa o indirecta. Marx se granjeó el odio, que le honra, de estos canallas por haberles tildado públicamente de traidores. El imperialismo moderno –del siglo XX– ha creado una situación privilegiada, monopolista, para unos cuantos países adelantados, y sobre este terreno ha surgido en todas partes dentro de la II Internacional ese tipo de jefes traidores, oportunistas, socialchovinistas, que defienden los intereses de su gremio, de su grupito de aristocracia obrera. Estos partidos oportunistas se han aislado de «las masas», es decir, de los sectores más vastos de trabajadores, de su mayoría, de los obreros peor retribuidos. La victoria del proletariado revolucionario es imposible sin combatir este mal, sin arrancar la careta, poner en la picota y expulsar a los jefes oportunistas, socialtraidores. Tal es precisamente la política que ha aplicado la Komintern.

Llegar con este motivo a contraponer, en términos generales, la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes es un absurdo ridículo y una necedad. Lo más divertido es que, de hecho, en lugar de los antiguos jefes que se atienen a ideas humanas comunes sobre las cosas simples, se destaca –encubriéndolo con la consigna de «¡Abajo los jefes!»– a jefes nuevos que dicen soberanas tonterías y disparates. Tales son, en Alemania, Laufenberg, Wolffheim, Horner, Karl Schröder, Federico Wendel y Karl Erler[2]. Las tentativas de este último de «profundizar» en la cuestión y proclamar en general la inutilidad y «el carácter burgués» de los partidos políticos representan tales Columnas de Hércules [26] de absurdidad que le dejan a uno estupefacto. ¡Cuán cierto es que de un pequeño error puede hacerse siempre uno monstruosamente grande, si se insiste en él, si se profundiza para encontrarle justificación y se intenta «llevarlo hasta el fin»!

Negar la necesidad del partido y de la disciplina de partido: tal es el resultado a que ha llegado la oposición. Y eso equivale a desarmar por completo al proletariado en provecho de la burguesía. Equivale precisamente a la dispersión, la volubilidad y la incapacidad para dominarse, unirse y actuar de manera organizada, defectos típicamente pequeño burgueses, que, de ser indulgente con ellos, llevan de manera inevitable a la ruina todo movimiento revolucionario del proletariado. Negar la necesidad del partido desde el punto de vista del comunismo significa saltar de la víspera de la bancarrota del capitalismo –en Alemania–, no a la fase inferior o media del comunismo, sino a su fase superior. En Rusia –después de más de dos años de haber derribado a la burguesía– estamos dando aún los primeros pasos en la transición del capitalismo al socialismo o fase inferior del comunismo. Las clases siguen existiendo y existirán durante años en todas partes después de que el proletariado conquiste el poder. Es posible que en Inglaterra, donde no hay campesinos –¡pero existen, sin embargo, pequeños patronos!–, ese plazo sea más corto. Suprimir las clases no significa sólo expulsar a los latifundistas y a los capitalistas –esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad–; significa también suprimir los pequeños productores de mercancías. Pero a éstos no se les puede expulsar, no se les puede reprimir; hay que convivir con ellos, y sólo se puede –y se debe– transformarlos, reeducarlos, mediante una labor de organización muy larga, lenta y prudente. Estos pequeños productores cercan de elemento pequeño burgués al proletariado, lo impregnan de ese elemento, lo corrompen con él, provocan sin cesar en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeño burguesa, de atomización, de individualismo, de vaivenes entre la exaltación y el abatimiento. Para hacer frente a eso, para conseguir que el proletariado desempeñe acertada, eficaz y victoriosamente su función organizadora –que es su función principal–, son necesarias una centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de personas es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado en la clase dada, sin un partido que sepa pulsar el estado de ánimo de las masas e influir en él es imposible sostener con éxito esta lucha. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que «vencer» a millones y millones de pequeños patronos, los cuales llevan con su cotidiana y prosaica labor corruptora, invisible e inaprehensible a los mismos resultados que necesita la burguesía y que restauran a ésta. Quien debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado –sobre todo en la época de su dictadura–, ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.

A la par con el problema de los jefes, el partido, la clase y la masa hay que plantear el de los sindicatos «reaccionarios». Pero antes me permitiré hacer, a modo de conclusión, algunas observaciones basadas en la experiencia de nuestro partido. En éste ha habido siempre ataques a «la dictadura de los jefes». La primera vez, que yo recuerde, fue en 1895, cuando el partido no existía aún formalmente, pero empezaba ya a formarse en San Petersburgo el grupo central que debía tomar en sus manos la dirección de los grupos distritales [27]. En el IX Congreso de nuestro partido –abril de 1920– hubo una pequeña oposición, que habló también contra «la dictadura de los jefes», «la oligarquía», etc. No hay, pues, nada de sorprendente, nada nuevo, nada alarmante en «la enfermedad infantil» del «comunismo de izquierda» entre los alemanes. Esta enfermedad transcurre sin peligro y, una vez pasada, el organismo incluso se fortalece. De otro lado, la rápida sucesión del trabajo legal e ilegal, que implica la necesidad de «ocultar», de sumir en una clandestinidad singular precisamente al Estado Mayor Central, a los jefes, motivó a veces en nuestro país fenómenos profundamente peligrosos. El peor de ellos fue la entrada en 1912 en el Comité Central bolchevique de un agente provocador, Malinovski. Este delató a decenas y decenas de los más excelentes y abnegados camaradas, haciendo que fueran condenados a trabajos forzados y acelerando la muerte de muchos de ellos. Si no causó mayor

daño fue porque habíamos establecido una correlación adecuada entre la actividad legal y la clandestina. Para ganarse nuestra confianza, Malinovski, como miembro del Comité Central del partido y diputado a la Duma, tuvo que ayudarnos a organizar la publicación de periódicos diarios legales, que, incluso bajo el zarismo, supieron luchar contra el oportunismo de los mencheviques y propagar los principios fundamentales del bolchevismo con el necesario disimulo. Con una mano, Malinovski mandaba a presidio y a la muerte a decenas y decenas de los mejores combatientes del bolchevismo; pero con la otra se veía obligado a contribuir a la educación de decenas y decenas de miles de nuevos bolcheviques por medio de la prensa legal. Este es un hecho sobre el que deberían reflexionar como se merece los camaradas alemanes –y también los ingleses, los norteamericanos, los franceses y los italianos–, que tienen planteada la tarea de aprender a efectuar una labor revolucionaria en los sindicatos reaccionarios.

En muchos países, incluso en los más adelantados, la burguesía envía y seguirá enviando, sin duda alguna, provocadores a los partidos comunistas. Uno de los medios de luchar contra este peligro consiste en saber combinar acertadamente el trabajo ilegal con el legal.

### Notas

23. «Oposición de principio»: grupo de comunistas «de izquierda» alemanes que defendían concepciones anarcosindicalistas. El II Congreso del Partido Comunista de Alemania, celebrado en octubre de 1919 en Heidelberg, expulsó del partido a la oposición. Esta última fundó, en abril de 1920, el llamado Partido Comunista Obrero de Alemania –PCOA–. En noviembre del mismo año, con objeto de facilitar la unificación de todas las fuerzas comunistas de Alemania e ir al encuentro de los mejores elementos proletarios del PCOA, la oposición fue admitida provisionalmente en la Komintern en calidad de miembro simpatizante. Sin embargo, el Comité Ejecutivo de la Komintern consideraba como única sección con plenos derechos al Partido Comunista Unificado de Alemania. Al ser admitido en la Komintern el Partido Comunista Obrero de Alemania, se puso a sus representantes la siguiente condición: fusionarse con el Partido Comunista Unificado de Alemania y apoyar todas sus acciones. Pero los dirigentes del PCOA no cumplieron las indicaciones del Comité Ejecutivo de la Komintern. El III Congreso de la Komintern –junio a julio de 1921–, movido por el deseo de ganarse a los obreros que seguían aún al PCOA, acordó conceder a éste un plazo de dos meses para que convocara un congreso y resolviese el problema de la fusión. Los dirigentes del PCOA no cumplieron el acuerdo del III Congreso, debido a lo cual dicho partido quedó al margen de la Komintern. Con posterioridad, el PCOA degeneró en un grupito sectario insignificante y carente de todo apoyo entre la clase obrera.

24. Volapuk: lengua artificial creada en 1880 por Johann Schleyer.

25. Diario Obrero Comunista –«Kommunistische Arbeiterzeitung»–: órgano del grupo anarcosindicalista de «comunistas de izquierda» alemanes. Se publicó en Hamburgo desde 1919 hasta 1927. El nombre de Karl Erler, mencionado por Lenin, es el seudónimo literario de Enrique Laufenberg.

26. La expresión «llegar hasta las Columnas de Hércules» significa llegar al límite extremo, exagerar algo de manera extraordinaria. Según la mitología de la antigua Grecia, dichas columnas fueron levantadas por Hércules y constituían el fin del mundo, después del cual no había camino alguno.

27. Se trata de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, organizada por Lenin en el otoño de 1895. Agrupó a cerca de veinte círculos marxistas de San Petersburgo, figurando al frente

de ella un grupo central. La dirección inmediata se hallaba en manos de cinco miembros del grupo, encabezados por Lenin.

La organización estaba dividida en grupos distritales, que los obreros conscientes, avanzados –I. Babushkin, V. Shelgunov y otros–, enlazaban con las fábricas y empresas. La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo, era, según expresión de Lenin, el embrión del partido revolucionario, que se apoyaba en el movimiento obrero y dirigía la lucha de clase del proletariado.

28. Trudoviques: grupo de demócratas pequeño burgueses en las Dumas de Estado, compuesto de campesinos e intelectuales de orientación populista.

## VI

### ¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios?

Los «izquierdistas» alemanes consideran que pueden responder con una negativa absoluta a esta pregunta. A su juicio, las soflamas y los gritos de cólera contra los sindicatos «reaccionarios» y «contrarrevolucionarios» –K. Horner se distingue por «el aplomo» y la necedad con que hace esto– bastan para «demostrar» la inutilidad e incluso la inadmisibilidad de que los revolucionarios, los comunistas, actúen en los sindicatos contrarrevolucionarios, en los sindicatos amarillos, socialchovinistas y conciliadores dirigidos por los Legien.

Pero por muy convencidos que estén los «izquierdistas» alemanes del carácter revolucionario de semejante táctica, ésta es, en realidad, profundamente errónea y no contiene más que frases huecas.

Para aclararlo partiré de nuestra propia experiencia, conforme al plan general del presente folleto, que tiene por objeto aplicar a Europa Occidental lo que la historia y la táctica actual del bolchevismo contienen de aplicable, importante y obligatorio en todas partes. La correlación entre jefes, partido, clase y masa y, a la vez, la actitud de la dictadura del proletariado y de su partido ante los sindicatos aparece actualmente entre nosotros en la siguiente forma concreta: la dictadura la ejerce el proletariado organizado en los Soviets y dirigido por el Partido Comunista Bolchevique, que, según los datos del último Congreso –abril de 1920–, cuenta con 611.000 miembros. El número de militantes ha oscilado mucho tanto antes como después de la Revolución de Octubre y ha sido considerablemente menor incluso en 1918 y 1919 [29]. Tememos ampliar con exceso el partido porque los arribistas y truhanes, que sólo merecen ser fusilados, tratan infaliblemente de infiltrarse en el partido gobernante. La última vez que abrimos de par en par las puertas del partido –sólo para los obreros y los campesinos– fue en los días –invierno de 1919– en que Yudénich se encontraba a algunas verstas de Petrogrado y Denikin estaba en Oriol –a unas trescientas cincuenta verstas de Moscú–, es decir, cuando la República Soviética se veía ante un peligro terrible, mortal, y los aventureros, los arribistas, los truhanes y, en general, los elementos inestables no podían contar en modo alguno con hacer una carrera ventajosa –sino más bien con la horca y las torturas– si se adherían a los comunistas [30]. El partido, que celebra congresos anuales –en el último, la representación fue de un delegado por cada mil militantes–, lo dirige un Comité Central de 19 miembros, elegido por el congreso; la gestión de los asuntos corrientes la ejercen en Moscú dos organismos aún más restringidos, denominados «Buró de Organización» y «Buró Político», que se eligen en sesiones plenarias del Comité Central y cada uno de los cuales está compuesto de cinco miembros de éste. Nos hallamos, pues, ante una verdadera «oligarquía». En nuestra República, ninguna

institución del Estado resuelve problemas políticos o de organización importantes, cualesquiera que sean, sin las directrices del Comité Central del partido.

En su labor, el partido se apoya directamente en los sindicatos, que tienen ahora, según datos del último congreso –abril de 1920–, más de cuatro millones de afiliados y que en el aspecto formal son sin partido. De hecho, todos los organismos dirigentes de la inmensa mayoría de los sindicatos, y en primer término, como es natural, la institución central o buró sindical de toda Rusia – Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia–, se componen de comunistas y aplican todas las directrices del partido. Se obtiene, en conjunto, un mecanismo proletario, no comunista en el aspecto formal, flexible y relativamente amplio, potentísimo, por medio del cual el partido está ligado de manera estrecha a la clase y a las masas y a través del cual se ejerce, bajo la dirección del partido, la dictadura de la clase. Por supuesto, nos hubiera sido imposible gobernar el país y ejercer la dictadura, no ya dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la más estrecha ligazón con los sindicatos, sin su fervoroso apoyo, sin su abnegadísima labor tanto en la organización económica como en la militar. Está claro que esta estrechísima ligazón significa, en la práctica, una labor de propaganda y agitación muy compleja y variada, reuniones oportunas y frecuentes no sólo con los dirigentes, sino, en general, con los militantes sindicales influyentes y una lucha sin cuartel contra los mencheviques, que tienen todavía cierto número de partidarios –muy pequeño, en verdad–, a los que inician en todas las malas artes de la contrarrevolución, desde la defensa ideológica de la democracia –burguesa– y la prédica de «la independencia» de los sindicatos –independencia ¡respecto del poder estatal proletario!– hasta el sabotaje de la disciplina proletaria, etc, etc.

Reconocemos que el contacto con «las masas» por conducto de los sindicatos es insuficiente. En el curso de la revolución se ha creado en nuestro país, en la práctica, un organismo que procuramos por todos los medios mantener, desarrollar y ampliar: las conferencias de obreros y campesinos sin partido. Este organismo nos permite observar el estado de ánimo de las masas, acercarnos a ellas, responder a sus demandas, promover a cargos del Estado a sus mejores elementos, etc. Un decreto reciente sobre la transformación del Comisariado del Pueblo de Control del Estado en «Inspección Obrera y Campesina» confiere a estas conferencias sin partido el derecho de elegir miembros del Control del Estado para las funciones más diversas de revisión, etc.

Además, como es natural, toda la labor del partido se efectúa a través de los Soviets, que agrupan a las masas trabajadoras sin distinción de oficio. Los congresos distritales de los Soviets son una institución democrática jamás vista en las mejores repúblicas democráticas del mundo burgués. Por medio de estos congresos –cuya labor procura seguir el partido con la mayor atención posible–, así como por la comisión constante de los obreros más conscientes para desempeñar cargos diversos en las poblaciones rurales, el proletariado ejerce su función dirigente con respecto al campesinado, se realiza la dictadura del proletariado urbano, la lucha sistemática contra los campesinos ricos, burgueses, explotadores y especuladores, etc.

Tal es el mecanismo general de poder del Estado proletario examinado «desde arriba», desde el punto de vista de la realización práctica de la dictadura. Es de esperar que el lector comprenderá por qué el bolchevique ruso, que conoce este mecanismo y lo ha visto nacer de los pequeños círculos ilegales y clandestinos en el transcurso de veinticinco años, no puede por menos de hallar ridículo, pueril y absurdo todo ese palabreo sobre la dictadura «desde arriba» o «desde abajo», la dictadura de los jefes o la dictadura de las masas, etc, como lo sería una disputa acerca de qué le es más útil al hombre: la pierna izquierda o el brazo derecho.

Tampoco pueden dejar de parecernos un absurdo ridículo y pueril las disquisiciones pomposas, muy sabias y terriblemente revolucionarias de los izquierdistas alemanes, quienes afirman que los



comunistas no pueden ni deben actuar en los sindicatos reaccionarios, que es permisible renunciar a semejante actividad, que es preciso abandonar los sindicatos y organizar sin falta una «unión obrera», completamente nueva y pura, inventada por comunistas muy simpáticos –y en la mayoría de los casos, probablemente, muy jóvenes–, etc, etc.

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, de una parte, las viejas diferencias de profesión y de oficio entre los obreros, formadas en el transcurso de los siglos, y, de otra, los sindicatos, que sólo con gran lentitud, a lo largo de años y años, pueden transformarse y se transformarán en sindicatos de industria más amplios, menos corporativos –que engloben a industrias enteras y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones–. Después, a través de estos sindicatos de industria, se pasará a suprimir la división del trabajo entre los individuos; a educar, instruir y formar hombres universalmente desarrollados y universalmente preparados, hombres que sabrán hacerlo todo. Hacia eso marcha, debe marchar y llegará el comunismo, pero sólo dentro de muchos años. Intentar hoy anticiparse en la práctica a ese resultado futuro de un comunismo llegado a la plenitud de su desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez, es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Podemos –y debemos– emprender la edificación del socialismo no con un material humano fantástico ni especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Esto es, sin duda, muy «difícil»; pero cualquier otro modo de enfocar el problema es tan poco serio que no merece la pena hablar de ello.

Los sindicatos representaron un progreso gigantesco de la clase obrera al iniciarse el desarrollo del capitalismo, pues significaban el paso de la dispersión y la impotencia de los obreros a los rudimentos de su unión como clase. Cuando comenzó a extenderse la forma superior de unión clasista de los proletarios, el partido revolucionario del proletariado –que será indigno de este nombre mientras no sepa agrupar a los líderes con la clase y las masas en un todo único e indisoluble–, en los sindicatos empezaron a manifestarse fatalmente ciertos rasgos reaccionarios, cierta estrechez gremial, cierta tendencia al apoliticismo, cierto espíritu rutinario, etc. Pero el proletariado no se ha desarrollado, ni podía desarrollarse, en ningún país por otro medio que no fueran los sindicatos y su cooperación con el partido de la clase obrera. La conquista del poder político por el proletariado representa un gigantesco paso adelante de este último como clase. Y el partido debe consagrarse más, de un modo nuevo y no sólo por los procedimientos antiguos, a educar y dirigir a los sindicatos; sin olvidar, a la vez, que éstos son y serán durante mucho tiempo una necesaria «escuela de comunismo», una escuela preparatoria de los proletarios para ejercer su dictadura, una asociación indispensable de los obreros para que la dirección de toda la economía del país pase gradualmente a manos de la clase obrera –y no de unas u otras profesiones–, primero, y de todos los trabajadores, después.

Con la dictadura del proletariado es inevitable cierto «reaccionarismo» de los sindicatos en el sentido indicado. No comprender esto significa no comprender en absoluto las condiciones fundamentales de la transición del capitalismo al socialismo. Temer este «reaccionarismo», intentar prescindir de él, saltar por encima de él, es una inmensa tontería, pues equivale a temer el papel de la vanguardia proletaria, que consiste en instruir, ilustrar y educar a los sectores y las masas más atrasados de la clase obrera y del campesinado e incorporarlos a la vida nueva. Por otro lado, aplazar la dictadura del proletariado hasta que no quede ni un solo obrero de estrecho espíritu profesional, ni un solo obrero con prejuicios tradeunionistas y gremiales, sería un error aún más profundo. El arte del político –y la comprensión acertada de sus tareas por el comunista– consiste precisamente en saber valorar con exactitud las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado puede tomar victoriosamente el poder; en que puede, durante la toma del poder y después de ella, conseguir un apoyo suficiente de sectores bastante amplios de la clase obrera y de las masas laboriosas no proletarias; en que puede, una vez obtenido dicho apoyo, mantener,

afianzar y extender su dominación, educando, instruyendo y atrayéndose a masas cada vez más amplias de trabajadores.

Prosigamos. En países más adelantados que Rusia se ha hecho sentir, y debía hacerse sentir con mucha mayor fuerza, sin duda, que en el nuestro, cierto espíritu reaccionario de los sindicatos. En Rusia, los mencheviques tenían apoyo entre los sindicatos –y, en parte, siguen teniéndolo en un número pequeñísimo de éstos– gracias precisamente a la estrechez corporativa, al egoísmo profesional y al oportunismo. En Occidente, sus mencheviques se han «atrincherado» mucho más sólidamente en los sindicatos; allí se ha destacado un sector mucho más fuerte que en nuestro país de «aristocracia obrera» profesional, mezquina, egoísta, insensible, codiciosa, pequeño burguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo. Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los señores Jouhaux, Henderson, Merrheim, Legien y cía. en Europa Occidental es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político completamente homogéneo. Hay que sostener esta lucha de manera implacable y llevarla sin falta, como hemos hecho nosotros, hasta poner en la picota y expulsar de los sindicatos a todos los jefes incorregibles del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el poder político – y no debe intentarse tomarlo– mientras esta lucha no haya alcanzado cierto grado; este «cierto grado» no es idéntico en todos los países ni en todas las condiciones, y sólo dirigentes políticos del proletariado reflexivos, experimentados y competentes pueden determinarlo con acierto en cada país. – En Rusia nos dieron la medida del éxito en esta lucha, entre otras cosas, las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente [31], pocos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. En dichas elecciones, los mencheviques sufrieron una espantosa derrota, obteniendo 700.000 votos –1.400.000 si agregamos los de Transcaucasia– frente a 9.000.000 logrados por los bolcheviques. Véase mi artículo «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado», en el número 7-8 de «La Internacional Comunista» [32]–.

Pero la lucha contra «la aristocracia obrera» la sostenemos en nombre de las masas obreras y para ponerlas de nuestra parte; la lucha contra los jefes oportunistas y socialchovinistas la sostenemos para ganarnos a la clase obrera. Sería estúpido olvidar esta verdad elementalísima y más que evidente. Pero tal es, precisamente, la estupidez en que incurren los comunistas alemanes «de izquierda», los cuales deducen del carácter reaccionario y contrarrevolucionario de los cabecillas sindicales la conclusión de que es preciso ¡salir de los sindicatos!, ¡renunciar a actuar en ellos!, ¡crear formas de organización obrera nuevas, inventadas! Una estupidez tan imperdonable que equivale al mejor servicio que los comunistas pueden prestar a la burguesía. Porque nuestros mencheviques, como todos los líderes sindicales oportunistas, socialchovinistas y kautskianos, no son otra cosa que «agentes de la burguesía en el movimiento obrero» –como hemos dicho siempre refiriéndonos a los mencheviques– o, en otros términos, «lugartenientes obreros de la clase capitalista» –labor lieutenants of the capitalist class–, según la magnífica expresión, profundamente exacta, de los discípulos de Daniel de León en los Estados Unidos. No actuar en los sindicatos reaccionarios significa abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas a la influencia de los líderes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los obreros aristócratas u «obreros aburguesados» –véase la carta de Engels a Marx, en 1858, acerca de los obreros ingleses [33]–.

Precisamente la absurda «teoría» de la no participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios prueba del modo más patente con qué irreflexión abordan estos comunistas «de izquierda» el problema de la influencia entre «las masas» y cómo abusan de su griterío acerca de éstas. Para saber ayudar a «las masas» y conquistar su simpatía, su adhesión y su apoyo no hay que temer las dificultades, las cicaterías, las zancadillas, los insultos y las persecuciones por

«los jefes» –que, siendo oportunistas y socialchovinistas, están en la mayor parte de los casos relacionados directa o indirectamente con la burguesía y la policía– y se debe actuar sin falta allá donde estén las masas. Hay que saber hacer toda clase de sacrificios y vencer los mayores obstáculos para efectuar una propaganda y una agitación sistemáticas, tenaces, perseverantes y pacientes precisamente en las instituciones, sociedades y asociaciones, por reaccionarias que sean, donde haya masas proletarias o semiproletarias.

Y los sindicatos y las cooperativas obreras –estas últimas, por lo menos, en algunos casos– son cabalmente las organizaciones donde están las masas. En Inglaterra, según datos hechos públicos por el periódico sueco Folkets Dagblad Politiken [34] el 10 de marzo de 1920, el total de afiliados a las tradeuniones, que a finales de 1917 era de 5.500.000, se elevó a finales de 1918 a 6.600.000, es decir, aumentó en un 19%. Y se calcula que a fines de 1919 ascendían a 7.500.000. No tengo a mano las cifras correspondientes a Francia y Alemania; pero algunos hechos, indiscutibles por completo y conocidos de todos, muestran un gran incremento del número de miembros de los sindicatos también en esos países.

Estos hechos prueban con entera claridad lo que confirman otros mil síntomas: el crecimiento del grado de conciencia y de los anhelos de organización precisamente entre las masas proletarias, en sus «sectores inferiores», atrasados. En Inglaterra, Francia y Alemania, millones de obreros pasan por vez primera de la completa desorganización a la forma de organización más elemental e inferior, más simple y accesible –para los que se hallan todavía impregnados hasta la médula de prejuicios democráticos burgueses–: los sindicatos. Y los comunistas de izquierda, revolucionarios, pero insensatos, se quedan a un lado, gritan: «¡Masa!», «¡Masa!», y se niegan a actuar en los sindicatos!, ¡So pretexto de su «reaccionarismo»!, inventan una «unión obrera» nuevecita, pura, exenta de todo prejuicio democrático burgués, de todo pecado gremial y de toda estrechez profesional, que será –¡será!– amplia, según dicen, y para ingresar en la cual se exige solamente –¡solamente!– ¡«reconocer el sistema de los Soviets y la dictadura» –véase la cita transcrita más arriba–!

¡Es inconcebible mayor insensatez, mayor daño causado a la revolución por los revolucionarios «de izquierda»! Si hoy, en Rusia, después de dos años y medio de triunfos sin precedente sobre la burguesía de Rusia y la de la Entente [35], estableciéramos como condición para ingresar en los sindicatos «reconocer la dictadura», haríamos una tontería, mal lograríamos nuestra influencia entre las masas y ayudaríamos a los mencheviques. Porque la tarea de los comunistas consiste en saber convencer a los elementos atrasados, en saber actuar entre ellos y no en aislarse de ellos con consignas puerilmente «izquierdistas» sacadas de la cabeza.

Es indudable que los señores Gompers, Henderson, Jouhaux y Legien estarán muy reconocidos a esos revolucionarios «de izquierda», que, como los de la oposición «de principio» alemana –¡Dios nos libre de semejantes «principios»– o algunos revolucionarios de la organización norteamericana «Obreros Industriales del Mundo» [36], predicán la salida de los sindicatos reaccionarios y la renuncia a actuar en ellos. No dudamos de que los señores «jefes» del oportunismo recurrirán a todas las artimañas de la diplomacia burguesa, a la ayuda de los gobiernos burgueses, de los curas, de la policía y de los tribunales para impedir la entrada de los comunistas en los sindicatos, para expulsarlos de ellos por todos los medios y hacer lo más desagradable posible su labor en los mismos, para ofenderles, acosarles y perseguirles. Hay que saber afrontar todo eso, estar dispuestos a todos los sacrificios, recurrir incluso –en caso de necesidad– a todas las estratagemas, astucias y procedimientos ilegales, silenciar y ocultar la verdad con tal de penetrar en los sindicatos, permanecer en ellos y efectuar allí, cueste lo que cueste, una labor comunista. Bajo el régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna «posibilidad legal»; pero cuando el policía Zubátov organizó sus asambleas y asociaciones obreras ultrareaccionarias con objeto de cazar a los revolucionarios y luchar contra

ellos, enviamos allí a miembros de nuestro partido –recuerdo entre ellos al camarada Bábushkin, destacado obrero petersburgués, fusilado en 1906 por los generales zaristas–, que establecieron contacto con las masas, se las ingeniaron para hacer su agitación y arrancar a los obreros de la influencia de los zubatovistas. Está claro que actuar así resulta más difícil en los países de Europa Occidental, particularmente impregnados de prejuicios legalistas, constitucionales y democráticos burgueses de singular arraigo. Pero se puede y se debe actuar, y de modo sistemático.

El Comité Ejecutivo de la Komintern debe, a mi juicio, condenar públicamente y proponer al próximo Congreso de la Komintern que condene en general la política de no participación en los sindicatos reaccionarios –motivando de manera detallada la insensatez que representa esta no participación y el gravísimo daño que causa a la revolución proletaria– y, en particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista Holandés, que –de modo directo o indirecto, abierto o encubierto, total o parcial, lo mismo da– han apoyado esta política errónea. La Komintern debe romper con la táctica de la II y no eludir ni ocultar los problemas espinosos, sino plantearlos a rajatabla. Hemos dicho cara a cara toda la verdad a los «independientes» –Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania–; hay que decírsela del mismo modo a los comunistas «de izquierda».

### Notas

29. Durante el período comprendido entre la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 y el año de 1919, inclusive, el número de militantes del partido se modificó del modo siguiente: cuando se celebró la VII Conferencia – Conferencia de Abril de 1917– del POSD –bolchevique– de Rusia, el partido tenía 80.000 miembros; al celebrarse el VI Congreso –julio a agosto de 1917–, alrededor de 240.000; al comenzar el VII Congreso del PC(b) de Rusia –marzo de 1918–, no menos de 300.000, y en vísperas del VIII Congreso –marzo de 1919–, 313.766.

30. Lenin alude a la Semana del Partido, campaña de reclutamiento de nuevos militantes efectuada en sus organizaciones, por acuerdo del VIII Congreso del PC(b) de Rusia, de agosto a noviembre de 1919, en un período de intensa lucha del pueblo soviético frente a la intervención militar extranjera y la contrarrevolución interior. Como resultado de la Semana del Partido, sólo en 38 provincias de la parte europea de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia –RSFSR– ingresaron en el PC(b) de Rusia más de 200.000 hombres y mujeres, más de la mitad de los cuales eran obreros. En los frentes se concedió el ingreso en el partido a cerca del 25% de los efectivos del ejército y de la marina. Lenin dijo que los obreros y los campesinos venidos al partido en un momento tan grave «son los cuadros mejores y más seguros de dirigentes del proletariado revolucionario y de la parte no explotadora del campesinado».

31. Las elecciones a la Asamblea Constituyente se celebraron, después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre, en la fecha que había sido señalada antes: el 12 (25) de noviembre de 1917. Se efectuaron de acuerdo con las listas confeccionadas antes de la Revolución Socialista de Octubre, y con el reglamento aprobado por el gobierno provisional, en momentos en que una parte considerable del pueblo no podía comprender aún el significado de la revolución socialista. De ello se aprovecharon los eseristas de derecha para conquistar la mayoría en las provincias y regiones alejadas de la capital y de los centros industriales. El Gobierno soviético convocó la Asamblea Constituyente, que se reunió en Petrogrado el 5 (18) de enero de 1918. La mayoría contrarrevolucionaria de dicha Asamblea rechazó la declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado, propuesta por el CEC de toda Rusia, y se negó a ratificar los decretos del II Congreso de los Soviets acerca de la paz, la tierra, y el paso del poder a los Soviets. En vista de ello fue disuelta por decreto del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia el 6 (19) de enero de 1918.

32. La Internacional Comunista: revista, órgano del Comité Ejecutivo de la Komintern; se publicó desde 1919 hasta 1943 en ruso, alemán, francés, inglés, español y chino.

33. Véase la carta de Friedrich Engels a Karl Marx del 7 de octubre de 1858.

34. Folkets Dagblad Politiken –«Diario Político Popular»–: periódico de los socialdemócratas de izquierda suecos, que en 1917 formaron el Partido Socialdemócrata de Izquierda de Suecia; empezó a publicarse en abril de 1916, en Estocolmo. En 1921, dicho partido ingresó en la Komintern y adoptó el nombre de Partido Comunista. El periódico pasó a ser órgano suyo. Pero en octubre de 1929, al escindirse el Partido Comunista de Suecia, cayó en manos de su ala derecha. Dejó de aparecer en mayo de 1945.

35. Entente: bloque de potencias imperialistas –Inglaterra, Francia y Rusia– que se formó definitivamente en 1907. Estaba enfilado contra los imperialistas de la Triple Alianza –Alemania, Austria, Hungría e Italia–. Su nombre procede de la «Entente cordiale», acuerdo anglo-francés firmado en 1904. Durante la primera guerra mundial «1914 a 1918– se sumaron a la Entente los EEUU, el Japón y otros países. Cuando triunfó la Revolución Socialista de Octubre, los principales componentes de este bloque –Inglaterra, Francia, los EEUU y el Japón– fueron inspiradores, organizadores y partícipes de la intervención contra el País de los Soviets.

36. Obreros Industriales del Mundo –Industrial Workers of the World, IWW–: organización obrera de los EEUU fundada en 1905; agrupaba principalmente a obreros de oficios varios, poco calificados y mal retribuidos. Los Obreros Industriales del Mundo sostuvieron con éxito una serie de huelgas masivas y combatieron la política de colaboración de clases practicada por los líderes reformistas de la Federación Americana del Trabajo y por los socialistas de derecha. Durante la primera guerra mundial se efectuaron, con participación de los IWW, varias acciones antibélicas masivas de la clase obrera norteamericana. Algunos dirigentes de esta organización –W. Haywood y otros– aplaudieron la Revolución Socialista de Octubre e ingresaron en el Partido Comunista de los EEUU. Los Obreros Industriales del Mundo revelaron en su actividad rasgos anarcosindicalistas: negaban la necesidad de la lucha política del proletariado, renunciaban a actuar entre los militantes de los sindicatos adheridos a la FAT, etc. Con posterioridad, esta organización adquirió un carácter sectario y perdió su influencia en el movimiento obrero.

## VII

### ¿Debe participarse en los parlamentos burgueses?

Los comunistas «de izquierda» alemanes responden a esta pregunta, con el mayor desprecio –y la mayor irreflexión–, negativamente. ¿Sus argumentos? En la cita reproducida más arriba leemos:

«Rechazar del modo más categórico todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios –los cuales han caducado ya histórica y políticamente–».

Está dicho en un tono ridículamente presuntuoso y es una falsedad evidente.

¡«Retorno» al parlamentarismo! ¿Acaso existe ya en Alemania una república soviética? ¡Parece que no! ¿Cómo puede hablarse, entonces, de «retorno»? ¿No es eso una frase vacía?

El parlamentarismo «ha caducado históricamente». Esto es cierto desde el punto de vista de la propaganda. Pero nadie ignora que de ahí a su superación práctica hay una distancia inmensa. Hace ya muchos decenios que podía decirse con entera razón que el capitalismo había «caducado históricamente»; mas esto no suprime en modo alguno la necesidad de sostener una lucha muy prolongada y muy tenaz sobre el terreno del capitalismo. El parlamentarismo «ha caducado históricamente» desde el punto de vista histórico universal, es decir, la época del parlamentarismo burgués ha terminado, la época de la dictadura del proletariado ha empezado. Esto es indiscutible. Pero en la historia universal se cuenta por décadas. Desde su punto de vista, diez o veinte años más o menos no tienen importancia, son una pequeñez imposible de apreciar incluso aproximadamente. De ahí que recurrir a la escala de la historia universal en un problema de política práctica constituya el error teórico más escandaloso.

¿Que el parlamentarismo «ha caducado políticamente»? Eso es ya otra cuestión. Si fuera cierto, la posición de los «izquierdistas» sería firme. Pero eso hay que demostrarlo con un análisis muy serio, y los «izquierdistas» ni siquiera saben abordarlo. También es malísimo, como veremos, el análisis que se hace en las «Tesis acerca del parlamentarismo», publicadas en el nº1 del Boletín de la Oficina Provisional de Ámsterdam de la Komintern –Bulletin of the Provisional Bureau in Amsterdam of the Communist International, February 1920–, las cuales expresan claramente las tendencias izquierdistas de los holandeses o las tendencias holandesas de los izquierdistas.

En primer lugar, los «izquierdistas» alemanes, como se sabe, consideraban ya en enero de 1919 que el parlamentarismo había «caducado políticamente», a despecho de la opinión de dirigentes políticos tan destacados como Rose Luxemburgo y Karl Liebknecht [37]. Es sabido que los «izquierdistas» se equivocaron. Este hecho basta para aniquilar de golpe y de raíz la tesis de que el parlamentarismo «ha caducado políticamente». Los «izquierdistas» están en el deber de demostrar por qué su indiscutible error de entonces ha dejado de serlo hoy. Pero no aportan, ni pueden aportar, la menor sombra de prueba. La actitud de un partido político ante sus errores es uno de los criterios más importantes y más seguros para juzgar la seriedad de ese partido y del cumplimiento efectivo de sus deberes para con su clase y para con las masas trabajadoras. Reconocer abiertamente un error, poner al desnudo sus causas, analizar la situación que lo ha engendrado y discutir atentamente los medios de corregirlo: eso es lo que caracteriza a un partido serio; en eso consiste el cumplimiento de sus deberes; eso es educar e instruir a la clase y, después, a las masas. Al no cumplir ese deber ni estudiar con extraordinaria atención, minuciosidad y prudencia su error manifiesto, los «izquierdistas» de Alemania –y de Holanda– muestran precisamente que no son el partido de la clase, sino un círculo, que no son el partido de las masas, sino un grupo de intelectuales y de un reducido número de obreros que imitan los peores rasgos de los intelectualoides.

En segundo lugar, en el mismo folleto del grupo «de izquierda» de Fráncfort, del que hemos reproducido antes citas detalladas, leemos:

«Los millones de obreros que siguen todavía la política del centro» –del partido católico del «centro»– «son contrarrevolucionarios. Los proletarios del campo forman las legiones de los ejércitos contrarrevolucionarios» (pág.3 del folleto)

Todo indica que eso está dicho con una ampulosidad y una exageración excesivas. Pero el hecho fundamental aquí expuesto es indiscutible y su reconocimiento por los «izquierdistas» patentiza su error con fuerza singular. En efecto, ¡cómo se puede decir que «el parlamentarismo ha caducado políticamente», si «millones» y «legiones» de proletarios son todavía no sólo partidarios del

parlamentarismo en general, sino incluso francamente «contrarrevolucionarios»? Es evidente que el parlamentarismo en Alemania no ha caducado aún políticamente. Es evidente que los «izquierdistas» de Alemania han tomado su deseo, su actitud política e ideológica, por una realidad objetiva. Este error es el más peligroso para los revolucionarios. En Rusia, donde el yugo del zarismo, salvaje y feroz en extremo, engendró durante un período muy largo y en formas variadísimas revolucionarios de todos los matices, revolucionarios de abnegación, entusiasmo, heroísmo y fuerza de voluntad asombrosos, hemos podido observar muy de cerca, estudiar con singular atención y conocer al detalle este error de los revolucionarios. Y por eso lo vemos con especial claridad en los demás. Por supuesto, el parlamentarismo «ha caducado políticamente» para los comunistas de Alemania; pero se trata precisamente de no creer que lo caduco para nosotros haya caducado para la clase, para la masa. Una vez más vemos aquí que los «izquierdistas» no saben razonar, no saben comportarse como el partido de la clase, como el partido de las masas. Tenéis el deber de no descender al nivel de las masas, al nivel de los sectores atrasados de la clase. Esto es indiscutible. Tenéis la obligación de decirles la amarga verdad; de decirles que sus prejuicios democráticos burgueses y parlamentarios son eso: prejuicios. Pero, al mismo tiempo, tenéis la obligación de observar con serenidad el estado verdadero de conciencia y de preparación precisamente de toda la clase –y no sólo de su vanguardia comunista–, de toda la masa trabajadora –y no sólo de sus elementos avanzados–.

Aunque no fueran «millones» y «legiones», sino una simple minoría bastante considerable de obreros industriales la que siguiese a los curas católicos, y de obreros agrícolas la que siguiese a los terratenientes y campesinos ricos –Grossbauern–, podría asegurarse ya sin vacilar que el parlamentarismo en Alemania no ha caducado todavía políticamente; que la participación del partido del proletariado revolucionario en las elecciones parlamentarias y en la lucha desde la tribuna del parlamento es obligatoria precisamente para educar a los sectores atrasados de su clase, precisamente para despertar e instruir a la masa aldeana inculta, oprimida e ignorante. Mientras no tengáis fuerza para disolver el parlamento burgués y las instituciones reaccionarias de otro tipo, cualesquiera que sean, tenéis la obligación de actuar en ellas precisamente porque allí hay todavía obreros idiotizados por el clero y por la vida en los más perdidos rincones rurales. De lo contrario corréis el riesgo de convertirlos en simples charlatanes.

En tercer lugar, los comunistas «de izquierda» nos colman de elogios a los bolcheviques. A veces dan ganas de decirles: ¡alabadnos menos, pero compenetraos más con la táctica de los bolcheviques, familiarizaos más con ella! Participamos en las elecciones al parlamento burgués de Rusia, a la Asamblea Constituyente, de septiembre a noviembre de 1917. ¿Fue acertada nuestra táctica o no? Si no lo fue, hay que decirlo con claridad y demostrarlo: es indispensable para que el comunismo internacional trace una táctica justa. Si lo fue, deben sacarse de ello las conclusiones pertinentes. Está claro que no puede ni hablarse de equiparar las condiciones de Rusia a las de Europa Occidental. Pero cuando se trata de manera especial del significado que tiene la idea «el parlamentarismo ha caducado políticamente», es obligatorio tomar en consideración con exactitud nuestra experiencia, pues sin tener en cuenta la experiencia concreta, esas ideas se convierten con excesiva facilidad en frases huecas. ¿Es que nosotros, los bolcheviques rusos, no teníamos de septiembre a noviembre de 1917 más derecho que todos los comunistas de Occidente a considerar que el parlamentarismo había caducado políticamente en Rusia? Lo teníamos, claro está, pues la cuestión no estriba en si los parlamentos burgueses existen desde hace mucho tiempo o poco, sino en qué medida las grandes masas trabajadoras están preparadas –ideológica, política y prácticamente– para aceptar el régimen soviético y disolver el parlamento democrático burgués –o permitir su disolución–. Es un hecho histórico plenamente establecido y absolutamente indiscutible que en septiembre, octubre y noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban preparados de un modo excepcional para

aceptar el régimen soviético y disolver el parlamento burgués más democrático. Y pese a ello, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes como después de la conquista del poder político por el proletariado. Que dichas elecciones dieron resultados políticos de extraordinario valor –y de suma utilidad para el proletariado– es un hecho que creo haber demostrado en el artículo antes mencionado, en el que analizo con todo detalle los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de Rusia.

La conclusión que de ello se deduce es absolutamente indiscutible: está demostrado que, incluso unas semanas antes de la victoria de la República Soviética, e incluso después de esta victoria, la participación en un parlamento democrático burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite demostrar con mayor facilidad a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, facilita el éxito de su disolución, facilita «la caducidad política» del parlamentarismo burgués. No tener en cuenta esta experiencia y pretender, al mismo tiempo, pertenecer a la Komintern, que debe elaborar internacionalmente su táctica –no una táctica de carácter nacional estrecho o unilateral, sino justamente una táctica internacional–, significa incurrir en el más profundo de los errores y precisamente apartarse de hecho del internacionalismo, aunque se le reconozca de palabra.

Examinemos ahora los argumentos «izquierdistas holandeses» a favor de la no participación en los parlamentos. He aquí la tesis 4<sup>a</sup>, la más importante de las tesis «holandesas» antes mencionadas, traducida del inglés:

«Cuando el sistema capitalista de producción es destrozado y la sociedad atraviesa un período revolucionario, la acción parlamentaria pierde gradualmente su valor en comparación con la acción de las propias masas. Cuando, en estas condiciones, el parlamento se convierte en el centro y el órgano de la contrarrevolución, y, por otra parte, la clase obrera crea los instrumentos de su poder en forma de Soviets, puede resultar incluso necesario renunciar a toda participación en la acción parlamentaria».

La primera frase es errónea a todas luces, pues la acción de las masas –por ejemplo, una gran huelga– es siempre más importante que la acción parlamentaria, y no sólo durante la revolución o en una situación revolucionaria. Este argumento, a todas luces infundado y falso histórica y políticamente, no hace sino mostrar con claridad singular que los autores desprecian por completo la experiencia de toda Europa –de Francia en vísperas de las revoluciones de 1848 y 1870, de Alemania entre 1878 y 1890, etc– y de Rusia –véase más arriba– respecto a la importancia que tiene combinar la lucha legal con la ilegal. Esta cuestión reviste la mayor trascendencia, tanto en general como en particular, porque en todos los países civilizados y avanzados se acerca a grandes pasos la época en que dicha combinación será cada día más obligatoria –y lo es ya en parte– para el partido del proletariado revolucionario. Será obligatoria en virtud de la maduración y la proximidad de la guerra civil del proletariado contra la burguesía, en virtud de las feroces persecuciones de los comunistas por los gobiernos republicanos y, en general, burgueses, los cuales violan por todos los medios la legalidad –basta con citar el ejemplo de Norteamérica–, etc. Los holandeses y los izquierdistas en general no comprenden en absoluto esta cuestión esencialísima.

La segunda frase es, en primer lugar, errónea desde el punto de vista histórico. Los bolcheviques hemos actuado en los parlamentos más contrarrevolucionarios y la experiencia ha demostrado que semejante participación ha sido no sólo útil, sino necesaria para el partido del proletariado revolucionario precisamente después de la primera revolución burguesa en Rusia –1905– a fin de preparar la segunda revolución burguesa –febrero de 1917– y, luego,



la revolución socialista –octubre de 1917–. En segundo lugar, dicha frase es de un ilogismo sorprendente. De que el parlamento se convierta en el órgano y «el centro» de la contrarrevolución –dicho sea de pasada, jamás ha sido ni ha podido ser en realidad «el centro»– y de que los obreros creen los instrumentos de su poder en forma de Soviets, se deduce que los trabajadores deben prepararse ideológica, política y técnicamente para la lucha de los Soviets contra el parlamento, para la disolución del parlamento por los Soviets. Pero de ahí no se desprende en modo alguno que semejante disolución sea obstaculizada, o no sea facilitada, por la presencia de una oposición soviética dentro del parlamento contrarrevolucionario. Jamás hemos notado durante nuestra lucha victoriosa contra Denikin y Kolchak que la existencia de una oposición proletaria, soviética, en la zona ocupada por ellos fuera indiferente para nuestros triunfos. Sabemos muy bien que la disolución de la Constituyente, efectuada por nosotros el 5 de enero de 1918, lejos de ser dificultada, se vio facilitada por la presencia en la Constituyente contrarrevolucionaria que disolvíamos tanto de una oposición soviética consecuente, la bolchevique, como de una oposición soviética inconsecuente, la de los eseristas de izquierda.

Los autores de la tesis se han hecho un lío completo y han olvidado la experiencia de una serie de revoluciones, si no de todas, que acredita la singular utilidad de combinar, en tiempos de revolución, la acción de masas fuera del parlamento reaccionario con una oposición simpatizante de la revolución –o mejor aún, que la apoya francamente– dentro de ese parlamento. Los holandeses y los «izquierdistas» en general razonan en este caso como doctrinarios de la revolución que jamás han participado en una verdadera revolución y reflexionado sobre la historia de las revoluciones, o que toman ingenuamente «la negación» subjetiva de cierta institución reaccionaria por su destrucción efectiva con las fuerzas mancomunadas de toda una serie de factores objetivos. El medio más seguro de desacreditar una nueva idea política –y no sólo política– y de perjudicarla es llevarla hasta el absurdo con el pretexto de defenderla. Porque toda verdad, si se la hace «exorbitante» –como decía Dietzgen padre–, si se la exagera y extiende más allá de los límites en los que es realmente aplicable, puede ser llevada al absurdo y, en las condiciones señaladas, se convierte de manera infalible en un absurdo. Tal es el flaco servicio que prestan los izquierdistas de Holanda y Alemania a la nueva verdad de la superioridad del Poder Soviético sobre los parlamentos democráticos burgueses. Por supuesto, estaría en un error quien siguiera sosteniendo de un modo general la vieja afirmación de que abstenerse de participar en los parlamentos burgueses es inadmisibles en todas las circunstancias. Me es imposible tratar de formular aquí las condiciones en que es útil el boicot, pues este folleto persigue objetivos mucho más modestos: analizar la experiencia rusa en relación con algunos problemas actuales de la táctica comunista internacional. La experiencia rusa nos brinda una aplicación feliz y acertada –1905– y otra equivocada –1906– del boicot por los bolcheviques. Al analizar el primer caso vemos: los bolcheviques consiguieron impedir la convocación del parlamento reaccionario por el poder reaccionario en un momento en que la acción revolucionaria extra parlamentaria de las masas –en particular las huelgas– crecía con rapidez excepcional, en que ni un solo sector del proletariado y del campesinado podía apoyar en modo alguno el poder reaccionario, en que el proletariado revolucionario se aseguraba su influencia entre las grandes masas atrasadas por medio de la lucha huelguística y del movimiento agrario. Es evidente a todas luces que esta experiencia no puede aplicarse a las condiciones europeas actuales. Y es también evidente a todas luces –en virtud de los argumentos expuestos más arriba– que la defensa, incluso convencional, de la renuncia a participar en los parlamentos, hecha por los holandeses y los «izquierdistas», es profundamente errónea y nociva para la causa del proletariado revolucionario.

En Europa Occidental y en los Estados Unidos, el parlamento se ha hecho odioso en extremo a la vanguardia revolucionaria de la clase obrera. Esto es indiscutible. Y se comprende perfectamente, pues resulta difícil imaginarse mayor vileza, abyección y felonía que la conducta de la mayoría

abrumadora de los diputados socialistas y socialdemócratas en el parlamento durante la guerra y después de ella. Pero sería no sólo insensato, sino francamente criminal dejarse llevar por estos sentimientos al decidir cómo se debe combatir el mal reconocido por todos. Puede decirse que, en muchos países de Europa Occidental, el espíritu revolucionario es hoy una «novedad» o una «rareza», esperada demasiado tiempo, en vano y con impaciencia, debido a lo cual, quizá, se cede ante ella con tanta facilidad. Como es natural, sin un estado de ánimo revolucionario de las masas y sin condiciones que favorezcan su desarrollo, la táctica revolucionaria no se transformará en acción; pero en Rusia, una experiencia demasiado larga, dura y sangrienta nos ha convencido de que es imposible basar la táctica revolucionaria exclusivamente en el estado de ánimo revolucionario. La táctica debe ser trazada tomando en consideración con serenidad y estricta objetividad todas las fuerzas de clase del Estado de que se trate –y de los Estados que le rodean y de todos los Estados a escala mundial–, así como la experiencia de los movimientos revolucionarios. Es facilísimo dar pruebas de «revolucionarismo» sólo con insultos al oportunismo parlamentario, sólo condenando la participación en los parlamentos; pero, precisamente por ser demasiado fácil, no es la solución de un problema difícil, difícilísimo. En los parlamentos europeos es mucho más difícil que en Rusia formar una minoría parlamentaria verdaderamente revolucionaria. Desde luego. Mas eso no es sino una expresión parcial de la verdad general de que, en la situación concreta de 1917, original en extremo desde el punto de vista histórico, a Rusia le fue fácil empezar la revolución socialista, pero continuarla y llevarla a feliz término le será más difícil que a los países europeos. A comienzos de 1918 hube ya de indicar esta circunstancia, y la experiencia de los dos años transcurridos desde entonces ha venido a confirmar por entero la justedad de semejante consideración.

En Europa Occidental no existen hoy condiciones específicas como fueron: 1) la posibilidad de conjugar la revolución soviética con la terminación, gracias a ella, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y los campesinos; 2) la posibilidad de sacar provecho, durante cierto tiempo, de la lucha a muerte en que estaban enzarzados los dos grupos más poderosos del mundo de tiburones imperialistas, que no podían coligarse contra el enemigo soviético; 3) la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte por la extensión gigantesca del país y por sus malas comunicaciones; 4) la existencia entre los campesinos de un movimiento revolucionario democrático burgués tan profundo que el partido del proletariado hizo suyas las reivindicaciones revolucionarias del partido de los campesinos –los socialrevolucionarios, un partido profundamente hostil, en su mayoría, al bolchevismo– y las realizó en el acto gracias a la conquista del poder político por el proletariado [38].

Esas condiciones específicas no se dan hoy en Europa Occidental, y su repetición, o la de otras análogas, no es nada fácil. Por ello, entre otras razones, a Europa Occidental le es más difícil que a nosotros comenzar la revolución socialista. Tratar de «eludir» esta dificultad «saltándose» el arduo problema de utilizar con fines revolucionarios los parlamentos reaccionarios es puro infantilismo. ¿Queréis crear una sociedad nueva y teméis la dificultad de formar una buena minoría parlamentaria de comunistas convencidos, abnegados y heroicos en un parlamento reaccionario? ¿No es eso, acaso, infantilismo? Si Karl Liebknecht en Alemania y Karl Höglung en Suecia han sabido, incluso sin el apoyo de las masas desde abajo, dar un ejemplo de utilización realmente revolucionaria de los parlamentos reaccionarios, ¿cómo es posible que un partido revolucionario de masas que crece con rapidez no pueda, en medio de las desilusiones y la exasperación de posguerra de las masas, forjar una minoría comunista en los peores parlamentos? Precisamente porque las masas atrasadas de obreros y –con mayor motivo– de pequeños campesinos están mucho más imbuidas en Europa Occidental que en Rusia de prejuicios democráticos burgueses y parlamentarios, precisamente por eso, sólo en el seno de instituciones como los parlamentos burgueses pueden –y deben– los comunistas sostener una lucha prolongada y tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad, para

denunciar, desvanecer y superar dichos prejuicios.

Los «izquierdistas» alemanes se quejan de los malos «jefes» de su partido y caen en la desesperación, llegando a la ridiculez de «negar» a «los jefes». Pero en circunstancias que obligan con frecuencia a mantener a estos últimos en la clandestinidad, la formación de «jefes» buenos, seguros, probados y prestigiosos resulta particularmente difícil, y es imposible vencer con éxito semejantes dificultades sin combinar la labor legal con la ilegal, sin hacer pasar a «los jefes», entre otras pruebas, también por la del parlamento. La crítica –la más violenta, implacable e intransigente– no debe dirigirse contra el parlamentarismo o la acción parlamentaria, sino contra los jefes que no saben – y, tanto más, contra los que no quieren– utilizar las elecciones parlamentarias y la tribuna del parlamento a la manera revolucionaria, a la manera comunista. Sólo esta crítica –unida, como es natural, a la expulsión de los jefes incapaces y a su sustitución por otros capaces– constituirá una labor revolucionaria provechosa y fecunda, que educará simultáneamente a «los jefes», para que sean dignos de la clase obrera y de las masas trabajadoras, y a las masas, para que aprendan a orientarse como es debido en la situación política y a comprender las tareas, a menudo complejas y embrolladas en extremo, que se deducen de semejante situación.

### Notas

37. En el Congreso del Partido Comunista de Alemania se discutió, el 30 de diciembre de 1918, si debía participarse en las elecciones a la Asamblea Nacional. Karl Liebknecht y Rose Luxemburgo se pronunciaron a favor de la participación y demostraron la necesidad de utilizar la tribuna parlamentaria para divulgar entre las masas las consignas revolucionarias. Pero la mayoría del congreso se pronunció en contra de la participación, aprobando la correspondiente resolución.

38. El II Congreso de los Soviets de toda Rusia aprobó el 26 de octubre –8 de noviembre– de 1917 el «Decreto sobre la tierra», que suprimió la gran propiedad agraria y dispuso la entrega de la tierra a los campesinos. En este decreto se incluyó el «Mandato campesino acerca de la tierra», redactado sobre la base de 242 mandatos campesinos, en el que figuraba la consigna eserista de «usufructo igualitario laboral de la tierra».

39. Il Soviet: periódico del Partido Socialista Italiano, que se publicó en Nápoles desde 1918 hasta 1922; a partir de 1920 apareció como órgano de la fracción de comunistas-abstencionistas del Partido Socialista Italiano.

40. Comunismo: revista quincenal del Partido Socialista Italiano; se publicó en Milán desde 1919 hasta 1922, bajo la dirección de Jacinto Menotti Serrati.

41. El Partido Socialista Italiano se fundó en 1892. Desde el primer momento se entabló en su seno una dura lucha ideológica entre dos corrientes: la oportunista y la revolucionaria. En el Congreso de Reggio Emilia –1912–, bajo la presión de los izquierdistas fueron expulsados del partido los reformistas más patentes –I. Bonomi, L. Bissolati y otros–, que eran partidarios de la guerra y de la colaboración con el gobierno y la burguesía. Al empezar la primera conflagración universal, y antes de que Italia entrase en ella, el PSI se manifestó en contra y lanzó la consigna de «¡Contra la guerra, por la neutralidad!»

En diciembre de 1914 se expulsó del partido a un grupo de renegados –Benito Mussolini y

otros–, que defendía la política imperialista de la burguesía y apoyaba la guerra. Con motivo de la entrada de Italia en la contienda al lado de la Entente –mayo de 1915– en el PSI se definieron claramente tres tendencias:

la derechista, que ayudó a la burguesía a hacer la guerra; 2) la centrista, que agrupó a la mayoría de los militantes del partido bajo la consigna de «No participar en la guerra y no sabotear», y 3) la izquierdista, que adoptó una posición antibélica más resuelta, pero no supo organizar una lucha consecuente contra la conflagración. Los izquierdistas no comprendían la necesidad de transformar la guerra imperialista en guerra civil ni de romper resueltamente con los reformistas.

Después de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, en el PSI se robusteció el ala izquierda. El XV Congreso del partido, celebrado en Bolonia del 5 al 8 de octubre de 1919, acordó adherirse a la Komintern. Representantes del PSI participaron en el II Congreso de la Komintern. El jefe de la delegación italiana, Jacinto Serrati, que sustentaba una posición centrista, se pronunció después del congreso contra el rompimiento con los reformistas. En el XVII Congreso del PSI –Liorna, enero de 1921–, los centristas, que estaban en mayoría, se negaron a romper con los reformistas y a aceptar íntegramente las condiciones de ingreso en la Komintern. El 21 de enero de 1921, los delegados de izquierda abandonaron el congreso y fundaron el Partido Comunista de Italia.

42. El Poder de los Soviets –de los Consejos– se proclamó en Hungría el 21 de marzo de 1919. La revolución socialista en dicho país tuvo carácter pacífico. La burguesía húngara no pudo oponer resistencia a las masas populares; impotente para afrontar las dificultades interiores y exteriores, decidió entregar temporalmente el poder a los socialdemócratas de derecha, a fin de impedir el desarrollo de la revolución. Sin embargo, el gran prestigio de que gozaba el Partido Comunista de Hungría entre las masas, unido a las enérgicas demandas de los socialdemócratas de filas de que se concertara una alianza con los comunistas, obligaron a los dirigentes del Partido Socialdemócrata a proponer a los dirigentes del Partido Comunista, que se encontraban en la cárcel, la formación de un gobierno conjunto. Los líderes socialdemócratas tuvieron que aceptar las condiciones presentadas por los comunistas durante las negociaciones: formación de un Gobierno de los Soviets, desarme de la burguesía, creación del Ejército Rojo y de la Milicia Popular, confiscación de las tierras de los latifundistas, nacionalización de la industria, conclusión de una alianza con la Rusia Soviética, etc. Al mismo tiempo se firmó un acuerdo de unificación de ambos partidos para constituir el Partido Socialista de Hungría. Durante la unificación se cometieron errores, que se dejaron sentir con posterioridad; la unificación se efectuó mediante la fusión mecánica, sin separar a los elementos reformistas.

Los imperialistas de la Entente acogieron con hostilidad la instauración de la dictadura del proletariado en Hungría. Bloquearon económicamente a la República Soviética Húngara y organizaron la intervención militar contra ella. La ofensiva de las tropas intervencionistas activó a la contrarrevolución húngara. La traición de los socialdemócratas de derecha, que se aliaron con el imperialismo internacional, fue otra de las causas que condujeron a la muerte de la República Soviética Húngara. El 1 de agosto de 1919, como resultado de las acciones mancomunadas de la intervención imperialista exterior y de la contrarrevolución interior, en Hungría fue derrocado el Poder de los Soviets.

## VIII

### ¿Ningún compromiso?

En la cita del folleto de Fráncfort hemos visto la energía con que los «izquierdistas» plantean esta consigna. Es triste ver cómo hombres que, indudablemente, se consideran marxistas

y quieren serlo han olvidado las verdades fundamentales del marxismo. Engels –que, como Marx, pertenece a esa rarísima categoría de escritores cada una de cuyas frases de sus obras importantes tiene una asombrosa profundidad de contenido– escribía en 1874 lo siguiente contra el Manifiesto de los treinta y tres blanquistas [43] miembros de la Comuna:

«Somos comunistas» –decían en su manifiesto los comuneros blanquistas– «porque queremos llegar a nuestra meta sin detenernos en paradas intermedias, sin aceptar compromisos, que no hacen más que alejar el día de la victoria y prolongar la esclavitud».

«Los comunistas alemanes son comunistas porque, a través de todas las paradas intermedias y los compromisos creados por la marcha del desarrollo histórico, y no por ellos, ven con claridad y persiguen sin cesar la meta final: la supresión de las clases y la creación de una sociedad en la que no habrá lugar para la propiedad privada de la tierra y de todos los medios de producción. Los treinta y tres blanquistas se figuran que son comunistas porque, desde el momento en que su deseo es saltarse las paradas intermedias y los compromisos, la cosa está hecha, y que si «comienza» uno de estos días –de lo cual están firmemente seguros– y el poder cae en sus manos, pasado mañana «será instaurado el comunismo». Por consiguiente, si no se puede hacer eso en el acto, no son comunistas.

*«¡Que ingenuidad pueril presentar la propia impaciencia como argumento teórico!» (Friedrich Engels. El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna, del periódico socialdemócrata alemán Der Volksstaat [44], 1874, núm.73, incluido en la recopilación Artículos de 1871-1875, traducción rusa, Petrogrado, 1919, págs.52-53).*

Engels expresa en ese mismo artículo su profundo respeto por Vaillant y habla del «mérito incontestable» de éste –que fue, como Guesde, uno de los jefes más destacados del socialismo internacional antes de su traición al socialismo en agosto de 1914–. Pero Engels no deja de analizar con todo detalle el error manifiesto. Está claro que a los revolucionarios muy jóvenes e inexpertos, lo mismo que a los revolucionarios pequeño burgueses, incluso de edad muy respetable y con gran experiencia, les parece extraordinariamente «peligroso»,

incomprensible y erróneo «autorizar los compromisos». Y muchos sofistas – como politicastros «superexpertos» o excesivamente «experimentados»– razonan del mismo modo que los jefes del oportunismo inglés mencionados por el camarada Lansbury: «Si los bolcheviques se permiten tal o cual compromiso, ¿por qué no hemos de permitirnos nosotros cualquier compromiso?» Pero los proletarios educados por repetidas huelgas –para no considerar más que esta manifestación de la lucha de clases– asimilan de ordinario magníficamente la profundísima verdad –filosófica, histórica, política y psicológica– enunciada por Engels. Todo proletario conoce huelgas, conoce «compromisos» con los odiados opresores y explotadores, después de los cuales los obreros han tenido que reintegrarse al trabajo sin haber logrado nada o accediendo a una satisfacción parcial de sus reivindicaciones. El ambiente de lucha de masas y de brusco enconamiento de los antagonismos de clase en que vive permiten a cada proletario observar la diferencia existente entre compromisos de dos tipos. De una parte, un compromiso impuesto por condiciones objetivas –pobreza de la caja de los huelguistas, que carecen de apoyo, padecen hambre y están extenuados hasta lo indecible–, compromiso que en nada disminuye la abnegación revolucionaria de los obreros que lo han contraído ni su disposición a continuar la lucha. De otra parte, un compromiso de traidores que achacan a causas objetivas su vil egoísmo –¡también los esquirols conciertan «compromisos»!–, su cobardía, su deseo de ganarse la buena disposición de los capitalistas, su falta de firmeza ante las amenazas y, a veces, ante las exhortaciones, las limosnas o los halagos de los capitalistas –estos compromisos de traidores abundan especialmente en la historia del movimiento obrero inglés por parte de los jefes de las tradeuniones, aunque, en una forma o en otra, casi todos los obreros de los

demás países han podido observar fenómenos análogos–.

Por supuesto, se dan casos aislados difíciles y complejos en extremo en los que sólo realizando los mayores esfuerzos se logra determinar con exactitud el verdadero carácter de tal o cual «compromiso», de la misma manera que hay casos de homicidio en los que no es nada fácil decidir si éste era absolutamente justo e incluso obligatorio –por ejemplo, en caso de legítima defensa–, o bien resultado de una imprudencia imperdonable o incluso de un plan perverso ejecutado con habilidad. Es indudable que en política, donde se trata a veces de relaciones muy complejas –nacionales e internacionales– entre las clases y los partidos, se registrarán numerosos casos mucho más difíciles que la cuestión de saber si un «compromiso» contraído con motivo de una huelga es legítimo o se trata de una alevosía de un esquirol, de un jefe traidor, etc. Es absurdo preparar una receta o una regla general –¡«ningún compromiso»!– para todos los casos. Hay que tener la cabeza sobre los hombros para saber orientarse en cada caso concreto. La importancia de poseer una organización de partido y jefes del mismo dignos de este nombre consiste precisamente, entre otras cosas, en llegar –mediante un trabajo largo, tenaz, múltiple y variado de todos los representantes de una clase determinada capaces de pensar– a adquirir los conocimientos y la experiencia necesarios y, además de los conocimientos y la experiencia, la perspicacia política indispensable para resolver pronto y bien los problemas políticos complejos.

Las personas ingenuas y totalmente inexpertas se figuran que basta con admitir los compromisos en general para que desaparezca toda línea divisoria entre el oportunismo –contra el que sostenemos y debemos sostener una lucha sin cuartel– y el marxismo revolucionario o comunismo. Pero a esas personas, si ignoran aún que todas las líneas divisorias en la naturaleza y en la sociedad son mutables y hasta cierto punto convencionales, se les puede ayudar sólo por medio de la instrucción, la formación, la ilustración y la experiencia política y práctica prolongadas. En los problemas prácticos de la política de cada momento particular o específico de la historia es importante saber distinguir aquellos en que se manifiestan los compromisos de la especie más inadmisibles, los compromisos de traición que encarnan un oportunismo funesto para la clase revolucionaria y consagrar todos los esfuerzos a explicar su sentido y a combatirlos. Durante la guerra imperialista de 1914 a 1918 entre dos grupos de países igualmente bandidos y rapaces, el oportunismo principal y fundamental fue el que adoptó la forma de socialchovinismo, es decir, el apoyo de «la defensa de la patria», lo cual equivalía de hecho, en aquella guerra, a defender los intereses de rapiña de la burguesía «propia». Después de la guerra fue la defensa de la expoliadora «Sociedad de Naciones» [45], la defensa de las alianzas directas o indirectas con la burguesía del propio país contra el proletariado revolucionario y el movimiento «soviético» y la defensa de la democracia y del parlamentarismo burgueses frente al «Poder de los Soviets». Tales fueron las manifestaciones principales de estos compromisos inadmisibles y alevosos, que, en suma, han terminado en un oportunismo funesto para el proletariado revolucionario y para su causa.

«Rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos toda política de maniobra y conciliación», dicen los izquierdistas de Alemania en el folleto de Fráncfort.

¡Es sorprendente que, con semejantes ideas, esos izquierdistas no condenen categóricamente el bolchevismo! ¡Los izquierdistas alemanes no pueden ignorar que toda la historia del bolchevismo, antes y después de la Revolución de Octubre, está llena de casos de maniobras, de acuerdos y compromisos con otros partidos, incluidos los partidos burgueses!

Hacer la guerra para derrocar a la burguesía internacional –una guerra cien veces más difícil, larga y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados– y renunciar de antemano a toda maniobra, a explotar los antagonismos de intereses –aunque sólo sean pasajeros– que dividen a nuestros enemigos, renunciar a acuerdos y compromisos con posibles aliados – aunque

sean temporales, inestables, vacilantes, convencionales–, ¿no es, acaso, algo infinitamente ridículo? ¿No viene a ser eso como si en la difícil ascensión a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta, se renunciase de antemano a hacer a veces zigzags, a desandar a veces lo andado, a abandonar la dirección elegida al principio para probar otras direcciones? ¡Y gente tan inconsciente e inexperta –y menos mal si la causa de ello es la juventud, autorizada por la providencia para decir semejantes tonterías durante cierto tiempo– ha podido ser sostenida directa o indirectamente, franca o encubiertamente, íntegra o parcialmente, poco importa cómo, por algunos miembros del Partido Comunista Holandés!

Después de triunfar la primera revolución socialista del proletariado, después de ser derrocada la burguesía en un país, su proletariado sigue siendo durante mucho tiempo más débil que la burguesía. Se debe ello, simplemente, a las inmensas relaciones internacionales de ésta y, además, a la restauración, al renacimiento espontáneo y continuo del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país donde esta última ha sido derrocada. Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando obligatoriamente –con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad– la menor «grieta» entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países y entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía en cada país. Hay que aprovechar, asimismo, las menores posibilidades de lograr un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro y convencional. Quien no haya comprendido esto, no ha comprendido ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico, contemporáneo, en general. Quien no haya demostrado en la práctica, durante un período bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad, no ha aprendido aún a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por liberar de explotadores a toda la humanidad trabajadora. Y lo dicho es aplicable por igual tanto al período anterior a la conquista del poder político por el proletariado como al posterior.

Nuestra teoría no es un dogma, sino una guía para la acción, decían Marx y Engels [46]. Y el gran error, el inmenso crimen de marxistas «patentados» como Karl Kautsky, Otto Bauer y otros consiste en no haber entendido esto, en no haber sabido aplicarlo en los momentos más importantes de la revolución proletaria. «La acción política no es una acera de la avenida Nevski» –la acera limpia, ancha y lisa de la calle principal de San Petersburgo, absolutamente recta–, decía ya N. G. Chernyshevski [47], el gran socialista ruso del período premarxista. Desde los tiempos de Chernyshevski, los revolucionarios rusos han pagado con innumerables víctimas el desconocimiento u olvido de esta verdad. Hay que conseguir a toda costa que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa Occidental y de América fieles a la clase obrera paguen menos cara que los atrasados rusos la asimilación de esta verdad.

Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia aprovecharon en repetidas ocasiones antes de la caída del zarismo los servicios de los liberales burgueses, es decir, concluyeron con ellos innumerables compromisos prácticos. Y en 1901 y 1902, antes incluso de que naciera el bolchevismo, la antigua Redacción de Iskra –de la que formábamos parte Plejánov, Axelrod, Zasúlích, Mártoov, Potrésov y yo– concertó –es cierto que no por mucho tiempo– una alianza política formal con Struve, jefe político del liberalismo burgués, sin dejar de sostener a la vez la lucha ideológica y política más implacable contra el liberalismo burgués y contra las más mínimas manifestaciones de su influencia en el seno del movimiento obrero. Los bolcheviques aplicaron siempre esa misma política. Desde 1905 defendieron sistemáticamente la alianza de la clase obrera con el campesinado contra la burguesía liberal y el zarismo, sin negarse nunca, al mismo tiempo, a apoyar a la burguesía contra el zarismo –por ejemplo, en la segunda etapa de las elecciones o en las segundas vueltas electorales– y sin interrumpir la lucha ideológica y política más intransigente contra el partido campesino revolucionario burgués, los «socialrevolucionarios», desenmascarándolos como demócratas pequeño burgueses

que se incluían falsamente entre los socialistas. En 1907, los bolcheviques constituyeron, por poco tiempo, un bloque político formal con los «socialrevolucionarios» para las elecciones a la Duma. Con los mencheviques hemos estado formalmente durante varios años, desde 1903 hasta 1912, en un partido socialdemócrata único, sin interrumpir jamás la lucha ideológica y política contra ellos como vehículos de la influencia burguesa en el seno del proletariado y como oportunistas. Durante la guerra concertamos una especie de compromiso con los «kautskianos», los mencheviques de izquierda –Mártov– y una parte de los «socialrevolucionarios» –Chernov, Natansón–. Asistimos con ellos a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal [48] y publicamos manifiestos conjuntos, pero jamás interrumpimos ni atenuamos la lucha política e ideológica contra los «kautskianos», contra Mártov y Chernov –Natansón murió en 1919 siendo un «comunista revolucionario» [49] «populista», muy afín a nosotros y casi solidario nuestro–. En el momento mismo de la Revolución de Octubre concertamos un bloque político, no formal, pero muy importante –y muy eficaz– con el campesinado pequeño burgués, aceptando íntegro, sin el menor cambio, el programa agrario eserista, es decir, contrajimos un compromiso indudable para demostrar a los campesinos que no queríamos aprovecharnos de su mayoría de votos, sino llegar a un acuerdo con ellos. Al mismo tiempo, propusimos a los «eseristas de izquierda» [50] –y poco después lo realizamos– un bloque político formal, con participación en el gobierno, bloque que ellos rompieron después de la Paz de Brest, llegando en julio de 1918 a la insurrección armada y, más tarde, a la lucha armada contra nosotros.

Es comprensible, por ello, que los ataques de los izquierdistas alemanes al Comité Central del Partido Comunista de Alemania por admitir la idea de un bloque con los «independientes» –con el «Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania», los kautskianos– nos parezcan carentes de seriedad y veamos en ellos una demostración evidente de la posición errónea de los «izquierdistas». En Rusia había también mencheviques de derecha –que colaboraron en el Gobierno Kérenski–, equivalentes a los Scheidemann de Alemania, y mencheviques de izquierda –Mártov–, que se hallaban en oposición a los mencheviques de derecha y equivalían a los kautskianos alemanes. En 1917 observamos con claridad que las masas obreras se separaban paulatinamente de los mencheviques para sumarse a los bolcheviques. En el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de dicho año, tuvimos sólo un 13 % de los votos. La mayoría perteneció a los eseristas y a los mencheviques. En el II Congreso de los Soviets –25 de octubre de 1917, según el viejo calendario– tuvimos el 51 % de los sufragios. ¿Por qué en Alemania una tendencia igual, completamente análoga, de los obreros a pasar de la derecha a la izquierda ha conducido al fortalecimiento inmediato no de los comunistas, sino, al principio, del partido intermedio de los «independientes», aunque este partido jamás haya tenido ninguna idea política independiente y ninguna política independiente y se haya limitado a vacilar entre los Scheidemann y los comunistas?

Una de las causas ha sido, sin duda, la táctica errónea de los comunistas alemanes, los cuales deben reconocer ese error honradamente y sin temor y aprender a corregirlo. El error ha consistido en negarse a participar en el parlamento reaccionario, burgués, y en los sindicatos reaccionarios; el error ha consistido en múltiples manifestaciones de esa enfermedad infantil del «izquierdismo» que se ha exteriorizado ahora y que, gracias a ello, será curada mejor, más pronto y con mayor provecho para el organismo.

Es evidente que el «Partido Socialdemócrata Independiente» alemán carece de homogeneidad: al lado de los antiguos jefes oportunistas –Kautsky, Hilferding y, por lo que se ve, en gran parte Crispian, Ledebour y otros–, que han demostrado su incapacidad para comprender la significación del Poder soviético y de la dictadura del proletariado y para dirigir la lucha revolucionaria de este último, en dicho partido se ha formado y crece con rapidez singular una ala izquierda, proletaria. Cientos de miles de miembros de este partido –que tiene, al parecer, unos 750.000 afiliados–



son proletarios que se alejan de Scheidemann y caminan con rapidez hacia el comunismo. Esta ala proletaria propuso ya en el Congreso de los independientes, celebrado en Leipzig en 1919, la adhesión inmediata e incondicional a la Komintern. Temer un «compromiso» con dicha ala es sencillamente ridículo. Al contrario, para los comunistas es obligatorio buscar y encontrar una forma adecuada de compromiso con ella, que permita, por una parte, facilitar y acelerar la fusión completa y necesaria con la misma y, por otra, que no cohíba en nada a los comunistas en su lucha ideológica y política contra el ala derecha, oportunista, de los «independientes». Es probable que no resulte fácil concebir una forma adecuada de compromiso, pero sólo un charlatán podría prometer a los obreros y a los comunistas alemanes un camino «fácil» para alcanzar la victoria.

El capitalismo dejaría de ser capitalismo si el proletariado «puro» no estuviese rodeado de una masa abigarradísima de elementos que personifican la transición del proletario al semiproletario –el que obtiene la mitad de sus medios de existencia vendiendo su fuerza de trabajo–, del semiproletario al pequeño campesino –y al pequeño artesano, al obrero a domicilio y al pequeño patrono en general–, del pequeño campesino al campesino medio, etc., y si en el seno mismo del proletariado no hubiera sectores de un desarrollo mayor o menor, divisiones de carácter territorial, profesional, a veces religioso, etc. De todo eso se deduce la necesidad –una necesidad imperiosa para la vanguardia del proletariado, para su parte consciente, para el partido comunista– de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos proletarios y con los diversos partidos de obreros y de pequeños patronos. El quid de la cuestión está en saber aplicar esta táctica para elevar, y no para rebajar, el nivel general de conciencia del proletariado, su espíritu revolucionario y su capacidad de lucha y de victoria. Es preciso advertir, entre otras cosas, que la victoria de los bolcheviques sobre los mencheviques requirió, no sólo antes de la Revolución de Octubre de 1917, sino también después de ella, aplicar una táctica de maniobras, acuerdos y compromisos, aunque de tal naturaleza, claro está, que facilitaban y aceleraban la victoria de los bolcheviques y consolidaban y fortalecían a éstos a costa de los mencheviques. Los demócratas pequeño burgueses –incluidos los mencheviques– vacilan de manera inevitable entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el régimen soviético, entre el reformismo y el revolucionarismo, entre el amor a los obreros y el miedo a la dictadura del proletariado, etc. La táctica acertada de los comunistas debe consistir en aprovechar esas vacilaciones y no, en modo alguno, en desdeñarlas. Y para aprovecharlas hay que hacer concesiones a los elementos que se inclinan al proletariado –en los casos y en la medida exacta en que lo hagan– y, al mismo tiempo, luchar contra los que se inclinan a la burguesía. Debido a que aplicamos una táctica acertada, el menchevismo se ha ido descomponiendo y se descompone más y más en nuestro país. Dicha táctica ha ido aislando a los jefes obstinados en el oportunismo y atrayendo a nuestro campo a los mejores obreros y a los mejores elementos de la democracia pequeño burguesa. Es un proceso largo, y las «soluciones» irreflexivas, como «ningún compromiso, ninguna maniobra», sólo pueden dificultar el crecimiento de la influencia del proletariado revolucionario y el aumento de sus fuerzas.

Por último, es un error indudable de los «izquierdistas» de Alemania su insistencia rectilínea en no reconocer el «Tratado de Paz de Versalles» [51]. Cuanto mayores son «el aplomo» y «la importancia», el tono «categórico» y sin apelación con que formula este punto de vista, por ejemplo, K. Horner, tanto menos inteligente resulta. No basta con renegar de las flagrantes estupideces del «bolchevismo nacional» –Laufenberg y otros–, que, en las condiciones actuales de la revolución proletaria internacional, ha llegado a hablar de la formación de un bloque con la burguesía alemana para hacer la guerra a la Entente. Debe comprenderse que es errónea por completo la táctica que niega la obligación de la Alemania Soviética –si surgiese pronto una república soviética alemana– de reconocer por cierto tiempo el Tratado de Versalles y someterse a él. De esto no se deduce que los «independientes» tuvieran razón al reclamar la firma del Tratado de Versalles en las condiciones existentes entonces, cuando se hallaban en el gobierno los Scheidemann, cuando

no había sido derribado todavía el Poder soviético en Hungría y no estaba excluida aún la posibilidad de una ayuda de la revolución soviética en Viena para apoyar a la Hungría Soviética. Entonces, los «independientes» maniobraron muy mal, pues asumieron una responsabilidad mayor o menor por los traidores tipo Scheidemann y se apartaron más o menos del punto de vista de la lucha de clases implacable –y reflexiva en grado sumo– contra los Scheidemann para situarse «al margen» y «por encima» de las clases.

Pero la situación es hoy tal que los comunistas alemanes no deben atarse las manos y prometer la renuncia obligatoria e indefectible al Tratado de Versalles en caso de triunfar el comunismo. Eso sería una tontería. Hay que decir: los Scheidemann y los kautskianos han cometido una serie de traiciones que han dificultado –y, en parte, hecho fracasar– la alianza con la Rusia Soviética y con la Hungría Soviética. Nosotros, los comunistas, procuraremos por todos los medios facilitar y preparar esa alianza; en cuanto a la Paz de Versalles, no estamos obligados en modo alguno a rechazarla a toda costa y, además, sin demora. La posibilidad de rechazarla con eficacia depende de los éxitos del movimiento soviético no sólo en Alemania, sino también a escala internacional. Este movimiento ha sido obstaculizado por los Scheidemann y los kautskianos; nosotros lo favorecemos. Ahí está el fondo de la cuestión, la diferencia cardinal. Y si nuestros enemigos de clase, los explotadores, y sus lacayos, los Scheidemann y los kautskianos, han dejado escapar una serie de posibilidades de fortalecer el movimiento soviético alemán e internacional y la revolución soviética alemana e internacional, la culpa es de ellos. La revolución soviética en Alemania vigorizará el movimiento soviético internacional, que es el baluarte más fuerte –y el único seguro, invencible y de potencia universal– contra el Tratado de Versalles y contra el imperialismo mundial en general. Colocar sin falta en primer plano, a toda costa y en seguida, la liberación del Tratado de Versalles, antes que el problema de liberar del yugo imperialista a los demás países oprimidos por el imperialismo, es una manifestación de nacionalismo pequeño burgués –digno de los Kautsky, los Hilferding, los Otto Bauer y cía.–, pero no de internacionalismo revolucionario. El derrocamiento de la burguesía en cualquiera de los grandes países europeos, incluida Alemania, es un hecho tan favorable para la revolución internacional que, en aras de él, se puede y se debe aceptar, si es necesario, una existencia más prolongada del Tratado de Versalles. Si Rusia ha podido resistir sola durante varios meses con provecho para la revolución la Paz de Brest, no es ningún imposible que la Alemania Soviética, aliada con la Rusia Soviética, pueda soportar por más tiempo con provecho para la revolución el Tratado de Versalles.

Los imperialistas de Francia, Inglaterra, etc., provocan a los comunistas alemanes, tendiéndoles esta trampa: «Decid que no firmaréis el Tratado de Versalles». Y los comunistas «de izquierda» caen como niños en la trampa que les han tendido, en vez de maniobrar con destreza contra un enemigo pérfido y, en el momento actual, más fuerte, en vez de decirle: «Ahora firmaremos el Tratado de Versalles». Atarnos las manos con antelación, declarar públicamente al enemigo, hoy mejor armado que nosotros, si vamos a luchar contra él y en qué momento, es una tontería y no tiene nada de revolucionario. Aceptar el combate cuando es ventajoso a todas luces para el enemigo, y no para nosotros, constituye un crimen. Y los políticos de la clase revolucionaria que no saben «maniobrar», que no saben concertar «acuerdos y compromisos» a fin de rehuir un combate desfavorable a ciencia cierta, no sirven para nada.

## Notas

43. Blanquistas: partidarios de una corriente en el movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui –1805 a 1881–, eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés. Los blanquistas, como señalara Lenin, esperaban que «la humanidad se liberaría

de la esclavitud asalariada no por medio de la lucha de clase del proletariado, sino por medio de un complot de una pequeña minoría de intelectuales». Los blanquistas que sustituían la actividad del partido revolucionario con las acciones de un puñado de conspiradores, menospreciaban los vínculos con las masas y no comprendían la necesidad del movimiento revolucionario de masas.

44. Der Volksstaat –«El Estado Popular»–: órgano central de la socialdemocracia alemana – partido de los eisenachianos–; se publicó en Leipzig, bajo la dirección de Guillermo Liebknecht, desde 1869 hasta 1876.

45. Sociedad de Naciones: organización internacional que existió durante el período comprendido entre la primera y la segunda guerras mundiales. Constituida en 1919, en la Conferencia de la Paz que celebraron en París los países vencedores en la primera conflagración universal, empezó a actuar en 1920. La Carta de la S. de N. formaba parte del Tratado de Paz de Versalles de 1919, siendo firmada por 44 Estados. En 1920 y 1921, la Sociedad de Naciones fue uno de los centros organizadores de la intervención armada contra el Estado Soviético.

46. Lenin recuerda un pasaje de la carta que Friedrich Engels envió a F. Sorge el 29 de noviembre de 1886. En ella, al criticar el carácter sectario de la labor de los socialdemócratas alemanes emigrados en Norteamérica, Engels dice que, para ellos, la teoría «es un dogma y no una guía para la acción».

47. En una reseña del libro «Cartas político-económicas al Presidente de los Estados Unidos de América», del economista norteamericano H. Ch. Carey, N. Chernyshevski dijo: «El camino de la historia no es una acera de la Avenida Nevski; pasa plenamente por campos ora polvorientos, ora fangosos, ora por pantanos, ora por bosques espesos. Quien tema cubrirse de polvo y manchar las botas, que no se dedique a la actividad social».

48. Se alude a las conferencias socialistas internacionales de Zimmerwald y Kienthal –Suiza–. La Conferencia de Zimmerwald, o Primera Conferencia Socialista Internacional, se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915. La Conferencia de Kienthal, o Segunda Conferencia Socialista Internacional. Las conferencias de Zimmerwald y Kienthal contribuyeron a agrupar, sobre la base ideológica del marxismo-leninismo, a los elementos de izquierda de la socialdemocracia internacional. Más tarde, estos elementos desempeñaron un papel activo en la lucha orientada a formar partidos comunistas en sus países respectivos y fundar la III Internacional, la Internacional Comunista o Komintern.

49. «Comunistas revolucionarios»: grupo que se separó de los eseristas de izquierda después del levantamiento organizado por dicho partido en julio de 1918. En septiembre de 1918, el grupo formó el llamado Partido del Comunismo Revolucionario, que se manifestó en pro de la colaboración con el PC(b) de Rusia y declaró que apoyaría el Poder Soviético. Aun reconociendo que el Poder de los Soviets creaba las premisas necesarias para establecer el régimen socialista, los «comunistas revolucionarios» negaban la necesidad de la dictadura del proletariado en el período de transición del capitalismo al socialismo. Cuando el II Congreso de la Komintern acordó que en cada país debía haber un solo Partido Comunista, el Partido del Comunismo Revolucionario decidió, en septiembre de 1920, ingresar en el PC(b) de Rusia.

50. «Eseristas de izquierda»: partido de los socialrevolucionarios de izquierda; tomó forma orgánica en su I Congreso de toda Rusia, celebrado del 19 al 28 de noviembre –2 al 11 de diciembre– de 1917. Con anterioridad, estos socialistas revolucionarios constituyeron el ala izquierda del partido eserista. En el II Congreso de los Soviets de toda Rusia, los eseristas de izquierda votaron con los bolcheviques al decidirse los problemas más importantes que figuraban en el orden del día; sin embargo, rechazaron la propuesta de los bolcheviques de que colaborasen en el Gobierno Soviético.

Tras largas vacilaciones, y movidos por el deseo de conservar su influencia entre los campesinos, los eseristas de izquierda accedieron a colaborar con los bolcheviques y formaron parte de varios organismos colegiados de los comisariados del pueblo. A pesar de haber aceptado la colaboración con los bolcheviques, los eseristas de izquierda discrepaban de ellos en cuestiones cardinales de la edificación del socialismo y rechazaban la dictadura del proletariado. En enero y febrero de 1918, el CC de los eseristas de izquierda emprendió la lucha contra la conclusión del «Tratado de Paz de Brest-Litovsk», y cuando éste fue firmado y ratificado por el IV Congreso de los Soviets –marzo de 1918–, abandonaron el Consejo de Comisarios del Pueblo, pero siguieron formando parte de los organismos colegiados de los comisariados del pueblo y de los órganos locales de poder. A medida que avanzaba la revolución socialista en el campo, entre los eseristas de izquierda fueron acentuándose las tendencias antisoviéticas. En julio de 1918, el CC de los eseristas de izquierda organizó en Moscú el asesinato del embajador alemán con el propósito de provocar una guerra entre la Rusia Soviética y Alemania y, al mismo tiempo, un levantamiento armado contra el Poder Soviético. Con este motivo, el V Congreso de los Soviets de toda Rusia, una vez sofocado el motín, acordó expulsar de los Soviets a los eseristas de izquierda que compartían las opiniones de su camarilla dirigente.

51. Tratado de Paz de Versalles: tratado imperialista que la Entente impuso a Alemania, derrotada en la primera guerra mundial –1914 a 1918–. Fue firmado el 28 de junio de 1919 en Versalles.

## IX

### El comunismo «de izquierda» en Inglaterra

En Inglaterra no existe todavía el partido comunista, pero entre los obreros se advierte un movimiento comunista joven, extenso y potente, que crece con rapidez y permite albergar las más radiantes esperanzas. Hay algunos partidos y organizaciones políticas –Partido Socialista Británico [52], Partido Socialista Obrero, Sociedad Socialista del Sur de Gales, Federación Socialista Obrera [53]– que desean fundar el partido comunista y sostienen ya con este fin negociaciones entre sí. El periódico «Workers Dreadnought» [54] –t.VI, núm.48, del 21 del 11 de 1920–, órgano semanal de la última de las organizaciones mencionadas, dirigido por la camarada Silvia Pankhurst, ha insertado un artículo de ésta, titulado «Hacia el partido comunista». En él se expone la marcha de las negociaciones entre las cuatro organizaciones citadas para constituir un partido comunista único sobre la base de la adhesión a la Komintern y del reconocimiento del sistema soviético –en vez del parlamentarismo– y de la dictadura del proletariado. Resulta que uno de los principales obstáculos para fundar sin demora un partido comunista único es la falta de unanimidad en lo que respecta a la participación en el parlamento y al ingreso del nuevo partido comunista en el viejo Partido Laborista, oportunista, socialchovinista y profesionalista, integrado de modo primordial por tradeuniones. La Federación Socialista Obrera y el Partido Socialista Obrero [7] se pronuncian contra la participación en las elecciones parlamentarias y en el Parlamento y contra la adhesión al Partido Laborista, discrepando en esto de todos o de la mayoría de los miembros del Partido Socialista Británico, al que consideran «ala derecha de los partidos comunistas» en Inglaterra (pág.5, artículo mencionado de Silvia Pankhurst).

La división fundamental es, pues, la misma que en Alemania, pese a las inmensas diferencias de forma en que se manifiestan las divergencias –en Alemania esta forma se parece mucho más «a la rusa» que en Inglaterra– y de otras muchas circunstancias. Examinemos los argumentos de los «izquierdistas». Al hablar de la participación en el parlamento, la camarada Silvia Pankhurst alude a una carta del camarada G. Gallacher a la Redacción, publicada en el mismo número, en la cual dice

en nombre del Consejo Obrero de Escocia, de Glasgow:

«Este Consejo es definitivamente antiparlamentario y está respaldado por el ala izquierda de varias organizaciones políticas. Representamos en Escocia el movimiento revolucionario, que aspira a crear una organización revolucionaria en las industrias –en las diversas ramas de la producción– y un partido comunista, basado en comités sociales, en todo el país. Durante bastante tiempo hemos estado enemistados con los parlamentarios oficiales. No hemos considerado necesario declararles públicamente la guerra, y ellos temen iniciar el ataque contra nosotros.

Pero semejante estado de cosas no puede prolongarse mucho. Nosotros triunfamos en toda la línea.

A los miembros de filas del Partido Laborista Independiente de Escocia nos disgusta cada día más la idea del parlamento, y casi todos los grupos locales son partidarios de los Soviets –en la transcripción inglesa se emplea el término ruso– o Soviets Obreros. Por supuesto, esto tiene gran importancia para los señores que consideran la política un medio de vida –una profesión– y recurren a todos los procedimientos para persuadir a sus miembros de que vuelvan atrás, al seno del parlamentarismo. Los camaradas revolucionarios no deben sostener a esta banda. Nuestra lucha será en este terreno muy difícil. Uno de sus peores rasgos consistirá en la traición de quienes ven en la ambición personal un motivo de más fuerza que su interés por la revolución. Todo apoyo al parlamentarismo significa simplemente contribuir a que el poder caiga en manos de nuestros Scheidemann y Noske británicos. Henderson, Clynes y compañía son unos reaccionarios incorregibles. El Partido Laborista Independiente oficial cae, cada día más, bajo el control de los liberales burgueses, que han hallado un refugio espiritual en el campo de los señores MacDonald, Snowden y compañía. El Partido Laborista Independiente oficial es enemigo encarnizado de la Komintern, pero la masa la defiende. Sostener, sea como sea, a los parlamentarios oportunistas no significa otra cosa que hacer el juego a esos señores. El Partido Socialista Británico no tiene ninguna importancia. Lo que se necesita es una buena organización revolucionaria industrial y un partido comunista que actúe sobre bases claras, bien definidas, científicas. Si nuestros camaradas pueden ayudarnos a crear lo uno y lo otro, aceptaremos gustosos su concurso; sino pueden, ¡por Dios!, que no se mezclen en ello, si no quieren traicionar a la Revolución apoyando a los reaccionarios, que con tanto celo tratan de adquirir el «honroso» (?) –la interrogación es del autor– título de parlamentario y arden en deseos de demostrar que son capaces de gobernar tan bien como los mismos «amos», los políticos de clase».

Esta carta a la Redacción expresa de manera admirable, a mi parecer, el estado de ánimo y el punto de vista de los comunistas jóvenes o de los obreros de la masa que sólo comienzan a llegar al comunismo. Este estado de ánimo es grato y valioso en grado superlativo; hay que saber apreciarlo y sostenerlo, pues sin él carecería de sentido pensar en la victoria de la revolución proletaria en Inglaterra –y en cualquier otro país–. Hay que cuidar y ayudar con toda solicitud a quienes saben expresar ese estado de ánimo de las masas y suscitarlo –pues muy a menudo yace oculto, inconsciente, sin despertar–. Pero, al mismo tiempo, es menester decirles clara y sinceramente que ese estado de ánimo, por sí solo, es insuficiente para dirigir a las masas en la gran lucha revolucionaria, y que tales o cuales errores en que pueden incurrir o incurren los hombres más fieles a la causa revolucionaria pueden perjudicarla. La carta del camarada Gallacher a la Redacción muestra sin ningún género de dudas el germen de todos los errores que cometen los comunistas «de izquierda» alemanes y en que incurrieron los bolcheviques «de izquierda» rusos en 1908 y 1918.

El autor de la carta rebosa del más noble odio proletario a «los políticos de clase» de la burguesía –odio comprensible y cercano, por otra parte, no sólo para los proletarios, sino también para todos los trabajadores, para toda «la gente menuda», como dice una expresión alemana–. Este odio de

un representante de las masas oprimidas y explotadas es, a decir verdad, «el principio de toda sabiduría», la base de todo movimiento socialista y comunista y de sus éxitos. Pero el autor pierde de vista, al parecer, que la política es una ciencia y un arte que no caen del cielo ni se obtienen gratis, y que el proletariado, si quiere vencer a la burguesía, debe formar sus «políticos de clase», proletarios, y de talla tal que no sean inferiores a los políticos burgueses.

El autor ha comprendido de manera admirable que el instrumento que necesita el proletariado para alcanzar sus objetivos no es el parlamento, sino sólo los Soviets obreros. Y, como es natural, quienes no hayan comprendido esto todavía son los peores reaccionarios, aunque sean el hombre más sabio, el político más experto, el socialista más sincero, el marxista más erudito, el ciudadano y padre de familia más honrado. Pero hay una cuestión que el autor no plantea ni piensa siquiera que sea necesario plantear: la de si puede conducirse a los Soviets a la victoria sobre el parlamento sin hacer que los políticos «soviéticos» entren en este último, sin descomponer el parlamentarismo desde dentro, sin preparar desde el parlamento mismo el éxito de los Soviets en el cumplimiento de su tarea de acabar con el parlamento. Sin embargo, el autor expresa una idea absolutamente justa al decir que el partido comunista de Inglaterra debe actuar sobre bases científicas. La ciencia exige, en primer lugar, tomar en consideración la experiencia de los demás países, sobre todo si esos países, también capitalistas, pasan o han pasado hace poco por una experiencia muy parecida; en segundo lugar, tener en cuenta todas las fuerzas, todos los grupos, partidos, clases y masas que actúan en el país de que se trate, y no determinar en modo alguno la política basándose sólo en los deseos, opiniones, grado de conciencia y preparación para la lucha de un solo grupo o partido.

Es cierto que los Henderson, los Clynes, los MacDonald y los Snowden son reaccionarios incurables. Es cierto también que quieren tomar el poder –aunque prefieren la coalición con la burguesía–, que quieren «gobernar» de acuerdo con las rancias normas burguesas y que, una vez en el poder, se comportarán inevitablemente como los Scheidemann y los Noske. Todo eso es así. Pero de ahí no se deduce, ni mucho menos, que apoyarles signifique traicionar la revolución: lo que se deduce es que, en interés de ésta, los revolucionarios de la clase obrera deben prestar a dichos señores cierto apoyo parlamentario. Para aclarar esta idea tomaré dos documentos políticos ingleses de actualidad: 1) el discurso pronunciado por el primer ministro, Lloyd George, el 18 de marzo de 1920 –según el texto de *The Manchester Guardian* [55] del 19 del mismo mes– y los razonamientos de una comunista «de izquierda», la camarada Silvia Pankhurst, en el artículo citado antes.

Lloyd George polemiza en su discurso con Asquith –que había sido invitado especialmente a la reunión, pero que se negó a asistir– y con los liberales que quieren un acercamiento al Partido Laborista y no una coalición con los conservadores. –En la carta a la Redacción firmada por el camarada Gallacher hemos visto también una alusión al paso de algunos liberales al Partido Laborista Independiente–. Lloyd George se esfuerza por demostrar que es necesaria una coalición de los liberales con los conservadores, e incluso una coalición estrecha, pues de otro modo puede triunfar el Partido Laborista, que Lloyd George «prefiere llamar» socialista y que aspira a «la propiedad colectiva» de los medios de producción. «En Francia esto se llamaba comunismo» –explica en un lenguaje popular el jefe de la burguesía inglesa a sus oyentes, miembros del Partido Liberal parlamentario, que, seguramente, lo ignoraban hasta entonces–; «en Alemania se llamaba socialismo; en Rusia se llama bolchevismo». Para los liberales esto es inadmisibles por principio, aclara Lloyd George, pues los liberales son por principio defensores de la propiedad privada. «La civilización está en peligro», declara el orador, por lo cual deben unirse los liberales y los conservadores.

«Reconozco que si van ustedes a las zonas agrícolas –dice Lloyd George– verán conservadas las antiguas divisiones de partido. Allí está lejos el peligro, allí no existe. Pero cuando el peligro llegue allí, será tan grande como lo es hoy en algunos distritos industriales. Cuatro quintas partes de

nuestro país se dedican a la industria y al comercio; sólo escasamente una quinta parte vive de la agricultura. Esta es una de las circunstancias que tengo siempre presente cuando reflexiono sobre los peligros con que nos amenaza el porvenir. En Francia, la población es agrícola y constituye, por ello, una base sólida de determinadas opiniones, base que no cambia con mucha rapidez y que no es fácil de excitar con el movimiento revolucionario. En nuestro país la cosa es distinta. Nuestro país es menos estable que ningún otro en el mundo, y si empieza a vacilar, la catástrofe será aquí, en virtud de las razones indicadas, más fuerte que en los demás países».

El lector puede apreciar por estas citas que el señor Lloyd George no sólo es un hombre muy inteligente, sino que, además, ha aprendido mucho de los marxistas. Tampoco nosotros haríamos mal en aprender de Lloyd George.

Es interesante asimismo señalar el siguiente episodio de la discusión sostenida después del discurso de Lloyd George:

«Mr. Wallace: Quisiera preguntar cómo considera el primer ministro el efecto de su política en los distritos industriales en lo que respecta a los obreros fabriles, muchísimos de los cuales son hoy liberales y nos prestan un apoyo tan grande. ¿No puede preverse un resultado que provoque un aumento gigantesco de la fuerza del Partido Laborista por esos mismos obreros que nos apoyan hoy sinceramente?»

El Primer ministro: Tengo una opinión completamente distinta. El hecho de que los liberales luchen entre sí empuja, sin duda, a un número muy considerable de ellos, llevados por la desesperación, hacia las filas del Partido Laborista, donde hay ya bastantes liberales muy capaces que se dedican ahora a desacreditar al gobierno. El resultado es, sin duda, un movimiento importante de la opinión pública a favor del Partido Laborista. La opinión pública se inclina no hacia los liberales que están fuera del Partido Laborista, sino hacia éste, como lo muestran las elecciones parciales».

Digamos de pasada que tales juicios prueban de modo singular hasta qué punto se han embrollado y no pueden dejar de cometer irreparables desatinos los hombres más inteligentes de la burguesía. Y eso la hará perecer. Pero nuestros camaradas pueden incluso hacer tonterías –a condición, es cierto, de que no sean muy considerables y se las repare a tiempo– y, sin embargo, acabarán por triunfar.

El segundo documento político son las siguientes consideraciones de la camarada Silvia Pankhurst, comunista «de izquierda»:

«El camarada Inkpin –secretario general del Partido Socialista Británico– denomina al Partido Laborista «la organización principal del movimiento de la clase obrera». Otro camarada del Partido Socialista Británico ha expresado con mayor relieve aún la posición de este partido en la conferencia de la Komintern.

«Vemos en el Partido Laborista –ha dicho– a la clase obrera organizada».

«No compartimos tal opinión acerca del Partido Laborista. Este es muy importante desde el punto de vista numérico, aunque sus miembros son, en parte muy considerable, inertes y apáticos; se trata de obreros y obreras que han ingresado en las tradeuniones porque sus compañeros de taller son tradeunionistas y porque desean compartir sus ventajas.

Pero reconocemos que la importancia numérica del Partido Laborista obedece también al hecho

de que dicho partido es obra de una escuela de pensamiento cuyos límites no ha rebasado aún la mayoría de la clase obrera británica, aunque se preparan grandes cambios en la mentalidad del pueblo, el cual modificará pronto semejante situación».

«El Partido Laborista Británico, como las organizaciones de socialpatriotas de los demás países, llegará inevitablemente al poder por el curso natural del desarrollo social. El deber de los comunistas consiste en organizar las fuerzas que derribarán a los socialpatriotas, y en nuestro país no debemos retardar esta acción ni vacilar.

No debemos dispersar nuestras energías aumentando las fuerzas del Partido Laborista; su advenimiento al poder es inevitable. Debemos concentrar nuestras fuerzas en la creación de un movimiento comunista que venza a ese partido. Dentro de poco, el Partido Laborista formará gobierno; la oposición revolucionaria debe estar preparada para atacarlo».

Así pues, la burguesía liberal renuncia al sistema de «los dos partidos» –de explotadores–, consagrado a lo largo de la historia por una experiencia secular y provechoso en extremo para los explotadores, considerando necesario unir sus fuerzas para combatir al Partido Laborista. Una parte de los liberales, como ratas de un navío que se hunde, corren al Partido Laborista. Los comunistas de izquierda consideran inevitable el paso del poder a manos del Partido Laborista y reconocen que la mayoría de los obreros apoya hoy a dicho partido. De todo esto sacan la extraña conclusión que la camarada Silvia Pankhurst formula del siguiente modo:

«El partido comunista no debe contraer compromisos. Debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es mostrar el camino, sin detenerse ni desviarse de él, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista».

Al contrario: del hecho de que la mayoría de los obreros de Inglaterra siga todavía a los Kérenski o a los Scheidemann ingleses, de que no haya conocido aún la experiencia de un gobierno formado por esos hombres –experiencia que ha sido necesaria tanto en Rusia como en Alemania para que los obreros pasaran en masa al comunismo–, se deduce de modo indudable que los comunistas ingleses deben participar en el parlamentarismo: deben ayudar a las masas obreras, desde dentro del parlamento, a ver en la práctica los resultados del gobierno de los Henderson y los Snowden; deben ayudar a los Henderson y los Snowden a vencer a la coalición de Lloyd George y Churchill. Proceder de otro modo significa dificultar la obra de la revolución, pues si no se produce un cambio en el modo de pensar de la mayoría de la clase obrera, la revolución será imposible. Y ese cambio se consigue con la experiencia política de las masas, nunca con la propaganda sola. La consigna de «¡Adelante, sin compromisos, sin desviarse del camino!» es errónea a todas luces, si quien habla así es una minoría de obreros, impotente a ciencia cierta, que sabe –o, por lo menos, debe saber– que dentro de poco tiempo, si Henderson y Snowden triunfan sobre Lloyd George y Churchill, la mayoría perderá la fe en sus jefes y apoyará al comunismo –o, en todo caso, adoptará una actitud de neutralidad y, en su mayor parte, de neutralidad benévola respecto a los comunistas–. Es lo mismo que si diez mil soldados se lanzaran al combate contra cincuenta mil enemigos en el momento en que es necesario «detenerse», «desviarse del camino» y hasta concertar un «compromiso», con tal de esperar la llegada de un refuerzo prometido de cien mil hombres, que no pueden entrar en acción inmediatamente. Es una puerilidad propia de intelectuales y no una táctica seria de la clase revolucionaria.

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir



viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando «los de abajo» no quieren y «los de arriba» no pueden seguir viviendo a la antigua, sólo entonces puede triunfar la revolución. Dicho de otro modo, esta verdad se expresa con las siguientes palabras: la revolución es imposible sin una crisis nacional general – que afecte a explotados y explotadores–. Por consiguiente, para que estalle la revolución es necesario, en primer término, conseguir que la mayoría de los obreros –o, en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos y políticamente activos– comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes sufran una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas –el síntoma de toda revolución verdadera es la decuplicación o incluso la centuplicación del número de personas aptas para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática–, que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.

En Inglaterra, y justamente el discurso de Lloyd George lo demuestra, entre otras cosas, se desarrollan a ojos vistas las dos condiciones de una revolución proletaria victoriosa. Y los errores de los comunistas de izquierda representan un peligro singular en la actualidad precisamente porque en algunos revolucionarios se observa una actitud poco perspicaz, poco atenta, poco consciente y poco reflexiva ante cada uno de estos factores. Si somos el partido de la clase revolucionaria, y no un grupo revolucionario; si queremos arrastrar a las masas –sin lo cual corremos el riesgo de no pasar de simples charlatanes–, debemos: primero, ayudar a Henderson o a Snowden a vencer a Lloyd George y a Churchill –más exactamente: debemos obligar a los primeros a vencer a los segundos, ¡pues los primeros temen su propia victoria!–; segundo, ayudar a la mayoría de la clase obrera a convencerse por propia experiencia de la razón que nos asiste, es decir, de la inutilidad completa de los Henderson y los Snowden, de su naturaleza pequeño burguesa, de su perfidia y de la ineluctabilidad de su bancarrota; tercero, acercar el momento en que, sobre la base de la desilusión producida por los Henderson en la mayoría de los obreros, se pueda derribar de un golpe, con serias probabilidades de éxito, el gobierno de los Henderson; un gobierno que se desconcertará más aún, puesto que incluso Lloyd George, político inteligentísimo y serio, no pequeño burgués, sino gran burgués, se desconcierta también por completo y se debilita cada día más –con toda la burguesía–, ayer a causa de sus «roces» con Churchill, y hoy a causa de sus «roces» con Asquith.

Hablaré de un modo más concreto. Los comunistas ingleses deben, a mi juicio, unificar sus cuatro partidos y grupos –todos muy débiles y algunos extraordinariamente débiles– en un partido comunista único, sobre la base de los principios de la Komintern y de la participación obligatoria en el parlamento. El partido comunista propone a los Henderson y a los Snowden un «compromiso», un acuerdo electoral: marchemos juntos contra la coalición de Lloyd George y los conservadores, repartámonos los escaños en el parlamento según el número de votos dados por los obreros al Partido Laborista o a los comunistas –no en las elecciones, sino en una votación especial–, conservemos la libertad más completa de agitación, de propaganda y de acción política. Sin esta última condición es imposible, naturalmente, aceptar el bloque, pues eso sería una traición. Los comunistas ingleses deben defender y salvaguardar su más completa libertad de desenmascarar a los Henderson y los Snowden, de la misma manera que la defendieron y salvaguardaron –durante quince años, de 1903 a 1917– los bolcheviques rusos con respecto a los Henderson y los Snowden de Rusia, esto es, los mencheviques.

Si los Henderson y los Snowden aceptan el bloque en estas condiciones, saldremos ganando, pues lo que nos importa no es, en modo alguno, el número de puestos en el Parlamento. No es eso lo que perseguimos. En este punto seremos transigentes –mientras que los Henderson y, sobre todo, sus nuevos amigos, o sus nuevos dueños, los liberales que han ingresado en el Partido Laborista Independiente, corren más que nada tras las actas de diputados–. Habremos ganado porque llevaremos nuestra agitación a las masas en un momento en que las habrá «irritado» el propio

Lloyd George, y ayudaremos no sólo al Partido Laborista a formar más de prisa su gobierno, sino también a las masas a comprender con mayor rapidez toda nuestra propaganda comunista, que realizaremos contra los Henderson sin ninguna limitación y sin silenciar nada. Si los Henderson y los Snowden rechazan el bloque con nosotros en estas condiciones, ganaremos todavía más, pues habremos mostrado en el acto a las masas –téngase en cuenta que incluso en el seno del Partido Laborista Independiente, puramente menchevique, plenamente oportunista, las masas son partidarias de los Soviets– que los Henderson prefieren su intimidación con los capitalistas a la unión de todos los obreros. Ganaremos en el acto ante las masas, las cuales, sobre todo después de las explicaciones brillantísimas, acertadas y útiles en extremo –para el comunismo– dadas por Lloyd George, simpatizarán con la idea de unir a todos los obreros contra la coalición de Lloyd George con los conservadores. Ganaremos desde el primer momento, pues demostraremos a las masas que los Henderson y los Snowden temen vencer a Lloyd George, temen tomar el poder solos y aspiran a lograr en secreto el apoyo de Lloyd George, el cual tiende abiertamente la mano a los conservadores contra el Partido Laborista. Debe advertirse que en Rusia, después de la revolución del 27 de febrero de 1917 –viejo calendario–, el éxito de la propaganda de los bolcheviques contra los mencheviques y los eseristas –es decir, los Henderson y los Snowden rusos– se debió precisamente a las mismas circunstancias. Dijimos a los mencheviques y a los eseristas: tomad todo el poder sin la burguesía, puesto que estáis en mayoría en los Soviets –en el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de 1917, los bolcheviques no tuvieron más que un 13% de los votos–. Pero los Henderson y los Snowden rusos tenían miedo de tomar el poder sin la burguesía, y cuando ésta aplazaba las elecciones a la Asamblea Constituyente porque sabía muy bien que los eseristas y los mencheviques lograrían la mayoría<sup>[8]</sup> –unos y otros formaban un bloque político muy estrecho, representaban en la práctica a una sola democracia pequeño burguesa–, los eseristas y los mencheviques fueron impotentes para luchar con energía y hasta el fin contra tales aplazamientos.

En caso de que los Henderson y los Snowden se negasen a formar un bloque con los comunistas, éstos saldrían ganando en el acto, pues conquistarían la simpatía de las masas, mientras que los Henderson y los Snowden se desacreditarían. Poco nos importaría entonces perder, a causa de ello, algunos puestos en el parlamento. Presentaríamos candidatos sólo en un ínfimo número de circunscripciones absolutamente seguras, es decir, donde esto no diera la victoria a un liberal contra un laborista. Haríamos nuestra campaña electoral distribuyendo hojas a favor del comunismo e invitando a votar por el laborista contra el burgués en todas las circunscripciones en que no presentáramos candidato propio. Se equivocan los camaradas Silvia Pankhurst y Gallacher si ven en esto una traición al comunismo o una renuncia a la lucha contra los socialtraidores. Por el contrario, es indudable que con ello saldría ganando la causa de la revolución comunista.

A los comunistas ingleses les es hoy difícil muy a menudo incluso acercarse a las masas, incluso hacerse escuchar. Pero si yo me presento como comunista y, al mismo tiempo, invito a votar por Henderson contra Lloyd George, seguramente se me escuchará. Y podré explicar en un lenguaje sencillo no sólo por qué los Soviets son mejores que el parlamento, y la dictadura del proletariado mejor que la dictadura de Churchill –cubierta con el rótulo de «democracia» burguesa–, sino también que yo querría sostener a Henderson con mi voto del mismo modo que la soga sostiene al ahorcado; que el acercamiento de los Henderson a un gobierno formado por ellos probará asimismo mi razón, atraerá a las masas a mi lado y acelerará la muerte política de los Henderson y los Snowden, igual que ha sucedido con sus correligionarios en Rusia y en Alemania.

Y si se me objeta que esta táctica es demasiado «astuta» o complicada, que las masas no la comprenderán, que dispersará y disgregará nuestras fuerzas impidiendo concentrarlas en la revolución soviética, etc., responderé a mis contradictores «de izquierda»: ¡no atribuyáis a las masas vuestro propio doctrinarismo! Es seguro que las masas no son en Rusia más cultas, sino, por

el contrario, menos cultas que en Inglaterra. Y, sin embargo, comprendieron a los bolcheviques; y a éstos, lejos de perjudicarles, les favoreció el hecho de que en vísperas de la revolución soviética, en septiembre de 1917, confeccionaran listas de candidatos suyos al parlamento burgués –a la Asamblea Constituyente– y de que al día siguiente de la revolución soviética, en noviembre de 1917, tomaran parte en las elecciones a esa misma Constituyente, que habrían de disolver el 5 de enero de 1918.

No puedo examinar con detenimiento la segunda divergencia entre los comunistas ingleses, consistente en si deben o no ingresar en el Partido Laborista. Son demasiado pocos los datos de que dispongo acerca de esta cuestión, sumamente compleja dada la extraordinaria originalidad del Partido Laborista británico, muy diferente, por su estructura, de los partidos políticos habituales del continente europeo. Pero es indudable, primero, que comete también inevitablemente un error quien deduce la táctica del proletariado revolucionario de principios como éste: «El partido comunista debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es mostrar el camino, sin detenerse ni desviarse de él, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista». Porque semejantes principios no hacen más que repetir el error de los blanquistas franceses de la Comuna, que en 1874 proclamaban «la negación» de todo compromiso y de toda etapa intermedia. Segundo, es indudable que, en este terreno, la tarea consiste, como siempre, en saber aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo a las peculiaridades de las relaciones entre las clases y los partidos, a las peculiaridades propias de cada país en el desarrollo objetivo hacia el comunismo y que es preciso saber estudiar, descubrir y adivinar.

Pero hay que hablar de esto en relación no sólo con el comunismo inglés, sino también con las conclusiones generales, que se refieren al desenvolvimiento del comunismo en todos los países capitalistas. Tal es el tema que vamos a abordar ahora.

### Notas

52. El Partido Socialista Británico –British Socialist Party– se fundó en 1911, en Manchester, mediante la unificación del Partido Socialdemócrata con otros grupos socialistas. El PSB hizo propaganda en el espíritu de las ideas del marxismo y fue, como señalara Lenin, un partido «no oportunista, verdaderamente independiente respecto de los liberales». En 1919, la inmensa mayoría de las organizaciones del PSB –98 contra 4– se pronunció a favor del ingreso en la Komintern. El Partido Socialista Británico desempeñó el papel principal, junto con el Grupo de Unidad Comunista, en la constitución del Partido Comunista de Gran Bretaña en 1920.

53. Partido Socialista Obrero –Socialist Labour Party–: organización marxista revolucionaria fundada en 1903, en Escocia, por un grupo de socialdemócratas de izquierda, principalmente escoceses, que se había separado de la Federación Socialdemócrata.

Sociedad Socialista del Sur de Gales –South Wales Socialist Society–: pequeño grupo integrado principalmente por mineros revolucionarios del País de Gales. La sociedad tuvo su origen en el movimiento pro reforma de la industria minera, que se intensificó notablemente ya en vísperas de la primera guerra mundial.

Federación Socialista Obrera –Worker's Socialist Federation–: organización poco numerosa, surgida en mayo de 1918 de la Sociedad de Sufragistas y compuesta principalmente de mujeres.

Al formarse el Partido Comunista de Gran Bretaña –el congreso de constitución se celebró los días 31 de julio y 1 de agosto de 1920–, incluyó en su programa puntos referentes a la participación del mismo en las elecciones parlamentarias y a la afiliación al Partido Laborista; pero las organizaciones antes mencionadas

–que incurrían en errores sectarios– no ingresaron en el partido comunista. En enero de 1921, la Sociedad Socialista del Sur de Gales y la Federación Socialista Obrera –que había adoptado a la sazón el nombre de «Partido Comunista «Sección Británica de la Komintern)»– se unificaron con el Partido Comunista de Gran Bretaña. Los dirigentes del Partido Socialista Obrero se negaron a la unificación.

54. Worker's Dreadnought –«El Acorazado de los Obreros»–: se publicó en Londres de marzo de 1914 a junio de 1924; hasta julio de 1917 apareció con el título de Woman's Dreadnought. En 1918, al constituirse la Federación Socialista Obrera, pasó a ser órgano suyo.

55. The Manchesta Guardian: periódico burgués, de tendencia liberal, fundado en Inglaterra en 1821.

## X

### Algunas conclusiones

La revolución burguesa de 1905 en Rusia reveló un viraje extraordinariamente original de la historia universal: el movimiento huelguístico alcanzó, por primera vez en el mundo, una fuerza y amplitud inusitadas en uno de los países capitalistas más atrasados. Sólo en el mes de enero de 1905, el número de huelguistas rebasó en diez veces el promedio anual de la década precedente – 1895 a 1904–; y de enero a octubre de 1905, las huelgas aumentaron sin cesar y en proporciones colosales. En virtud de diversas condiciones históricas originales por completo, la Rusia atrasada dio al mundo el primer ejemplo no sólo de un brusco salto, en época de revolución, de la actividad espontánea de las masas oprimidas –cosa que ocurrió en todas las grandes revoluciones–, sino también de una importancia del proletariado infinitamente superior a su porcentaje entre la población; mostró por vez primera la combinación de la huelga económica y la huelga política, con la transformación de esta última en insurrección armada, así como el nacimiento de una nueva forma de lucha de masas y de organización masiva de las clases oprimidas por el capitalismo: los Soviets.

Las revoluciones de febrero y octubre de 1917 condujeron al desarrollo multilateral de los Soviets en todo el país y, luego, a su victoria en la revolución proletaria, socialista. Y menos de dos años después se manifestó el carácter internacional de los Soviets, la extensión de esta forma de lucha y de organización al movimiento obrero mundial, el destino histórico de los Soviets de ser los sepultureros, herederos y sucesores del parlamentarismo burgués, de la democracia burguesa en general.

Es más: la historia del movimiento obrero muestra hoy que éste está llamado a pasar en todos los países –y ha comenzado ya a pasar– por un período de lucha del comunismo naciente, cada día más fuerte y que avanza hacia la victoria, ante todo y sobre todo contra el «menchevismo» propio –en cada país–, es decir, contra el oportunismo y el socialchovinismo y, de otra parte, como complemento, por decirlo así, contra el comunismo «de izquierda». La primera de estas luchas se ha entablado en todos los países, al parecer sin excepción alguna, como una lucha entre la II Internacional –hoy prácticamente muerta– y la III. La segunda lucha se observa en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en los Estados Unidos –donde una parte, al menos, de los Obreros Industriales

del Mundo y de las tendencias anarcosindicalistas sostiene los errores del comunismo de izquierda, al mismo tiempo que casi todos reconocen, poco menos que de manera incondicional, el sistema soviético– y en Francia –actitud de una parte de los ex sindicalistas ante el partido político y el parlamentarismo, paralelamente también al reconocimiento del sistema de los Soviets–; es decir, se observa, sin duda, a escala no sólo internacional, sino universal.

Pero aunque la escuela preparatoria que conduce al movimiento obrero a la victoria sobre la burguesía sea, en el fondo, análoga en todas partes, el desarrollo de este movimiento transcurre en cada país de un modo original. Los grandes países capitalistas adelantados avanzan por ese camino mucho más rápidamente que el bolchevismo, al cual concedió la historia un plazo de quince años para prepararse, como tendencia política organizada, con vistas a conquistar la victoria. En un plazo tan breve como es un año, la Komintern ha alcanzado ya un triunfo decisivo al derrotar a la II Internacional, la Internacional amarilla, socialchovinista, que hace unos meses era incomparablemente más fuerte que la Komintern, parecía sólida y poderosa y gozaba del apoyo de la burguesía mundial en todas las formas, directas e indirectas, materiales –lucrativos puestos ministeriales, pasaportes, premia– e ideológicas.

El quid de la cuestión está ahora en que los comunistas de cada país tengan en cuenta con plena conciencia tanto las tareas fundamentales, de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo «izquierdista» como las peculiaridades concretas que esta lucha adquiere y debe adquirir sin falta en cada país, de conformidad con los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional –Irlanda, etc–, de sus colonias, de la diversidad de religiones, etc, etc. En todas partes se percibe, se amplía y crece el descontento con la II Internacional por su oportunismo y su torpeza o incapacidad para crear un organismo realmente centralizado y dirigente, que sepa orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario en su lucha por la república soviética universal. Debe comprenderse con claridad que dicho centro dirigente no puede formarse en modo alguno ateniéndose a normas tácticas de lucha estereotipadas, igualadas mecánicamente o identificadas. Mientras existan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países –y estas diferencias subsistirán incluso mucho después de instaurarse la dictadura del proletariado a escala universal–, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exigirá la supresión de la variedad ni de las peculiaridades nacionales –lo cual es, en la actualidad, un sueño absurdo–, sino una aplicación tal de los principios fundamentales del comunismo –Poder Soviético y dictadura del proletariado– que modifique correctamente estos principios en sus detalles, que los adapte y los aplique con acierto a las diferencias nacionales y nacional- estatales. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y de específico, desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país enfoca concretamente la solución de un problema internacional común –el triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero, el derrocamiento de la burguesía, la proclamación de la República Soviética y la instauración de la dictadura proletaria– es la tarea principal del período histórico que están viviendo todos los países adelantados – y no sólo los adelantados–. Se ha hecho ya lo principal –está claro que no todo, ni mucho menos, pero sí lo principal– para ganarse a la vanguardia de la clase obrera, para ponerla al lado del Poder Soviético contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora hay que concentrar todas las fuerzas y toda la atención en el paso siguiente, que parece ser –y, desde cierto punto de vista, lo es, en efecto– menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber: buscar las formas de pasar a la revolución proletaria o de abordarla.

La vanguardia proletaria ha sido conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia la victoria. Pero eso está aún bastante lejos de la victoria. Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva cuando

toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado todavía una posición de apoyo directo a esta vanguardia –o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella– y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de trabajadores y oprimidos por el capital lleguen a adoptar esa posición, la propaganda y la agitación son insuficientes por sí solas. Para ello es imprescindible la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy con fuerza y realce sorprendentes tanto por Rusia como por Alemania. Para que las masas incultas, en muchos casos analfabetas, de Rusia, y las masas de Alemania, muy cultas, sin un solo analfabeto, se orientaran resueltamente hacia el comunismo, necesitaron sentir en su propia carne toda la impotencia, toda la pusilanimidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional y toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrareaccionarios –Kornílov en Rusia [56], Kapp y cía. en Alemania [57]– como única alternativa frente a la dictadura del proletariado.

La tarea inmediata de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber llevar a las grandes masas –hoy todavía, en la mayoría de los casos, adormecidas, apáticas, rutinarias, inertes, sin despertar– a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en saber dirigir no sólo su propio partido, sino también a estas masas en el transcurso de su acercamiento y de su paso a esa nueva posición. Si la primera tarea histórica –ganar para el Poder Soviético y para la dictadura de la clase obrera a la vanguardia consciente del proletariado– no podía ser cumplida sin la victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, la segunda tarea –que pasa ahora a ser inmediata y que consiste en saber llevar a las masas a esa nueva posición, capaz de asegurar el triunfo de la vanguardia en la revolución– no puede ser cumplida sin acabar con el doctrinarismo de izquierda, sin corregir por completo sus errores y desembarazarse de ellos.

Mientras se trate –y en la medida en que se trata aún ahora– de ganar para la causa del comunismo a la vanguardia del proletariado, la propaganda debe ocupar el primer lugar; incluso los círculos, con todos sus defectos, son útiles en este caso y dan resultados fecundos. Pero cuando se trata de la acción práctica de las masas, de dislocar –si se nos permite expresarnos así– a ejércitos de millones de hombres, de disponer todas las fuerzas de clase de una sociedad determinada para la lucha final y decisiva, no se logrará nada sólo con los hábitos de propagandista, con la simple repetición de las verdades del comunismo «puro». Porque en este caso no se debe contar por miles, como hace en esencia el propagandista, miembro de un grupo reducido y que no ha dirigido todavía masas, sino por millones y decenas de millones. En este caso hay que preguntarse no sólo si hemos convencido a la vanguardia de la clase revolucionaria, sino también si están dislocadas las fuerzas activas, desde el punto de vista histórico, de todas las clases de la sociedad dada, obligatoriamente de todas sin excepción, de tal manera que la batalla decisiva se halle por completo en sazón, de tal manera que: 1) todas las fuerzas de clase que nos son adversas estén suficientemente desconcertadas, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas; que 2) todos los elementos vacilantes, versátiles, inconsistentes, intermedios, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeño burguesa, que se diferencia de la burguesía, se hayan desenmascarado suficientemente ante el pueblo, se hayan cubierto suficientemente de oprobio por su bancarrota en la actividad práctica; que 3) en las masas proletarias empiece a aparecer y a extenderse con poderoso impulso el afán de apoyar las acciones revolucionarias más enérgicas, más audaces y abnegadas contra la burguesía. Entonces estará madura la revolución, entonces estará asegurada nuestra victoria, si hemos sabido tener en cuenta todas las condiciones brevemente esbozadas más arriba y hemos elegido con acierto el momento.

Las divergencias, de una parte, entre los Churchill y los Lloyd George –tipos políticos que existen

en todos los países, con ínfimas diferencias nacionales– y, de otra, entre los Henderson y los Lloyd George no tienen la menor importancia y son insignificantes desde el punto de vista del comunismo puro, esto es, abstracto, incapaz aún de acciones políticas prácticas, de masas. Pero desde el punto de vista de esta acción práctica de masas, dichas diferencias son de una importancia extraordinaria. Saber tenerlas en cuenta, saber determinar el momento en que han madurado por completo los conflictos inevitables entre esos «amigos» –conflictos que debilitan y extenuan a todos los «amigos», tomados en conjunto– es obra, es misión del comunista que desee ser no sólo un propagandista consciente, convencido y preparado en el aspecto ideológico, sino también un dirigente práctico de las masas en la revolución. Es necesario unir la fidelidad más absoluta a las ideas comunistas con el arte de admitir todos los imprescindibles compromisos prácticos, maniobras, acuerdos, zigzags, repliegues, etc., para acelerar la existencia y la caducidad del poder político de los Henderson –de los «héroes» de la II Internacional, por no citar nombres de estos representantes de la democracia pequeño burguesa que se llaman socialistas–; para acelerar su bancarrota inevitable en la práctica, que instruirá a las masas precisamente en nuestro espíritu y las orientará precisamente hacia el comunismo; para acelerar los roces, las disputas, los conflictos y el divorcio total, inevitables entre los Henderson, los Lloyd George y los Churchill –entre los mencheviques y los eseristas, los democonstitucionalistas y los monárquicos; entre los Scheidemann, la burguesía y los adeptos de Kapp, etc.–, y para elegir con acierto el momento de máxima disensión entre todos esos «pilares de la sacrosanta propiedad privada», a fin de derrotarlos hasta el último y conquistar el poder político mediante una ofensiva resuelta del proletariado.

La historia en general, y la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva y más «astuta» de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas. Y esto es comprensible, pues las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión y la fantasía de decenas de miles de hombres, mientras que la revolución la hacen, en momentos de entusiasmo y de tensión especiales de todas las facultades humanas, la conciencia, la voluntad, la pasión y la fantasía de decenas de millones de hombres agujoneados por la más enconada lucha de clases. De ahí se deducen dos conclusiones prácticas muy importantes: primera, que la clase revolucionaria, para cumplir su misión, debe saber utilizar todas las formas o aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social –terminando después de conquistar el poder político, a veces con gran riesgo e inmenso peligro, lo que no ha terminado antes de esa conquista–; segunda, que la clase revolucionaria debe estar preparada para sustituir una forma con otra del modo más rápido e inesperado.

Todos convendrán en que sería insensata y hasta criminal la conducta de un ejército que no se dispusiera a dominar todos los tipos de armas, todos los medios y procedimientos de lucha que posea o pueda poseer el enemigo. Pero esta verdad es más aplicable todavía a la política que al arte militar. En política es menos fácil aún saber de antemano qué método de lucha será aplicable y ventajoso para nosotros en tales o cuales circunstancias futuras. Sin dominar todos los medios de lucha podremos sufrir una derrota tremenda –a veces decisiva– si cambios, independientes de nuestra voluntad, en la situación de las otras clases ponen a la orden del día una forma de acción en la que somos particularmente débiles. Si dominamos todos los medios de lucha, nuestra victoria será segura, puesto que representamos los intereses de la clase verdaderamente avanzada, verdaderamente revolucionaria, aun en el caso de que las circunstancias nos impidan hacer uso del arma más peligrosa para el enemigo, del arma capaz de asestarle golpes mortales con la mayor rapidez. Los revolucionarios sin experiencia se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, pues la burguesía engañaba y embaucaba a los obreros con frecuencia singular en este terreno –sobre todo en los períodos «pacíficos», no revolucionarios–, y que los medios ilegales son revolucionarios. Mas eso no es justo. Es cierto que son oportunistas y traidores a la clase obrera los partidos y jefes que no saben o no quieren –no digáis «no puedo», sino «no quiero»– emplear medios ilegales de lucha en una situación, por ejemplo, como la guerra

imperialista de 1914-1918, cuando la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con un cinismo y una ferocidad jamás vistos, prohibiendo que se dijese la verdad acerca del carácter expoliador de la conflagración. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con todas las formas legales son malísimos revolucionarios. No es difícil ser revolucionario cuando la revolución ha estallado ya y se encuentra en su apogeo, cuando todos se adhieren a la revolución por simple entusiasmo, por estar de moda y, a veces, incluso por interés personal de hacer carrera. Al proletariado le cuesta mucho, le causa duras penalidades, le origina verdaderos tormentos «deshacerse», después de su triunfo, de esos malhadados «revolucionarios». Es muchísimo más difícil –y muchísimo más meritorio– saber ser revolucionario cuando todavía no se dan las condiciones necesarias para la lucha directa, franca, auténticamente de masas, auténticamente revolucionaria; saber defender los intereses de la revolución –por medio de la propaganda, la agitación y la organización– en instituciones no revolucionarias y a menudo sencillamente reaccionarias, en una situación no revolucionaria, entre unas masas incapaces de comprender en el acto la necesidad de un método revolucionario de acción. Saber percibir, encontrar y determinar con exactitud el rumbo concreto o el viraje especial de los acontecimientos susceptibles de conducir a las masas a la gran lucha revolucionaria, verdadera, final y decisiva, es la tarea principal del comunismo contemporáneo en Europa Occidental y en América.

Un ejemplo: Inglaterra. No podemos saber –y nadie puede determinarlo de antemano– cuándo estallará allí la verdadera revolución proletaria y cuál será el motivo principal que despertará, enardecerá y lanzará a la lucha a las grandes masas, hoy aún adormecidas. Por eso, estamos en el deber de efectuar toda nuestra labor preparatoria de tal modo que tengamos herradas las cuatro patas –según la expresión favorita del difunto Plejánov cuando era marxista y revolucionario–. Quizá sea una crisis parlamentaria la que «abra el paso», la que «rompa el hielo»; quizá una crisis derivada de las contradicciones coloniales e imperialistas irremediabilmente complicadas, cada vez más graves y exasperadas, o quizá otras causas. No hablamos del tipo de lucha que decidirá

la suerte de la revolución proletaria en Inglaterra –esta cuestión no suscita dudas en ningún comunista, pues para todos nosotros está firmemente decidida–; hablamos del motivo que pondrá en movimiento a las masas proletarias hoy todavía adormecidas y las conducirá de lleno a la revolución. No olvidemos, por ejemplo, que en la república burguesa de Francia –en una situación que es cien veces menos revolucionaria que la actual desde el punto de vista tanto internacional como interior– ¡bastó un motivo tan «inesperado» y «fútil» como el asunto Dreyfus [58] –una de las mil hazañas deshonestas de los militaristas reaccionarios– para llevar al pueblo al borde de la guerra civil!

Los comunistas de Inglaterra deben utilizar constantemente, sin descanso ni vacilación, las elecciones parlamentarias, todas las peripecias de la política irlandesa, colonial e imperialista universal del gobierno británico y todos los demás campos, esferas y aspectos de la vida social, actuando en ellos con un espíritu nuevo, con un espíritu comunista, con el espíritu de la Komintern, y no de la II Internacional. No dispongo de tiempo ni de espacio para describir aquí los procedimientos «rusos», «bolcheviques», de participación en las elecciones y en la lucha parlamentarias; pero puedo asegurar a los comunistas de los demás países que no se parecían en nada a las campañas parlamentarias habituales en Europa Occidental. De aquí se saca a menudo la siguiente conclusión: «Eso es así en vuestro país, en Rusia; pero en el nuestro, el parlamentarismo es diferente». La conclusión es falsa. Los comunistas, los partidarios de la Komintern existen en todos los países precisamente para transformar por completo, en todos los ámbitos de la vida, la vieja labor socialista, tradeunionista, sindicalista y parlamentaria en una labor nueva, comunista. En nuestras elecciones hemos visto también de sobra rasgos puramente burgueses, rasgos de oportunismo, de practicismo vulgar y de fraude capitalista. Los comunistas de Europa Occidental y de América deben



aprender a crear un parlamentarismo nuevo, desacostumbrado, no oportunista, sin arribismo. Es preciso que el Partido Comunista lance sus consignas; que los verdaderos proletarios, con ayuda de los pobres no organizados y oprimidos por completo, repartan y distribuyan octavillas, recorran las viviendas de los obreros, las chozas de los proletarios del campo y de los campesinos que viven en las aldeas perdidas –por ventura, en Europa hay muchas menos que en Rusia, y en Inglaterra apenas si existen–; que penetren en las tabernas frecuentadas por los hombres más sencillos, se infiltren en las asociaciones, sociedades y reuniones fortuitas de la gente humilde; que hablen al pueblo con un lenguaje sencillo –y no muy parlamentario–, no corran por nada del mundo tras «un puestecillo» en el parlamento, sino que despierten en todas partes el pensamiento, lleven tras de sí a las masas, cojan la palabra a la burguesía y utilicen el mecanismo creado por ella, las elecciones convocadas por ella y sus llamamientos a todo el pueblo; que den a conocer a este último el bolchevismo como nunca habían tenido ocasión de hacerlo –bajo el dominio burgués– fuera del período electoral –sin contar, como es lógico, los momentos de grandes huelgas, cuando ese mismo mecanismo de agitación popular funcionaba en nuestro país con mayor intensidad aún–. Hacer esto en Europa Occidental y en América es muy difícil, difícilísimo; pero puede y debe hacerse, pues es imposible de todo punto cumplir las tareas del comunismo sin trabajar. Y hay que esforzarse para resolver los problemas prácticos, cada vez más variados, cada vez más ligados a todos los dominios de la vida social y que van arrebatando cada día más a la burguesía, uno tras otro, distintos sectores y esferas de actividad.

En esa misma Inglaterra es necesario también organizar de un modo nuevo –no socialista, sino comunista; no reformista, sino revolucionario– la labor de propaganda, de agitación y de organización en el ejército y entre las naciones oprimidas y carentes de plenos derechos que forman parte de «su» Estado –Irlanda, las colonias–. Porque todos estos sectores de la vida social, en la época del imperialismo en general y ahora, después de la guerra, que ha atormentado a los pueblos y les ha abierto rápidamente los ojos, haciéndoles ver la verdad –la verdad de que decenas de millones de hombres han muerto o han quedado mutilados sólo para decidir quiénes habrían de saquear más países: los bandidos ingleses o los bandidos alemanes–; todos estos sectores de la vida social se impregnan singularmente de materias inflamables y dan origen a muchísimas causas de conflictos, de crisis y de exacerbación de la lucha de clases. No sabemos, ni podemos saber, cuál de las incontables chispas que surgen ahora por doquier en todos los países, bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, podrá provocar el incendio, es decir, despertar de una manera especial a las masas. Por eso tenemos el deber de emprender con nuestros principios nuevos, comunistas, «la utilización» de todos los campos, cualesquiera que sean, hasta de los más viejos, vetustos y, en apariencia, más estériles, pues, en caso contrario, no estaremos a la altura de nuestra misión, nos faltará algo, no dominaremos todos los tipos de armas, no nos prepararemos ni para vencer a la burguesía –la cual organizó todos los aspectos de la vida social, y los ha desorganizado ahora, a la manera burguesa– ni para reorganizar al estilo comunista toda la vida una vez obtenida la victoria.

Después de la revolución proletaria en Rusia y de sus victorias a escala internacional, inesperadas para la burguesía y los filisteos, el mundo entero se ha transformado y la burguesía es también otra en todas partes. La burguesía se siente asustada por el «bolchevismo» y está irritada con él casi hasta la locura; y precisamente por eso acelera, de una parte, el desarrollo de los acontecimientos y, de otra, centra la atención en reprimir por la violencia el bolchevismo, debilitando con ello su propia posición en otros muchos terrenos. Los comunistas de todos los países avanzados deben tener en cuenta estas dos circunstancias al trazar su táctica.

Los democonstitucionalistas rusos y Kérenski se pasaron de la raya cuando desencadenaron una furiosa persecución contra los bolcheviques, sobre todo a partir de abril de 1917 y, más aún, en junio y julio del mismo año. Los millones de ejemplares de los periódicos burgueses, que

gritaban en todos los tonos contra los bolcheviques, ayudaron a que las masas valorasen el bolchevismo; y toda la vida social, además de la prensa, se impregnó de discusiones sobre el bolchevismo gracias al «celo» de la burguesía. Los millonarios de todos los países se comportan hoy de tal modo a escala internacional que debemos estarles agradecidos de todo corazón.

Persiguen al bolchevismo con el mismo celo que lo perseguían antes Kérenski y compañía y, como éstos, se pasan también de la raya y nos ayudan igual que Kérenski. Cuando la burguesía francesa hace del bolchevismo el punto central de la campaña electoral, acusando de bolchevismo y denostando por ello a socialistas relativamente moderados o vacilantes; cuando la burguesía norteamericana, perdiendo por completo la cabeza, detiene a miles y miles de personas sospechosas de bolchevismo y crea un ambiente de pánico propagando por doquier noticias de conjuraciones bolcheviques; cuando la burguesía inglesa, la más «seria» del mundo, con todo su talento y experiencia, comete inverosímiles tonterías, funda riquísimas «sociedades de lucha contra el bolchevismo», crea una literatura especial sobre éste y contrata, para combatirlo, a un personal suplementario de sabios, agitadores y curas; cuando se hace todo eso, debemos inclinarnos y dar las gracias a los señores capitalistas. Trabajan para nosotros. Nos ayudan a interesar a las masas por la naturaleza y la significación del bolchevismo. Y no pueden obrar de otro modo, pues han fracasado ya en sus intentos de «silenciar» el bolchevismo y de estrangularlo.

Pero, al mismo tiempo, la burguesía ve en el bolchevismo casi exclusivamente uno de sus aspectos: la insurrección, la violencia, el terror; por eso procura prepararse de un modo especial para oponer resistencia y replicar en este terreno. Es posible que lo consiga en casos aislados, en algunos países, en tales o cuales períodos breves; hay que contar con esa posibilidad, que no tiene para nosotros nada de terrible. El comunismo «brota» de todos los aspectos de la vida social sin excepción alguna, sus gérmenes existen absolutamente en todas partes, «el contagio» – dicho sea con la comparación preferida de la burguesía y de la policía burguesa y la más «agradable» para ella – ha penetrado muy hondo en el organismo y lo ha impregnado por completo. Si se «cierra» con celo especial una de las salidas, «el contagio» encontrará otra, a veces, la más inesperada.

La vida acaba por imponerse. Que la burguesía se sobresalte, se irrite hasta la locura; que se pase de la raya, haga tonterías, se vengue de antemano de los bolcheviques y se esfuerce por aniquilar – en la India, en Hungría, en Alemania, etc. – a centenares, a miles, a centenares de miles de bolcheviques de ayer o de

mañana: al obrar así, procede como lo han hecho todas las clases condenadas por la historia a desaparecer. Los comunistas deben saber que, en todo caso, el porvenir les pertenece. Y por eso podemos – y debemos – unir la máxima pasión en la gran lucha revolucionaria con la apreciación más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía. La revolución rusa fue reprimida ferozmente en 1905; los bolcheviques rusos sufrieron una derrota en julio de 1917; más de 15.000 comunistas alemanes fueron aniquilados por medio de la artera provocación y las hábiles maniobras de Scheidemann y Noske, aliados a la burguesía y a los generales monárquicos; en Finlandia y en Hungría hace estragos el terror blanco. Pero, en todos los casos y en todos los países, el comunismo se templea y crece; sus raíces son tan profundas que las persecuciones no lo debilitan, no lo extenuan, sino que lo refuerzan. Falta sólo una cosa para que marchemos hacia la victoria con más firmeza y seguridad: que los comunistas de todos los países comprendamos por doquier y hasta el fin que en nuestra táctica debemos ser flexibles al máximo. Lo que le falta hoy al comunismo, que se desarrolla magníficamente, sobre todo en los países adelantados, es esa conciencia y la capacidad necesaria para aplicarla en la práctica.

Podría – y debería – ser una lección útil lo ocurrido con los jefes de la II Internacional tan eruditos marxistas y tan fieles al socialismo como Kautsky, Otto Bauer y otros. Comprendían muy bien la

necesidad de una táctica flexible, habían aprendido y enseñaban a los demás la dialéctica de Marx –y mucho de lo que hicieron en este terreno pervivirá por los siglos de los siglos como una valiosa adquisición de la literatura socialista–; pero al aplicar esta dialéctica han incurrido en un error tan colosal o se han mostrado en la práctica tan apartados de la dialéctica, tan incapaces de tomar en consideración los vertiginosos cambios de forma y la rapidez con que las viejas formas se llenan de un nuevo contenido, que su suerte no es mucho más envidiable que la de Hyndman, Guesde y Plejánov. La causa fundamental de su bancarrota consiste en que «han fijado la mirada» en una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidando el carácter unilateral de esa forma; en que les ha dado miedo ver la brusca ruptura, inevitable por las condiciones objetivas, y han seguido repitiendo las verdades simples, aprendidas de memoria y a primera vista indiscutibles: tres son más que dos. Pero la política se parece más al álgebra que a la aritmética, y todavía más a las matemáticas superiores que a las matemáticas elementales. En realidad, todas las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de un nuevo contenido, por lo cual ha aparecido delante de las cifras un signo nuevo, el signo «menos». Pero nuestros sabios seguían –y siguen– tratando con tozudez de convencerse a sí mismos y convencer a los demás de que «menos tres» es más que «menos dos».

Debemos procurar que los comunistas no repitan el mismo error en sentido contrario, o, mejor dicho, que ese mismo error, cometido, aunque en su sentido contrario, por los comunistas «de izquierda», sea corregido y subsanado con la mayor rapidez y con el menor dolor posible para el organismo. No sólo el doctrinarismo de derecha constituye un error: lo es también el doctrinarismo de izquierda. Por supuesto, el error del doctrinarismo de izquierda en el comunismo es en la actualidad mil veces menos peligroso y grave que el de derecha –es decir, el error del socialchovinismo y del kautskismo–; pero esto se debe únicamente a que el comunismo de izquierda es una tendencia novísima que apenas acaba de nacer. Sólo por eso, la enfermedad puede ser fácilmente vencida, en ciertas condiciones, y es necesario emprender su tratamiento con la máxima energía.

Las viejas formas han reventado, pues ha resultado que su nuevo contenido – antiproletario, reaccionario– ha adquirido un desarrollo exorbitante. Desde el punto de vista del desenvolvimiento del comunismo internacional, tenemos hoy un contenido tan sólido, tan fuerte y tan potente de nuestra actividad –en pro del Poder de los Soviets, en pro de la dictadura del proletariado– que puede y debe manifestarse en cualquier forma, tanto vieja como nueva; que puede y debe regenerar, vencer y someter a todas las formas, nuevas y antiguas, no para conciliarse con estas últimas, sino para saber convertirlas todas, las nuevas y las viejas, en una arma de la victoria completa y definitiva, decisiva e irreversible del comunismo.

Los comunistas deben consagrar todos sus esfuerzos a orientar el movimiento obrero y el desarrollo social en general por el camino más recto y rápido hacia la victoria mundial del Poder Soviético y hacia la dictadura del proletariado. Es una verdad indiscutible. Pero basta con dar un pequeño paso más allá –aunque parezca dado en la misma dirección– para que esta verdad se transforme en un error. Basta con decir, como hacen los comunistas de izquierda alemanes e ingleses, que no aceptamos más que un camino, el camino recto, que no admitimos las maniobras, los acuerdos y los compromisos, para que eso sea un error que puede causar, y ha causado ya en parte y sigue causando, los más graves perjuicios al comunismo. El doctrinarismo de derecha se ha obstinado en no admitir más que las formas viejas y ha fracasado en toda la línea por no haber observado el nuevo contenido. El doctrinarismo de izquierda se obstina en rechazar en absoluto determinadas formas viejas, sin ver que el nuevo contenido se abre paso a través de todas y cada una de las formas y que nuestro deber de comunistas consiste en dominarlas todas, en aprender a completar unas con otras y a sustituir unas por otras con la máxima rapidez, en adaptar nuestra táctica a todo cambio de este género, suscitado por una clase que no sea la nuestra o por unos esfuerzos que no sean los nuestros.

La revolución universal, que ha recibido un impulso tan poderoso y ha sido acelerada con tanta intensidad por los horrores, las villanías y las abominaciones de la guerra imperialista mundial, así como por la situación sin salida que ésta ha creado; esa revolución se desarrolla en amplitud y profundidad con una rapidez tan extraordinaria, con una riqueza tan magnífica de formas sucesivas, con una refutación práctica tan edificante de todo doctrinarismo, que existen suficientes motivos para esperar que el movimiento comunista internacional se curará rápidamente y por completo de la enfermedad infantil del comunismo «de izquierda».

27-IV-1920

### Notas

56. Lenin alude a la sublevación contrarrevolucionaria de la burguesía y los terratenientes en agosto de 1917, encabezada por el general zarista Kornílov, a la sazón jefe supremo del ejército ruso. Los conspiradores se proponían tomar Petrogrado, aniquilar el Partido Bolchevique, disolver los Soviets, implantar en el país una dictadura militar y preparar la restauración de la monarquía. La sublevación, que comenzó el 25 de agosto –7 de septiembre–, fue sofocada por los obreros y los campesinos, bajo la dirección de los bolcheviques.

57. Lenin se refiere al golpe de Estado militar monárquico, conocido con la denominación de «putsch de Kapp», que dieron los militaristas reaccionarios alemanes en marzo de 1920. Lo organizaron los monárquicos –el latifundista Kapp y los generales Ludendorff, Seeckt y Lüttwitz– con la connivencia manifiesta del gobierno socialdemócrata. El 13 de marzo, los generales sediciosos lanzaron sobre Berlín unidades militares y, sin encontrar la menor resistencia por parte del gobierno, implantaron una dictadura militar. Los obreros de Alemania respondieron al golpe de Estado con la huelga general. El Gobierno Kapp cayó bajo el embate del proletariado el 17 de marzo, volviendo al poder los socialdemócratas de derecha.

58. Asunto Dreyfus: proceso provocador urdido en 1894 por los monárquicos reaccionarios de la camarilla militar de Francia contra Alfredo Dreyfus, oficial hebreo del Estado Mayor General francés, acusado falsamente de espionaje y alta traición. Un consejo de guerra condenó a Dreyfus a cadena perpetua. Los medios reaccionarios de Francia aprovecharon la condena de Dreyfus, inspirada por los militaristas, para atizar el antisemitismo y desplegar la ofensiva contra el régimen republicano y las libertades democráticas.

En 1898, cuando los socialistas y los demócratas burgueses avanzados –entre los que figuraban Emilio Zola. Juan Jaurès y Anatolio France– emprendieron una campaña en pro de la revisión de la causa, el asunto Dreyfus adquirió un

carácter político evidente y dividió el país en dos campos: republicanos y demócratas, de un lado, y el bloque de monárquicos, clericales, antisemitas y nacionalistas, de otro. Bajo la presión de la opinión pública. Dreyfus fue indultado y puesto en libertad en 1899; pero sólo en 1906, el Tribunal de Apelación le declaró inocente y lo reincorporó al ejército.

### Anexo

En tanto que las editoriales de nuestro país –que los imperialistas del mundo entero saquearon para vengarse de la revolución proletaria y que continúan saqueando y bloqueando, a pesar de todas las promesas hechas a sus obreros– organizaban la publicación de mi folleto, se han recibido del extranjero datos complementarios. Sin aspirar, ni mucho menos, a que mi folleto sea algo más que unas notas rápidas de un publicista, abordaré brevemente algunos puntos.

### **La escisión de los comunistas alemanes**

La escisión de los comunistas en Alemania es un hecho. Los «izquierdistas» u «oposición de principio» han constituido su «Partido Comunista Obrero», a diferencia del «Partido Comunista». En Italia, por lo visto, las cosas marchan también hacia la escisión. Digo «por lo visto», pues dispongo sólo de dos nuevos números, el 7 y el 8, del periódico izquierdista *Il Soviet*, en los cuales se discute abiertamente la posibilidad y la necesidad de la escisión y se habla asimismo de un congreso de la fracción de los «abstencionistas» –o boicoteadores, es decir, los enemigos de la participación en el parlamento–, que hasta ahora pertenece al Partido Socialista Italiano.

Existe el peligro de que el rompimiento con los «izquierdistas», antiparlamentarios –y, en parte también, antipolíticos, adversarios del partido político y de la actuación en los sindicatos–, se convierta en un fenómeno internacional, a semejanza del rompimiento con los «centristas» –o kautskianos, longuetistas, «independientes», etc.–. Sea así. En fin de cuentas, la escisión es preferible a la confusión, que impide el crecimiento ideológico, teórico y revolucionario del partido y su madurez, así como su labor práctica unánime, verdaderamente organizada, que prepare de verdad la dictadura del proletariado.

Que los «izquierdistas» se pongan a prueba de una manera práctica a escala nacional e internacional, que intenten preparar –y, después, realizar– la dictadura del proletariado sin un partido rigurosamente centralizado, dotado de una disciplina férrea, sin saber dominar todas las esferas, ramas y variedades de la labor política y cultural. La experiencia práctica les enseñará con rapidez.

Pero se deben hacer todos los esfuerzos necesarios para que la escisión con los «izquierdistas» no dificulte –o dificulte lo menos posible– la fusión en un solo partido, inevitable en un futuro próximo y necesaria, de todos los participantes en el movimiento obrero que defienden sincera y honradamente el Poder Soviético y la dictadura del proletariado. Los bolcheviques de Rusia tuvieron una suerte singular al disponer de quince años para combatir de modo sistemático y hasta el fin tanto a los mencheviques –es decir, los oportunistas y los «centristas»– como a los «izquierdistas» mucho antes de que empezara la lucha directa de masas por la dictadura del proletariado. Ahora es forzoso hacer esta misma labor en Europa y América «a marchas forzadas». Algunos individuos, sobre todo fracasados pretendientes a jefes, pueden obstinarse durante largo tiempo en sus errores –si carecen de disciplina proletaria y de «honradez consigo mismos»–; pero las masas obreras, cuando llegue el momento, se unirán con facilidad y rapidez y unirán a todos los comunistas sinceros en un solo partido, capaz de instaurar el régimen soviético y la dictadura del proletariado.

### **Los comunistas y los independientes en Alemania**

En el folleto he expresado la opinión de que el compromiso entre los comunistas y el ala izquierda

de los independientes es necesario y provechoso para el comunismo, pero que no será fácil conseguirlo. Los números de los periódicos que he recibido con posterioridad confirman ambas cosas. En el núm.32 del periódico Bandera Roja, órgano del CC del Partido Comunista de Alemania – Die Rote Fahne [59], Zentralorgan der Kommunistischen Partei Deutschlands, Spartakusbund, del 26 de marzo de 1920–, se publica una «declaración» de dicho CC sobre el «putsch» militar –complot, aventura– de Kapp-Lüttwitz y acerca del «gobierno socialista». Esta declaración es absolutamente justa desde el punto de vista de la premisa fundamental y desde el de la conclusión práctica. La premisa fundamental consiste en que, en el momento actual, no existe «base objetiva» para la dictadura del proletariado por cuanto «la mayoría de los obreros urbanos» apoya a los independientes. Conclusión: promesa de oposición leal» al gobierno «socialista» –es decir, negativa a preparar su «derrocamiento violento»– «si se excluye a los partidos burgueses-capitalistas».

La táctica es justa, sin duda, en lo fundamental. Pero si bien no es necesario detenerse en pequeñas inexactitudes de fórmula, es imposible, empero, silenciar que no se puede llamar «socialista» –en una declaración oficial del Partido Comunista– a un gobierno de socialtraidores; que no se puede hablar de exclusión de «los partidos burgueses-capitalistas», cuando los partidos de los Scheidemann y de los señores Kautsky y Crispian son democráticos pequeño burgueses; que no se puede escribir cosas como el párrafo cuarto de la declaración, que proclama:

«Para que el comunismo siga ganando a las masas proletarias, tiene magna importancia, desde el punto de vista del desarrollo de la dictadura del proletariado, una situación en la que la libertad política pueda ser utilizada de modo ilimitado y la democracia burguesa no pueda actuar como dictadura del capital».

Semejante situación es imposible. Los jefes pequeño burgueses, los Henderson –Scheidemann– y los Snowden –Crispian– alemanes, no rebasan ni pueden rebasar los límites de la democracia burguesa, que, a su vez, no puede dejar de ser la dictadura del capital. Desde el punto de vista de los resultados prácticos que se había propuesto con todo acierto el CC del Partido Comunista, no debían haber sido escritas en modo alguno esas cosas, erróneas por principio y perjudiciales políticamente. Para ello habría bastado con decir –si se quiere dar muestras de cortesía parlamentaria–: mientras la mayoría de los obreros urbanos siga a los independientes, nosotros, los comunistas, no podemos impedir a esos obreros que se desembaracen de sus últimas ilusiones democráticas pequeño burguesas –es decir, también «burguesas-capitalistas»– con la experiencia de «su» gobierno. Eso es suficiente para: argumentar el compromiso, que es verdaderamente necesario y debe consistir en renunciar durante cierto tiempo a las tentativas de derrocar por la violencia un gobierno que cuenta con la confianza de la mayoría de los obreros urbanos. Y en la agitación cotidiana, masiva, no vinculada al marco de la cortesía oficial, parlamentaria, podría, claro está, agregarse: dejemos que miserables como los Scheidemann y filisteos como los Kautsky y los Crispian muestren con sus actos hasta qué extremo están engañados y engañan a los obreros; su gobierno «puro» hará «con más pureza que nadie» la labor de «limpiar» los establos de Augías del socialismo, del socialdemocratismo y demás variedades de la socialtraición.

La naturaleza auténtica de los jefes actuales del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania –de esos jefes de los cuales se dice, faltando a la verdad, que han perdido ya toda influencia, pero que, de hecho, son todavía más peligrosos para el proletariado que los socialdemócratas húngaros, que se denominaban comunistas y prometían «apoyar» la dictadura del proletariado– se ha puesto de manifiesto una y otra vez durante la korniloviada alemana, es decir, durante el «putsch» de los señores Kapp y Lüttwitz. Una ilustración pequeña, pero elocuente, de ello nos la ofrecen el articulejo de Carlos Kautsky «Los minutos decisivos» –Entscheidende Stunden–, publicado en Freiheit –La Libertad [60], órgano de los independientes– el 30 de marzo de 1920, y el de Arturo Crispian

«Acerca de la situación política» –aparecido el 14 de abril de 1920 en el periódico citado–. Estos señores no saben en absoluto pensar y razonar como revolucionarios. Son llorones demócratas pequeño burgueses, mil veces más peligrosos para el proletariado si se declaran partidarios del Poder Soviético y de la dictadura proletaria, pues, en la práctica, cometerán de manera ineluctable una traición en cada momento difícil y peligroso ¡«sinceramente» convencidos de que ayudan al proletariado! También los socialdemócratas húngaros, rebautizados de comunistas, querían «ayudar» al proletariado cuando, por cobardía y pusilanimidad, consideraron desesperada la situación del Poder Soviético en Hungría y gimotearon ante los agentes de los capitalistas de la Entente y ante sus verdugos.

### **Turati y compañía en Italia**

Los números del periódico italiano «Il Soviet» a que he aludido confirman cuanto he dicho en el folleto acerca del error del Partido Socialista Italiano, el cual tolera en sus filas a tales miembros e incluso a semejante grupo de parlamentarios. Lo confirma más aún un testigo ajeno, el corresponsal en Roma del periódico liberal burgués «The Manchester Guardian» –Inglaterra–, que en el número del 12 de marzo de 1920 publicó una interviú hecha por él a Turati.

«El señor Turati –escribe este corresponsal– supone que el peligro revolucionario no es tan grande como para suscitar temores en Italia. Los maximalistas juegan con el fuego de las teorías soviéticas únicamente para mantener a las masas en estado de agitación y excitación. Sin embargo; estas teorías son nociones puramente legendarias, programas no maduros, inútiles para el uso práctico. Sirven sólo para mantener a las clases trabajadoras en estado de expectación. La misma gente que las emplea como cebo para deslumbrar los ojos proletarios se ve obligada a sostener una lucha cotidiana para conquistar algunas mejoras económicas, con frecuencia insignificantes, a fin de retrasar el momento en que las clases trabajadoras pierdan las ilusiones y la fe en sus mitos predilectos. De ahí ese largo período de huelgas de toda magnitud y por cualquier pretexto, incluidas las últimas huelgas de correos y de ferrocarriles, que hacen todavía más grave la situación del país, ya difícil de por sí. El país está irritado por las dificultades dimanantes de su problema adriático, se siente abrumado por su deuda exterior y por su desmesurada emisión de papel moneda y, sin embargo, está muy lejos aún de comprender la necesidad de asimilar la disciplina de trabajo, única capaz de restablecer el orden y la prosperidad».

Está claro como la luz del día que el corresponsal inglés se ha ido de la lengua y ha dicho una verdad que, probablemente, ocultan y adornan el propio Turati y sus defensores, cómplices e inspiradores burgueses en Italia. Esta verdad consiste en que las ideas y la labor política de los señores Turati, Treves, Modigliani, Dugoni y cía. son tal y como los dibuja el corresponsal inglés. Eso es auténtica socialtraición. ¡Cuán elocuente es la sola defensa del orden y de la disciplina para los obreros que padecen la esclavitud asalariada, que trabajan para que se lucren los capitalistas! ¡Y qué conocidos nos son a los rusos todos esos discursos mencheviques! ¡Cuán valiosa es la confesión de que las masas están a favor del Poder Soviético! ¡Qué estúpida y trivialmente burguesa resulta la incomprensión del papel revolucionario de las huelgas, que crecen de manera espontánea! Sí, sí, el corresponsal inglés del periódico liberal burgués ha prestado un flaco servicio a los señores Turati y cía. y ha confirmado de modo excelente cuán justas son las demandas del camarada Bordiga y de sus amigos del periódico Il Soviet, los cuales exigen que el Partido Socialista Italiano, si quiere de verdad estar a favor de la Komintern, expulse con oprobio de sus filas a los señores Turati y cía. y se transforme en un Partido Comunista tanto por el nombre como por sus actos.

### Conclusiones erróneas de premisas justas

Pero de su justa crítica a los señores Turati y cía., el camarada Bordíga y sus amigos «izquierdistas» sacan la errónea conclusión de que es perjudicial en general participan en el parlamento. Los «izquierdistas» italianos no pueden aportar ni sombra de argumentos serios en defensa de esta opinión. Simplemente desconocen –o tratan de olvidar– los modelos internacionales de verdadera utilización revolucionaria y comunista de los parlamentos burgueses, provechosa de modo indiscutible para preparar la revolución proletaria. En realidad, no se imaginan la «nueva» utilización del parlamentarismo y claman, repitiéndose hasta la saciedad, contra la utilización «vieja», no bolchevique.

En esto reside, precisamente, su error básico. No sólo en el terreno del parlamento, sino en todos los campos de actividad, el comunismo debe aportar –y no podrá hacerlo sin un trabajo prolongado, persistente y tenaz– algo nuevo por principio, que rompa de manera radical con las tradiciones de la II Internacional –conservando y desarrollando, al mismo tiempo, todo lo que ha proporcionado de bueno–.

Tomemos, aunque sólo sea, el trabajo periodístico. Los periódicos, folletos y hojas cumplen una labor necesaria de propaganda, agitación y organización. Ningún movimiento de masas puede pasarse en un país, por poco civilizado que sea, sin un mecanismo periodístico. Y ni los gritos contra «los jefes» ni los juramentos de proteger la pureza de las masas frente a la influencia de los jefes pueden librarnos de la necesidad de utilizar para ese trabajo a hombres procedentes de los medios intelectuales burgueses, pueden librarnos de la atmósfera y el ambiente democráticos burgueses, «de propiedad privada», en que se efectúa esa labor en el capitalismo. Incluso dos años y medio después de ser derrocada la burguesía y de conquistar el poder político el proletariado, vemos en torno nuestro esa atmósfera, ese ambiente de relaciones de propiedad privada, democráticas burguesas, que tienen carácter de masas –campesinos, artesanos–.

El parlamentarismo es una forma de trabajo; el periodismo, otra. El contenido puede ser comunista en ambas, y debe serlo, si quienes actúan en una u otra esfera son verdaderos comunistas, verdaderos militantes del partido proletario, de masas. Pero en una y en otra –y en cualquier esfera de trabajo en el capitalismo y en la transición del capitalismo al socialismo– es imposible rehuir las dificultades y las originales tareas que debe vencer y cumplir el proletariado para utilizar en su propio provecho a gente que procede de medios burgueses, para conquistar la victoria sobre los prejuicios y la influencia de los intelectuales burgueses, para debilitar la resistencia del ambiente pequeño burgués –y, posteriormente, para transformarlo por completo–. ¿Acaso no hemos visto en todos los países, hasta la guerra de 1914-1918, extraordinaria abundancia de ejemplos de anarquistas, sindicalistas y otros elementos muy «izquierdistas» que fulminaban el parlamentarismo, se mofaban de los parlamentarios socialistas contaminados de trivialidad burguesa, fustigaban su arribismo, etc., etc., y hacían la misma carrera burguesa a través del periodismo, a través de la labor en los sindicatos? ¿Es que los ejemplos de los señores Jouhaux y Merrheim, si nos limitamos a Francia, no son típicos?

La puerilidad de «negar» la participación en el parlamento consiste, precisamente, en que con ese método tan «sencillo», «fácil» y pseudo- revolucionario quieren «cumplir» la difícil tarea de luchar contra las influencias democráticas burguesas en el seno del movimiento obrero y, en realidad, lo único que hacen es huir de su propia sombra, cerrar los ojos ante las dificultades y desembarazarse de ellas sólo con palabras. Es indudable que el arribismo más desvergonzado, la utilización burguesa de los escaños parlamentarios, la aclamante adulteración reformista de la labor en el parlamento y la vulgar rutina pequeño burguesa son rasgos peculiares habituales



y predominantes, engendrados por el capitalismo en todas partes tanto fuera como dentro del movimiento obrero. Pero el capitalismo y el ambiente burgués creado por él –y que, incluso después de derrocada la burguesía, desaparece muy despacio, pues el campesinado hace renacer sin cesar a la burguesía– engendran absolutamente en todos los ámbitos del trabajo y de la vida, en esencia, el mismo arribismo burgués, el chovinismo nacional, la trivialidad pequeño burguesa, etc., con insignificantes variedades de forma.

Os parece, queridos boicoteadores y anti-parlamentaristas, que sois «terriblemente revolucionarios»; pero, en realidad, os habéis asustado de las dificultades relativamente pequeñas que presenta la lucha contra las influencias burguesas en el seno del movimiento obrero, en tanto que vuestra victoria, es decir, el derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder político por el proletariado, hará surgir esas mismas dificultades en proporciones mayores, muchísimo mayores. Os habéis asustado como niños de la pequeña dificultad que se alza hoy ante vosotros, sin comprender que mañana y pasado mañana tendréis, pese a todo, que aprender –y aprender por completo– a vencer las mismas dificultades, pero en proporciones incomparablemente mayores.

Con el Poder Soviético, en vuestro –y en nuestro– partido proletario tratarán de infiltrarse aún más elementos procedentes de la intelectualidad burguesa. Penetrarán también en los Soviets, en los tribunales y en el mecanismo administrativo, pues es imposible construir el comunismo con otra cosa que no sea el material humano creado por el capitalismo. Es imposible expulsar y exterminar a los intelectuales burgueses. Lo que se debe hacer es vencerlos, transformarlos, refundirlos, reeducarlos, de la misma manera que es necesario reeducar en lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeño burgueses de golpe, por milagro, por obra y gracia del Espíritu Santo o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución o de un decreto, sino únicamente en una lucha masiva larga y difícil contra la influencia de las ideas pequeño burguesas entre las masas. En el Poder Soviético, esas mismas tareas que el antiparlamentario aparta ahora de un manotazo con tanto orgullo, altanería, ligereza y puerilidad, esas mismas tareas resurgirán dentro de los Soviets, en la administración soviética, entre «los defensores del Derecho» [61] al soviéticos –hemos destruido en Rusia, e hicimos bien en destruirla, la abogacía burguesa, pero renace entre nosotros al socaire de «los defensores del Derecho» «soviéticos»–. Entre los ingenieros soviéticos, entre los maestros soviéticos y entre los obreros privilegiados –es decir, los de más alta calificación y los mejor colocados– de las fábricas soviéticas vemos renacer de manera constante absolutamente todos los rasgos negativos propios del parlamentarismo burgués, y sólo con una lucha reiterada, infatigable, prolongada y tenaz del espíritu de organización y la disciplina proletarios estamos venciendo –paulatinamente– este mal.

Está claro que bajo el dominio de la burguesía es muy «difícil» triunfar sobre las costumbres burguesas en el propio partido, es decir, en el partido obrero: es «difícil» expulsar del partido a los jefes parlamentarios habituales, corrompidos sin esperanza de curación por los prejuicios burgueses; es «difícil» someter a la disciplina proletaria al número absolutamente necesario – en cierta cantidad, aunque sea muy limitada– de gente que procede de la burguesía; es «difícil» crear en el parlamento burgués una minoría comunista digna por completo de la clase obrera; es «difícil» conseguir que los parlamentarios comunistas no se dediquen a nimiedades parlamentarias burguesas, sino que se entreguen a la labor esencialísima de propaganda, agitación y organización de las masas. Todo eso es, sin duda, «difícil»; fue difícil en Rusia y es incomparablemente más difícil en Europa Occidental y en Norteamérica, donde son mucho más fuertes la burguesía, las tradiciones democráticas burguesas, etc.

Pero todas estas «dificultades» son, en verdad, pueriles si se las compara con las tareas,

absolutamente del mismo carácter, que deberá cumplir de manera ineluctable el proletariado para conquistar la victoria, en el transcurso de la revolución proletaria y después de tomar el poder. En comparación con estas tareas verdaderamente gigantescas, cuando, existiendo la dictadura del proletariado, habrá que reeducar a millones de campesinos y pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, funcionarios públicos e intelectuales burgueses, subordinándolos a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, y vencer en ellos las tradiciones y los hábitos burgueses; en comparación con estas tareas gigantescas, resulta de una facilidad pueril crear en el parlamento burgués, bajo el dominio de la burguesía, una minoría auténticamente comunista del verdadero partido proletario.

Si los camaradas «izquierdistas» y antiparlamentarios no aprenden a vencer ahora una dificultad incluso tan pequeña, podrá decirse con seguridad que o no estarán en condiciones de realizar la dictadura del proletariado, no podrán subordinar y transformar en vasta escala a los intelectuales burgueses y las instituciones burguesas, o deberán terminar de aprender a toda prisa y, con esa premura, originarán un daño inmenso a la causa proletaria, cometerán más errores que de ordinario, darán muestras de una debilidad y una incapacidad más que regulares, etc., etc.

En tanto que la burguesía no sea derrocada –y, después de su derrocamiento, hasta que no desaparezcan por completo la pequeña hacienda y la pequeña producción mercantil–, el ambiente burgués, los hábitos de propiedad privada y las tradiciones pequeño burguesas echarán a perder la labor proletaria desde dentro y desde fuera del movimiento obrero, no sólo en una esfera de actividad, la parlamentaria, sino, de manera inevitable, en todas y cada una de las esferas de la actividad social, en todos los campos del quehacer cultural y político, sin excepción alguna. Y constituye un profundísimo error, que deberá pagarse después de modo inexcusable, el intento de desentenderse, de apartarse de una de las tareas «desagradables» o de las dificultades en una esfera de trabajo. Hay que aprender, y aprender hasta el fin, a dominar todos los tipos de trabajo y de actividad, sin ninguna excepción, a vencer por doquier todas las dificultades y todas las costumbres, tradiciones y hábitos burgueses. Cualquier otro planteamiento de la cuestión carece simplemente de seriedad, es pueril.

12-V-1920.

## 5.

En la edición rusa de este libro he expuesto con cierta inexactitud la conducta del Partido Comunista Holandés en su conjunto en el ámbito de la política

revolucionaria mundial. Por eso aprovecho la ocasión para publicar la carta, que se reproduce más abajo, de nuestros camaradas holandeses acerca de este problema y, además, para corregir la expresión «tribunistas holandeses», empleada por mí en el texto ruso, sustituyéndola con las palabras «algunos miembros del Partido Comunista Holandés» [62].

N. Lenin

## Carta de Wijnkoop

Moscú, 30 de junio de 1920

Querido camarada Lenin:

Gracias a su amabilidad, los miembros de la delegación holandesa al II Congreso de la Komintern hemos tenido la posibilidad de leer su libro «La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo» antes de que apareciera traducido a los idiomas de Europa Occidental. En este libro subraya Ud. varias veces su desaprobación del papel que han desempeñado algunos miembros del Partido Comunista Holandés en la política internacional.

Debemos protestar, sin embargo, contra el hecho de que atribuya Ud. al partido comunista la responsabilidad por los actos de esos miembros. Esto es inexacto en extremo. Más aún, es injusto, pues esos miembros del Partido Comunista Holandés participan muy poco, o no participan en absoluto, en la labor cotidiana del partido; intentan también, directa o indirectamente, aplicar en el partido comunista las consignas opositoras, contra las que el Partido Comunista Holandés y todos sus organismos han sostenido y sostienen hasta hoy la lucha más enérgica.

Con un saludo fraternal –en nombre de la delegación holandesa–.

D. I. Wijnkoop.

### Notas

59. Die Rote Fahne –«Bandera Roja»–: periódico fundado por Karl Liebknecht y Róza Luxemburg como órgano central de la Liga Espartaco; más tarde fue órgano central del Partido Comunista de Alemania. Se publicó desde 1918 hasta 1939.

60. La Libertad –«Die Freiheit»–: diario, órgano del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania; se editó en Berlín desde 1918 hasta 1922.

61. «Defensores del Derecho Soviéticos»: colegios de abogados instituidos en febrero de 1918 adjuntos a los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos y cosacos; fueron disueltos en octubre de 1920.

62. De conformidad con esta indicación de Lenin, en la presente edición se ha sustituido en todas partes la expresión «tribunistas holandeses» con las palabras «algunos miembros del Partido Comunista Holandés».

FIN

